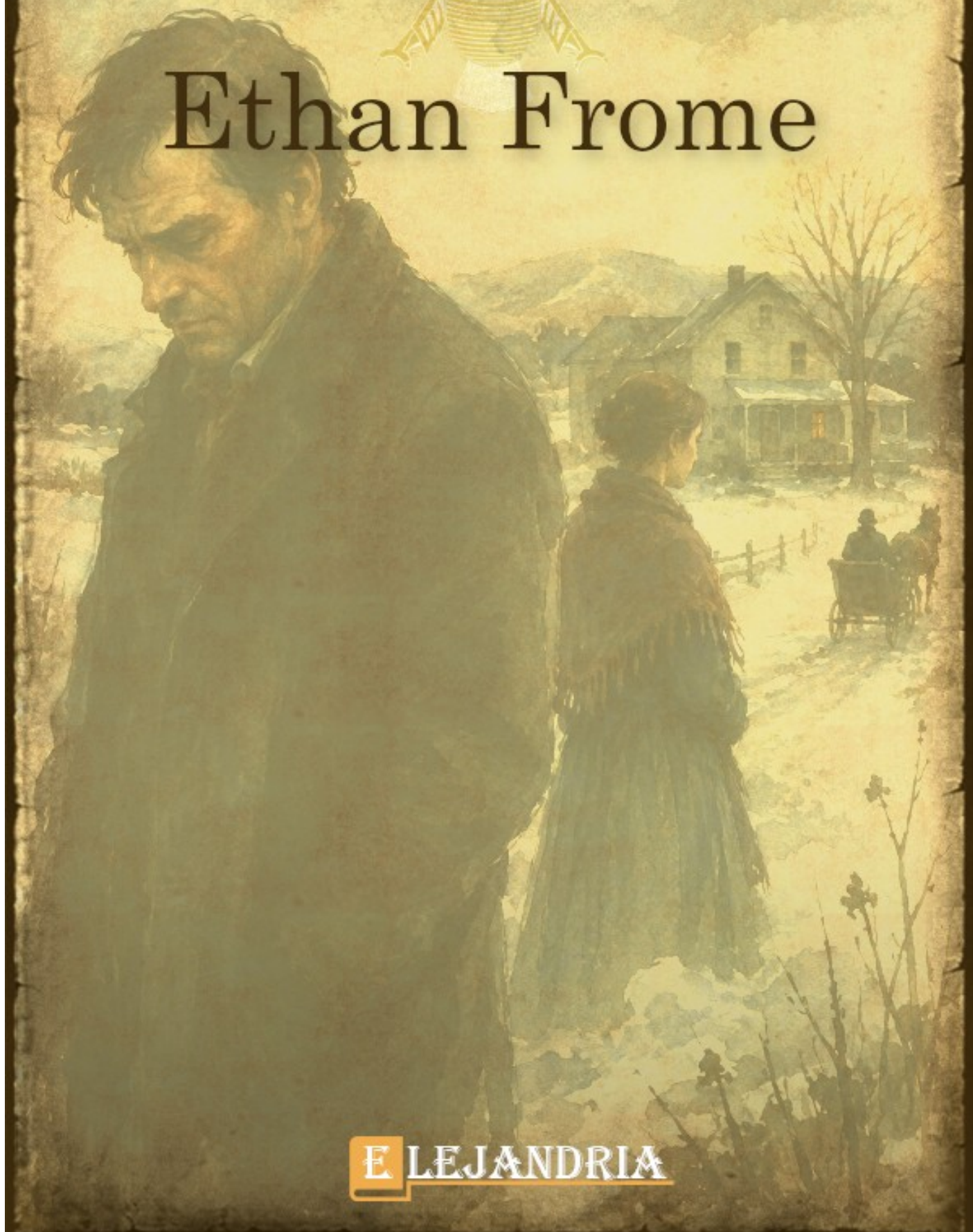




Edith Wharton

Ethan Frome



E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

ETHAN FROME

EDITH WHARTON

**PUBLICADO: 1911
FUENTE: STANDARD EBOOKS
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

Ethan Frome - Edith Wharton

<https://standardebooks.org/ebooks/edith-wharton/ethan-frome/text/single-page#chapter-4>

Traducción elejandría

INTRODUCCIÓN

Antes de instalarme en el mismo condado que mi imaginario Starkfield, ya conocía algo de la vida aldeana de Nueva Inglaterra; aunque durante los años que pasé allí, ciertos aspectos de esa vida me fueron haciéndose mucho más familiares.

Incluso antes de esa iniciación definitiva, sin embargo, tenía la incómoda sensación de que la Nueva Inglaterra de la ficción guardaba escaso parecido —salvo en lo vagamente botánico y dialectal— con esa tierra áspera y hermosa tal como yo la había visto. Ni la abundante enumeración de helechos, asteres y laureles de montaña, ni la concienzuda reproducción del habla local, me impedían sentir que el granito aflorante había sido pasado por alto en ambos casos. Lo anotó únicamente como impresión personal; sirve para explicar por qué existe Ethan Frome y puede, para algunos lectores, justificarlo en cierta medida.

Basta con el origen de la historia; no hay nada más de interés que añadir, salvo en lo que respecta a su construcción.

El problema que se me planteaba, tal como lo vi al primer destello, era el siguiente: debía tratar un asunto cuyo clímax dramático, o más bien su anti-clímax, ocurre una generación después que los primeros actos de la trage-

dia. Este inevitable lapso de tiempo le parecería a cualquiera convencido — como yo siempre lo he estado — de que todo asunto (en el sentido que le da el novelista) contiene implícitamente su propia forma y dimensiones, señalar a Ethan Frome como materia para una novela. Pero en ningún momento lo pensé así, pues sentí al mismo tiempo que el tema de mi relato no era uno sobre el que cupiera hacer muchas variaciones. Había que tratarlo con la misma crudeza y brevedad con que la vida siempre se había presentado ante mis protagonistas; cualquier intento de elaborar y complicar sus sentimientos habría falsificado inevitablemente el conjunto. Eran, en verdad, esas figuras, mis afloramientos de granito; apenas emergidos del suelo, y apenas más articulados que él.

Esta incompatibilidad entre asunto y plan acaso hubiera parecido sugerir que mi «situación» era, a fin de cuentas, una que debía rechazarse. Todo novelista ha sido visitado por los insidiosos espectros de falsas «buenas situaciones», temas-sirenas que atraen su frágil embarcación hacia las rocas; su voz se oye con más frecuencia, y su mar de espejismo se contempla, cuando uno atraviesa el desierto sin agua que le aguarda a mitad de cualquier obra que tenga entre manos. Yo sabía bien qué canción entonaban esas sirenas, y más de una vez me até a mi aburrida tarea hasta perderlas de vista — quizá llevándose consigo una obra maestra perdida entre sus velos de arcoíris. Pero no sentí ese temor en el caso de Ethan Frome. Era el primer asunto al que me había aproximado con plena confianza en su valor, para mis propósitos, y con una fe relativa en mi capacidad de dar forma, al menos en parte, a lo que veía en él.

Todo novelista que «se aplica» a su arte ha tropezado con tales asuntos y se ha sentido fascinado por la dificultad de presentarlos con el máximo relieve, pero sin ningún adorno añadido, ni truco de cortinas ni de iluminación. Ésa era mi tarea, si quería contar la historia de Ethan Frome; y mi esquema de construcción — que mereció la inmediata y tajante desaprobación de los pocos amigos a quienes lo esboqué tentativamente — sigo creyendo que estaba justificado en este caso concreto. Me parece, en efecto, que aunque a un relato de personas complejas y refinadas se le añade un aire de artificiosidad cuando el novelista hace que un mero espectador lo intuya e interprete, no existe tal inconveniente si el espectador es refinado y las personas que interpreta son sencillas. Si es capaz de verlos por completo, no se hace ninguna violencia a la verosimilitud al permitirle ejercer esa

facultad; es perfectamente natural que actúe como intermediario comprensivo entre sus personajes rudimentarios y las mentes más complicadas a quienes trata de presentárselos. Pero todo esto es evidente por sí mismo, y solo necesita explicarse a quienes jamás han pensado en la ficción como un arte de composición.

El verdadero mérito de mi construcción me parece que reside en un detalle menor. Tenía que encontrar el modo de llevar mi tragedia al conocimiento del narrador de manera a la vez natural y plásticamente eficaz. Podría haberle sentado frente a un cotilla aldeano que le habría contado todo el asunto de un tirón, pero al hacerlo habría traicionado dos elementos esenciales de mi cuadro: primero, la reticencia arraigada y la falta de elocuencia de las personas que intentaba retratar, y segundo, el efecto de «redondez» (en el sentido plástico) que produce dejar que su caso sea visto a través de ojos tan distintos como los de Harmon Gow y Mrs. Ned Hale. Cada uno de mis cronistas aporta a la narración exactamente lo que es capaz de comprender de lo que, para ellos, es un caso complicado y misterioso; y solo el narrador del relato tiene el alcance suficiente para verlo todo, para reducirlo de nuevo a su simplicidad y situarlo en el lugar que le corresponde entre sus categorías más amplias.

No me atribuyo ninguna originalidad por seguir un método del que *La Grande Bretèche* y *El anillo y el libro* me habían dado el magnífico ejemplo; mi único mérito es, quizá, haber intuido que el procedimiento allí empleado era también aplicable a mi modesta historia.

He escrito este breve análisis —el primero que jamás he publicado de ninguno de mis libros— porque, como introducción de un autor a su obra, no concibo nada de valor para sus lectores que no sea una declaración de por qué decidió acometer la obra en cuestión y por qué eligió una forma antes que otra para darle cuerpo. Esos propósitos primeros, los únicos que pueden exponerse de manera explícita, deben ser sentidos y llevados a la práctica por el artista de forma casi instintiva antes de que pueda pasar a su creación ese algo imponderable más que hace circular la vida en ella y la preserva por un tiempo del deterioro.

Edith Wharton.

31 de marzo de 1922.

PRÓLOGO

Fui conociendo la historia, retazo a retazo, por boca de diversas personas y, como suele ocurrir en tales casos, cada vez era una historia diferente.

Si conoces Starkfield, Massachusetts, conoces la oficina de correos. Si conoces la oficina de correos, habrás visto llegar a Ethan Frome, soltar las riendas sobre el lomo hundido de su bayo y arrastrarse por el pavimento de ladrillo hasta el pórtico blanco; y habrás preguntado quién era.

Fue allí donde lo vi por primera vez, hace ya varios años, y la visión me detuvo en seco. Incluso entonces era la figura más llamativa de Starkfield, aunque no fuera más que la ruina de un hombre. No era tanto su gran estatura lo que lo distinguía —los «nativos» se reconocían fácilmente entre la gente foránea, más rechoncha, por su enjuta longitud— sino el aspecto descuidado y poderoso que tenía, pese a una cojera que interrumpía cada paso como la sacudida de una cadena. Había algo sombrío e inaccesible en su rostro, y estaba tan entumecido y canoso que lo tomé por un anciano y me sorprendió saber que no tenía más de cincuenta y dos años. Me lo dijo Harmon Gow, que había conducido la diligencia de Bettsbridge a Starkfield en los tiempos anteriores al tranvía y conocía la crónica de todas las familias de su ruta.

—Así tiene el aspecto desde que tuvo su accidente; y eso hace ya veinticuatro años, el próximo febrero —soltó Harmon entre pausas nostálgicas.

El «accidente» era lo que —según supe por el mismo informante— además de abrirle a Ethan Frome un tajo rojo en la frente, le había acortado y torcido tanto el lado derecho que le costaba un esfuerzo visible dar los pocos pasos de su calesín a la ventanilla de correos. Solía bajar desde su granja todos los días hacia el mediodía, y como esa era también mi hora de recoger el correo, con frecuencia me lo cruzaba en el porche o me ponía a su lado mientras esperábamos los movimientos de la mano distribuidora al otro lado de la rejilla. Observé que, aunque llegaba con tanta puntualidad,

pocas veces recibía algo que no fuera un ejemplar del Bettsbridge Eagle , que se metía en el bolsillo caído sin ni mirarlo. De vez en cuando, sin embargo, el cartero le tendía un sobre dirigido a Mrs. Zenobia —o Mrs. Zeena — Frome, que solía llevar bien visible en el ángulo superior izquierdo la dirección de algún fabricante de medicamentos de patente y el nombre de su específico . Esos documentos, mi vecino también se los guardaba sin echarles un vistazo, como si estuviera demasiado acostumbrado a ellos para asombrarse de su número y variedad, y luego se alejaba con un mudo gesto de cabeza al cartero.

Todo el mundo en Starkfield lo conocía y lo saludaba con una cordialidad atemperada a su propio semblante grave; su taciturnidad era respetada y solo en raras ocasiones alguno de los hombres más viejos del pueblo lo retenía para cambiar unas palabras. Cuando esto ocurría, él escuchaba en silencio, con los ojos azules fijos en el rostro del interlocutor, y respondía en voz tan baja que sus palabras nunca me llegaban; luego subía con dificultad al calesín, recogía las riendas con la mano izquierda y se alejaba despacio en dirección a su granja.

—¿Fue un accidente muy grave? —le pregunté a Harmon, siguiendo con la vista la figura que se alejaba, y pensando en lo gallardamente que su cabeza morena y delgada, con su mata de pelo claro, debía de haber reposado sobre sus hombros fuertes antes de que estos se deformaran .

—De los peores —asintió mi informante—. Más que suficiente para matar a la mayoría. Pero los Frome son duros. Ethan llegará al centenario.

—¡Dios mío! —exclamé. En ese momento Ethan Frome, después de subir a su asiento, se había inclinado para asegurarse de que una caja de madera —también con una etiqueta de farmacia— que había puesto en la parte trasera del calesín estaba bien sujeta, y vi su cara tal como debía de ponerse cuando se creía solo. —¿Ese hombre llegará al centenario? ¡Parece muerto y en el infierno ahora mismo!

Harmon sacó del bolsillo una pastilla de tabaco, cortó una rodaja y se la encajó en la bolsa de cuero de su mejilla. —Diría que lleva demasiados inviernos en Starkfield. Los más listos se van.

—¿Y él por qué no se fue?

—Alguien tenía que quedarse a cuidar a la familia. Nunca hubo nadie más que Ethan. Primero su padre, luego su madre, luego su mujer.

—¿Y luego el accidente?

Harmon soltó una risotada sardónica. —Exacto. Entonces ya tuvo que quedarse.

—Ya veo. ¿Y desde entonces han tenido que cuidarlo ellos?

Harmon pasó el tabaco pensativamente a la otra mejilla. —Oh, en cuanto a eso: creo que siempre ha sido Ethan el que ha cuidado.

Aunque Harmon Gow desarrolló el relato hasta donde le daban el alcance mental y moral, había lagunas perceptibles entre los hechos, y yo tenía la sensación de que el significado más profundo de la historia estaba en esas lagunas. Pero una frase se me quedó grabada en la memoria y sirvió de núcleo alrededor del cual fui agrupando mis deducciones posteriores: «Diría que lleva demasiados inviernos en Starkfield.»

Antes de que terminara mi propia estancia allí, había aprendido lo que eso significaba. Y eso que yo había llegado en los tiempos degenerados del tranvía, la bicicleta y el reparto a domicilio, cuando las comunicaciones eran fáciles entre las aldeas de montaña dispersas, y las ciudades más grandes de los valles, como Bettsbridge y Shadd's Falls, tenían bibliotecas, teatros y sedes de la Y.M.C.A. a las que la juventud de las colinas podía bajar a divertirse. Pero cuando el invierno caía sobre Starkfield y el pueblo yacía bajo una capa de nieve perpetuamente renovada desde los cielos pálidos, empecé a ver lo que debía de haber sido la vida allí —o más bien su negación— en la juventud de Ethan Frome.

Mis empleadores me habían enviado a aquel lugar por un trabajo relacionado con la gran central eléctrica de Corbury Junction, y una larga huelga de carpinteros había retrasado tanto las obras que me vi anclado en Starkfield —el lugar habitable más cercano— durante casi todo el invierno. Al principio me desesperé, y luego, bajo el efecto hipnótico de la rutina, fui encontrando una áspera satisfacción en aquella vida. Durante los primeros tiempos de mi estancia me había llamado la atención el contraste entre la vitalidad del clima y la atonía de la comunidad. Día tras día, pasadas las nieves de diciembre, un cielo azul y ardiente derramaba torrentes de luz y aire sobre el paisaje blanco, que los devolvía en un resplandor más intenso.

Cualquiera hubiera supuesto que semejante atmósfera tenía que avivar las emociones tanto como la sangre; pero parecía no producir más efecto que el de retardar todavía más el pulso lento de Starkfield. Cuando llevaba allí un poco más de tiempo y había visto esa fase de cristalina claridad seguida de largas extensiones de frío sin sol; cuando las tormentas de febrero habían plantado sus tiendas blancas alrededor del aldea asediada y la caballería salvaje de los vientos de marzo había cargado en su apoyo; empecé a comprender por qué Starkfield salía de su sitio de seis meses como una guarnición famélica que capitula sin condiciones. Veinte años antes los medios de resistencia debían de haber sido mucho menores, y el enemigo dominaba casi todas las líneas de acceso entre los pueblos sitiados; y considerando todo esto, sentí la fuerza siniestra de la frase de Harmon: «Los más listos se van.» Pero si así era, ¿cómo podía ninguna combinación de obstáculos haber impedido la huida de un hombre como Ethan Frome?

Durante mi estancia en Starkfield me alojé con una viuda de mediana edad conocida familiarmente como Mrs. Ned Hale. El padre de Mrs. Hale había sido el abogado del pueblo de la generación anterior, y «la casa del abogado Varnum», donde mi casera aún vivía con su madre, era la mansión más notable del pueblo. Estaba al extremo de la calle principal, con su pórtico clásico y sus ventanas de vidrios pequeños mirando por un camino de losas flanqueado de abetos de Noruega hacia el esbelto campanario blanco de la iglesia congregacionalista. Era evidente que la fortuna de los Varnum estaba en declive, pero las dos mujeres hacían lo posible por conservar una dignidad decorosa; y Mrs. Hale, en particular, tenía cierta delicadeza marchita que no desentonaba con su pálida casa anticuada.

En el «salón de gala», con su tapicería de crin negra y su caoba débilmente iluminada por una lámpara Carcel que gorjeaba, escuché todas las noches una versión diferente y más sutilmente matizada de la crónica de Starkfield. No era que Mrs. Ned Hale sintiera, ni aparentara sentir, superioridad social alguna sobre las personas de su entorno; era solo que el azar de una sensibilidad más fina y un poco más de educación había puesto entre ella y sus vecinos la distancia justa para juzgarlos con distanciamiento. No le disgustaba ejercer esa facultad, y yo tenía grandes esperanzas de obtener de ella los hechos que faltaban en la historia de Ethan Frome, o al menos alguna clave de su carácter que coordinara los que ya conocía. Su mente era un almacén de anécdotas inocuas, y cualquier pregunta sobre sus conocidos

producía un volumen de detalles; pero sobre el tema de Ethan Frome la encontré inesperadamente reticente. No había ningún indicio de desaprobación en su reserva; simplemente percibía en ella una resistencia insuperable a hablar de él o de sus asuntos, siendo lo máximo que su angustia podía conceder a mi curiosidad un lacónico «Sí, los conocía a los dos... fue horrible...»

Tan marcado era el cambio en su actitud, tales profundidades de triste conocimiento implicaba, que, con alguna duda sobre mi delicadeza, le planteé de nuevo el asunto a mi oráculo aldeano, Harmon Gow; y no obtuve a cambio más que un gruñido incomprensivo.

—Ruth Varnum siempre fue nerviosa como una rata; y, pensándolo bien, fue la primera en verlos después de que los recogieran. Ocurrió justo debajo de la casa del abogado Varnum, en la curva del camino de Corbury, precisamente cuando Ruth se prometió con Ned Hale. Los jóvenes eran todos amigos, y supongo que sencillamente no puede soportar hablar de ello. Ya tiene bastantes disgustos propios.

Todos los vecinos de Starkfield, como los de comunidades más notables, habían tenido bastantes disgustos propios como para mostrarse relativamente indiferentes a los ajenos; y aunque todos reconocían que los de Ethan Frome habían sido desmedidos, nadie me daba explicación de la expresión que había en su cara que, en mi obstinada convicción, no podía haberla puesto allí ni la pobreza ni el sufrimiento físico. Con todo, quizá me habría conformado con la historia reconstruida a partir de esos indicios de no haber sido por la provocación del silencio de Mrs. Hale, y — algo después — por el azar del contacto personal con el hombre.

A mi llegada a Starkfield, Denis Eady, el rico tendero irlandés que era propietario de lo que más se acercaba a una caballeriza en Starkfield, había llegado a un acuerdo para llevarme a diario a Corbury Flats, donde debía tomar el tren para la Junction. Pero a mediados del invierno los caballos de Eady cayeron enfermos a causa de una epidemia local. La enfermedad se propagó a las otras cuadras de Starkfield, y durante uno o dos días me vi en apuros para encontrar medio de transporte. Entonces Harmon Gow sugirió que el bayo de Ethan Frome todavía se tenía en pie y que su dueño tal vez no le hiciera ascos a llevarme.

Me quedé mirándolo. —¿Ethan Frome? Pero si ni siquiera he hablado con él. ¿Por qué iba a molestarse por mí?

La respuesta de Harmon me sorprendió aún más. —No sé si lo haría; pero sé que no le vendría mal ganar un dólar.

Me habían dicho que Frome era pobre y que el aserradero y las áridas hectáreas de su granja apenas daban para que su familia pasara el invierno; pero no había supuesto que estuviera en la necesidad que las palabras de Harmon daban a entender, y expresé mi sorpresa.

—Pues mire, las cosas no le han ido muy bien —dijo Harmon—. Cuando un hombre lleva veinte años o más varado como un barco encallado, viendo lo que hay que hacer sin poder hacerlo, eso le va carcomiendo y pierde el empuje. La granja de los Frome siempre estuvo pelada como una escudilla de leche después de que pase el gato; y ya sabe lo que vale hoy en día uno de esos viejos molinos de agua. Cuando Ethan podía sudar en los dos desde el amanecer hasta la oscuridad, les sacaba una vida a duras penas; pero su familia se comía casi todo, incluso entonces, y no sé cómo se las arregla ahora. Primero su padre recibió una cox segando heno y se le reblandeció el cerebro, y repartía dinero como textos bíblicos antes de morir. Luego su madre se le fue poniendo rara y se arrastró durante años débil como un bebé; y su mujer Zeena, esa siempre ha sido la más aficionada a los médicos del condado. Enfermedad y quebrantos: eso es lo que Ethan lleva en el plato desde el primer bocado.

A la mañana siguiente, al asomarme a la ventana, vi el bayo de lomo hundido entre los abetos de los Varnum, y Ethan Frome, apartando su gastado abrigo de piel de oso, me hizo sitio en el trineo a su lado. A partir de entonces, durante una semana, me llevó todas las mañanas a Corbury Flats, y al volver por las tardes me esperaba y me conducía de regreso a través de la noche helada hasta Starkfield. La distancia en cada sentido era de apenas cinco kilómetros, pero el paso del viejo bayo era lento, y aún con nieve firme bajo los patines tardábamos casi una hora en el trayecto. Ethan Frome conducía en silencio, con las riendas sueltas en la mano izquierda, su perfil moreno y surcado de arrugas recortándose, bajo la visera de la gorra en forma de yelmo, contra los bancos de nieve como la imagen de bronce de un héroe. Nunca volvía el rostro hacia el mío ni respondía, salvo en monosílabos, a las preguntas que yo le hacía o a las ligeras bromas que me

atreví a intentar. Parecía parte del paisaje mudo y melancólico, una encarnación de su desolación helada, con todo lo que había en él de cálido y sensible firmemente encadenado bajo la superficie; pero no había nada hostil en su silencio. Simplemente sentía que vivía en una profundidad de aislamiento moral demasiado remota para el acceso casual, y tenía la sensación de que su soledad no era solo resultado de su situación personal, por trágica que yo intuyera que era, sino que llevaba en sí, como había insinuado Harmon Gow, el frío profundo y acumulado de muchos inviernos en Starkfield.

Solo una o dos veces se tendió por un momento el puente entre nosotros; y los vislumbres así obtenidos confirmaron mi deseo de saber más. En una ocasión me ocurrió mencionar un trabajo de ingeniería en el que había estado el año anterior en Florida, y el contraste entre el paisaje invernal que nos rodeaba y aquel en que me había encontrado el año anterior; y para mi sorpresa Frome dijo de repente: «Sí: yo estuve allá abajo una vez, y durante mucho tiempo después podía evocar ese paisaje en invierno. Pero ahora está todo cubierto de nieve.»

No dijo nada más, y tuve que adivinar el resto por la inflexión de su voz y su brusco recaer en el silencio.

Otro día, al subir al tren en los Flats, eché de menos un volumen de divulgación científica —creo que sobre algunos descubrimientos recientes en bioquímica— que había llevado conmigo para leer en el camino. No pensé más en ello hasta que por la tarde subí de nuevo al trineo y vi el libro en las manos de Frome.

—Lo encontré después de que se fuera —dijo.

Me guardé el volumen en el bolsillo y volvimos a caer en nuestro silencio habitual; pero cuando empezamos a subir despacio la larga cuesta desde Corbury Flats hasta la cresta de Starkfield, me di cuenta en la penumbra de que había vuelto el rostro hacia mí.

—Hay cosas en ese libro de las que no sabía ni la primera palabra —dijo.

Me sorprendió menos lo que decía que la extraña nota de resentimiento en su voz. Evidentemente le asombraba y le molestaba un poco su propia ignorancia.

—¿Le interesa ese tipo de cosas? —le pregunté.

— Antes me interesaban.

— En el libro hay una o dos cosas bastante nuevas: últimamente se han dado grandes pasos en esa línea de investigación concreta. — Esperé un momento una respuesta que no llegó; luego dije —: Si quiere hojearlo, con mucho gusto se lo dejo.

Dudó, y tuve la impresión de que se sentía a punto de ceder a una marea creciente de inercia; luego dijo brevemente: — Gracias, me lo quedo.

Esperaba que aquel incidente estableciera alguna comunicación más directa entre nosotros. Frome era tan sencillo y directo que estaba seguro de que su curiosidad por el libro se basaba en un interés genuino por el tema. Semejantes gustos y conocimientos en un hombre de su condición hacían más patente el contraste entre su situación exterior y sus necesidades interiores, y yo esperaba que la oportunidad de dar expresión a estas últimas pudiera al menos despertar la lengua. Pero algo en su pasado, o en su modo de vida presente, lo había empujado tan hondo dentro de sí mismo que ningún impulso casual podía hacerle volver hacia sus semejantes. En nuestro siguiente encuentro no hizo alusión alguna al libro, y nuestra relación pareció destinada a seguir siendo tan negativa y unilateral como si no hubiera habido ninguna ruptura en su reserva.

Frome llevaba aproximadamente una semana llevándome a los Flats cuando una mañana me asomé a mi ventana y vi que nevaba con fuerza. La altura de las olas blancas amontonadas contra la valla del jardín y a lo largo de la pared de la iglesia indicaba que la tormenta debía de llevar toda la noche, y que los ventisqueros en campo abierto serían probablemente grandes. Pensé que mi tren se retrasaría; pero tenía que estar en la central eléctrica durante una hora o dos por la tarde, y decidí, si aparecía Frome, abrirme paso hasta los Flats y esperar allí el tren. No sé por qué lo puse en condicional, sin embargo, pues nunca dudé de que Frome aparecería. No era el tipo de hombre al que ningún alboroto de los elementos pudiera apartar de sus obligaciones; y a la hora señalada su trineo se deslizó entre la nieve como una aparición de escenario detrás de velos que se espesaban.

Ya lo conocía demasiado bien para expresar asombro o gratitud por su puntualidad; pero exclamé sorprendido al verle girar el caballo en dirección opuesta a la del camino de Corbury.

—El ferrocarril está bloqueado por un tren de mercancías que se quedó encallado en un ventisquero bajo los Flats —explicó, mientras trotábamos hacia la blanquecina y cortante ventisca.

—Pero oiga, ¿adónde me lleva entonces?

—Directamente a la Junction, por el camino más corto —respondió, señalando con el látigo hacia la colina de la Casa de la Escuela.

—¿A la Junction con esta tormenta? ¡Si hay por lo menos quince kilómetros!

—El bayo lo hará si le da tiempo. Usted dijo que tenía negocios allá por la tarde. Llegaré a tiempo.

Lo dijo con tanta tranquilidad que solo pude responder: —Me está haciendo el mayor favor del mundo.

—No hay de qué —repuso.

Al llegar a la altura de la escuela el camino se bifurcaba, y bajamos por un carril a la izquierda, entre ramas de cicuta dobladas hacia dentro hasta tocar los troncos bajo el peso de la nieve. Muchas veces había caminado por allí los domingos, y sabía que el tejado solitario que se veía entre las ramas desnudas cerca del fondo de la colina era el del aserradero de Frome. Tenía un aspecto suficientemente inerte, con su rueda ociosa suspendida sobre el arroyo negro salpicado de espuma amarillenta y su racimo de cobertizos combados bajo su blanca carga. Frome no volvió ni la cabeza al pasar, y seguimos subiendo en silencio la siguiente cuesta. Algo más de un kilómetro adelante, por un camino que yo no había recorrido nunca, llegamos a un huerto de manzanos raquíuticos que se retorcían por una ladera entre afloramientos de pizarra que asomaban por la nieve como animales sacando el hocico para respirar. Más allá del huerto se extendía uno o dos campos, con sus lindes perdidas bajo los ventisqueros; y sobre los campos, arrimada a las blancas inmensidades de tierra y cielo, una de esas solitarias granjas de Nueva Inglaterra que hacen el paisaje más solitario todavía.

—Esa es mi casa —dijo Frome, con un gesto lateral de su codo cojo; y ante la angustia y la opresión de la escena no supe qué responder. La nieve había cesado, y un destello de sol acuoso expuso la casa en la ladera sobre nosotros en toda su lamentable fealdad. El negro fantasma de una enredadera caduca colgaba del porche, y las delgadas paredes de madera,

bajo su gastada mano de pintura, parecían estremecerse en el viento que había arreciado al cesar la nieve.

—La casa era más grande en tiempos de mi padre: tuve que derribar la «L» hace un tiempo —continuó Frome, refrenando con un tirón de la rienda izquierda la evidente intención del bayo de girar por el portón derruido.

Vi entonces que el aspecto inusualmente destartado y menguado de la casa se debía en parte a la pérdida de lo que en Nueva Inglaterra se llama la «L»: ese largo anexo de tejado profundo, construido normalmente en ángulo recto con la casa principal, que la comunica, a través de despensas y almacenes, con el cobertizo de leña y el establo. Ya sea por su sentido simbólico, por la imagen que presenta de una vida vinculada al suelo que encierra en sí misma las principales fuentes de calor y sustento, o simplemente por el pensamiento reconfortante de que permite a los que viven en ese clima duro llegar al trabajo matinal sin enfrentarse a la intemperie, lo cierto es que la «L», más que la casa misma, parece ser el centro, el verdadero hogar, de la granja de Nueva Inglaterra. Quizá esta asociación de ideas, que se me había ocurrido a menudo en mis paseos por Starkfield, me hizo oír una nota añorante en las palabras de Frome y ver en la vivienda reducida la imagen de su propio cuerpo encogido.

—Ahora estamos como apartados del camino —añadió—, pero antes pasaba mucha gente por aquí, antes de que el ferrocarril llegara a los Flats. —Espoleó al rezagado bayo con otro tirón; luego, como si la mera visión de la casa me hubiera dejado entrar demasiado hondo en su confianza para seguir fingiendo reserva, continuó despacio—: Siempre he achacado lo peor de la enfermedad de mi madre a eso. Cuando el reuma le puso tan mal que no podía moverse, se sentaba ahí arriba a mirar el camino durante horas; y un año, cuando estuvieron seis meses arreglando la calzada de Bettsbridge después de las inundaciones y Harmon Gow tuvo que traer su diligencia por aquí, se recuperó tanto que la mayoría de los días bajaba hasta la verja a verlo pasar. Pero después de que empezaran a circular los trenes, nunca volvió nadie por aquí que valiera la pena, y mi madre nunca pudo entender bien lo que había pasado, y eso la fue minando hasta que murió.

Al girar hacia el camino de Corbury volvió a nevar, cortándonos el último atisbo de la casa; y el silencio de Frome cayó con la nieve, dejando caer entre nosotros el viejo velo de la reticencia. Esta vez el viento no cesó con

el regreso de la nieve. Al contrario, arreció hasta convertirse en un vendaval que de vez en cuando, desde un cielo desgarrado, lanzaba pálidas ráfagas de luz solar sobre un paisaje caóticamente agitado. Pero el bayo cumplió la palabra de Frome, y llegamos a la Junction a través del desolado paisaje blanco.

Por la tarde la tormenta amainó, y la claridad al oeste me parecía, con mi ojo inexperto, la promesa de una noche serena. Terminé mis asuntos lo más rápido posible y partimos hacia Starkfield con buenas posibilidades de llegar para cenar. Pero al ponerse el sol las nubes se congregaron de nuevo, trayendo una noche más temprana, y la nieve empezó a caer recta y continua desde un cielo sin viento, en una suave difusión universal más desorientadora que las ráfagas y remolinos de la mañana. Parecía ser parte de la oscuridad que se espesaba, ser la propia noche invernal descendiendo sobre nosotros capa a capa.

El pequeño rayo de la linterna de Frome se perdió pronto en ese medio sofocante, en el que incluso su sentido de la orientación y el instinto de vuelta al hogar del bayo acabaron por fallarnos. Dos o tres veces surgió algún fantasmal punto de referencia para advertirnos de que nos habíamos desviado, y luego fue succionado de nuevo por la niebla; y cuando por fin recuperamos el camino el viejo caballo empezó a dar muestras de agotamiento. Me sentí culpable por haber aceptado la oferta de Frome, y tras una breve discusión lo persuadí para que me dejara bajar del trineo y caminar por la nieve junto al bayo. De este modo avanzamos un kilómetro o dos más, y al fin llegamos a un punto donde Frome, escudriñando lo que para mí era una noche sin forma, dijo: —Ahí abajo está mi portón.

El último trecho había sido el más duro. El frío cortante y el terreno pesado me habían dejado casi sin aliento, y podía sentir el costado del caballo latiendo como un reloj bajo mi mano.

—Mire, Frome —empecé—, no tiene ningún sentido que siga usted más lejos... —pero me interrumpió—: Usted tampoco. Ya ha habido bastante para cualquiera.

Comprendí que me estaba ofreciendo refugio para la noche en la granja, y sin responder giré por el portón a su lado y lo seguí al establo, donde le ayudé a desuncir y acomodar al cansado caballo. Hecho esto, descolgó la

linterna del trineo, salió de nuevo a la noche y me llamó por encima del hombro: —Por aquí.

Muy lejos, sobre nosotros, un cuadrado de luz temblaba a través de la cortina de nieve. Tambaleándome tras los pasos de Frome, avancé a trompicones hacia él y en la oscuridad casi caí en uno de los profundos ventisqueros contra la fachada de la casa. Frome trepó por los resbaladizos escalones del porche, abriéndose paso entre la nieve con el pesado tacón de la bota. Luego levantó la linterna, encontró el pestillo y condujo el camino al interior de la casa. Le seguí hasta un estrecho pasillo sin luz, al fondo del cual una escalera de peldaños como los de una escala se perdía en la oscuridad. A nuestra derecha, una línea de luz marcaba la puerta de la habitación que había enviado su rayo a través de la noche; y detrás de esa puerta oí la voz de una mujer que musitaba con tono quejumbroso.

Frome pataleó sobre el hule gastado para sacudir la nieve de las botas y dejó la linterna sobre una silla de cocina que era el único mueble del vestíbulo. Luego abrió la puerta.

—Pase —dijo; y al hablar la voz quejumbrosa enmudeció...

Fue esa noche cuando encontré la clave de Ethan Frome y empecé a reconstruir esta visión de su historia.

I

El pueblo yacía bajo sesenta centímetros de nieve, con ventisqueros en las esquinas batidas por el viento. En un cielo de hierro los puntos del Carro colgaban como carámbanos y Orión relampagueaba sus fuegos fríos. La luna se había puesto, pero la noche era tan transparente que las fachadas

blancas entre los olmos parecían grises contra la nieve, los grupos de arbustos hacían manchas negras sobre ella, y las ventanas del sótano de la iglesia lanzaban haces de luz amarilla lejos, sobre las ondulaciones interminables.

El joven Ethan Frome caminaba a paso vivo por la calle desierta, pasando el banco, la nueva tienda de ladrillo de Michael Eady y la casa del abogado Varnum con los dos abetos negros de Noruega junto a la verja. Frente a la verja de los Varnum, donde el camino caía hacia el valle de Corbury, la iglesia alzaba su esbelto campanario blanco y su estrecho pórtico. Al acercarse el joven, los ventanales superiores dibujaban una galería oscura a lo largo del muro lateral del edificio, pero desde los huecos inferiores, en el lado donde el terreno bajaba en pendiente pronunciada hacia el camino de Corbury, la luz proyectaba sus largas franjas iluminando numerosos surcos frescos en la senda que llevaba a la puerta del sótano, y mostrando, bajo un cobertizo contiguo, una hilera de trineos con caballos cubiertos por pesadas mantas.

La noche estaba completamente quieta, y el aire tan seco y puro que producía escasa sensación de frío. El efecto sobre Frome era más bien el de una ausencia total de atmósfera, como si entre la tierra blanca bajo sus pies y la cúpula metálica sobre su cabeza no mediara nada menos tenue que el éter. «Es como estar en un recipiente al vacío», pensó. Cuatro o cinco años antes había cursado un año en una escuela politécnica de Worcester y había experimentado en el laboratorio con un amable profesor de física; y las imágenes que aquella experiencia le había suministrado seguían aflorando, en momentos inesperados, a través de las asociaciones de ideas totalmente distintas en que había estado viviendo desde entonces. La muerte de su padre, y las desgracias que la siguieron, habían puesto fin prematuro a los estudios de Ethan; pero aunque no habían llegado lo bastante lejos para serle de gran utilidad práctica, habían alimentado su imaginación y le habían hecho consciente de los enormes significados nebulosos que se ocultaban tras el rostro cotidiano de las cosas.

Al avanzar a zancadas por la nieve, la conciencia de esos significados ardía en su mente mezclada con el calor corporal que le producía su marcha enérgica. Al final del pueblo se detuvo ante la fachada oscura de la iglesia. Se quedó allí un momento respirando aprisa, mirando calle arriba y calle abajo, por la que no se movía ninguna otra figura. La cuesta del camino de Corbury, bajo los abetos del abogado Varnum, era el lugar favorito de trineo

de Starkfield, y en las noches despejadas la esquina de la iglesia resonaba hasta tarde con los gritos de los trinadores; pero aquella noche ningún trineo oscurecía la blancura de la larga pendiente. El silencio de medianoche cubría el pueblo, y toda su vida despierta se había congregado tras los ventanales de la iglesia, desde los que fluían acordes de música de baile junto con las anchas franjas de luz amarilla.

El joven, bordeando el lateral del edificio, bajó por la pendiente hacia la puerta del sótano. Para mantenerse fuera del alcance de los reveladores rayos del interior, describió un arco por la nieve virgen y se fue aproximando poco a poco al ángulo más lejano del muro del sótano. Desde allí, pegado todavía a la sombra, avanzó con cautela hasta la ventana más cercana, conteniendo su cuerpo esbelto y erguido e inclinando el cuello hasta que atisbó el interior de la sala.

Vista así, desde la oscuridad pura y helada en que se encontraba, la sala parecía hervir en una niebla de calor. Los reflectores metálicos de los mecheros de gas lanzaban crudas olas de luz contra las paredes encaladas, y los flancos de hierro de la estufa al fondo de la sala parecían estremecerse con fuegos volcánicos. El suelo estaba lleno de chicas y jóvenes. A lo largo de la pared opuesta a la ventana había una hilera de sillas de cocina de la que las mujeres mayores acababan de levantarse. Para entonces la música había parado, y los músicos —un violinista y la señorita que tocaba el armonio los domingos— estaban reponiéndose apresuradamente en un rincón de la mesa de la cena, que alineaba sobre el estrado al fondo de la sala sus fuentes de tarta arrasadas y sus cuencos de helado. Los invitados se preparaban para marcharse, y la marea se había vuelto ya hacia el pasillo donde colgaban los abrigos y los chales, cuando un joven de pie ágil y una mata de pelo negro se lanzó al centro del suelo y palmeó. La señal tuvo efecto inmediato. Los músicos corrieron a sus instrumentos, los bailarines —algunos ya medio envueltos para irse— se pusieron en fila a lo largo de los dos lados de la sala, los espectadores mayores volvieron a sus sillas, y el animoso joven, tras lanzarse de un lado a otro entre la concurrencia, sacó a una chica que ya se había liado al cuello un «fascinator» de color cereza, la llevó al fondo del salón y la hizo girar a todo lo largo al ritmo saltarín de una Virginia reel.

El corazón de Frome latía aprisa. Llevaba rato esforzándose por vislumbrar la cabeza oscura bajo el pañuelo color cereza, y le molestó que otro ojo

hubiera sido más rápido que el suyo. El que dirigía el baile, que tenía aspecto de tener sangre irlandesa en las venas, bailaba bien, y su pareja se contagió de su brío. Mientras pasaba a lo largo de la fila, su figura ligera girando de mano en mano en círculos cada vez más veloces, el pañuelo le voló de la cabeza y ondeó detrás de sus hombros, y Frome, en cada vuelta, entrevía sus labios sonrientes y jadeantes, la nube de pelo oscuro sobre la frente y los ojos negros que parecían los únicos puntos fijos en un laberinto de líneas que volaban.

Los bailarines iban cada vez más deprisa, y los músicos, para seguirles el ritmo, aporreaban sus instrumentos como jinetes que fustigaran sus monturas en la recta final; y sin embargo le parecía al joven que estaba en la ventana que la danza no acabaría nunca. De vez en cuando desviaba los ojos del rostro de la chica hacia el de su pareja, que, en la exaltación del baile, había adquirido una expresión de posesión casi insolente. Denis Eady era hijo de Michael Eady, el ambicioso tendero irlandés cuya labia y descaro habían dado a Starkfield su primera noción de los métodos «avispa-dos» de los negocios, y cuya nueva tienda de ladrillo testificaba el éxito de la empresa. Su hijo parecía seguir sus pasos y estaba entretanto aplicando las mismas artes a la conquista de las jóvenes de Starkfield. Hasta entonces Ethan Frome se había contentado con tenerlo por un tipo ordinario; pero ahora se merecía positivamente una paliza. Era extraño que la chica no pareciera darse cuenta: que pudiera levantar su rostro arrobado hacia el de su pareja y dejarse caer las manos en las de él sin parecer sentir la ofensa de su mirada y su tacto.

Frome tenía la costumbre de ir caminando a Starkfield para acompañar a casa a la prima de su mujer, Mattie Silver, en las raras veladas en que alguna ocasión de diversión la atraía al pueblo. Era su propia mujer quien había sugerido, cuando la chica fue a vivir con ellos, que se le brindaran esas oportunidades. Mattie Silver venía de Stamford, y cuando entró en el hogar de los Frome para ayudar a su prima Zeena, se pensó que lo mejor, dado que venía sin sueldo, era no dejarla sentir demasiado bruscamente el contraste entre la vida que había dejado atrás y el aislamiento de una granja en Starkfield. Pero de no ser por eso —reflexionó Frome con sarcasmo— difícilmente se le habría ocurrido a Zeena pensar en las diversiones de la chica.

Cuando su mujer propuso por primera vez que le dieran a Mattie alguna salida por las noches, él había rezongado para sus adentros ante la perspec-

tiva de tener que hacer dos kilómetros más hasta el pueblo y volver, después de su dura jornada en la granja; pero no mucho después había llegado al punto de desear que Starkfield dedicara todas sus noches a la juerga.

Mattie Silver llevaba un año viviendo bajo su techo, y desde la primera hora de la mañana hasta que se encontraban en la cena tenía frecuentes ocasiones de verla; pero ningún momento en su compañía era comparable al de cuando, con el brazo de ella en el suyo y su paso ligero volando para seguir su larga zancada, volvían por la noche caminando a la granja. Se había encariñado con la chica desde el primer día, cuando había ido a buscarla al apeadero y ella le había saludado con la mano desde el tren, gritando «¡Usted debe de ser Ethan!» al bajar de un salto con sus bultos, mientras él, mirando su menuda figura, reflexionaba: «No parece muy ducha en los trabajos de la casa, pero al menos no es quejica.» Pero no era solo que la llegada a su casa de un poco de joven vida esperanzadora fuera como encender un fuego en un hogar frío. La chica era más que la criatura viva y útil que él había imaginado. Tenía ojos para ver y oídos para escuchar: podía mostrarle cosas y contarle cosas, y saborear la dicha de sentir que todo lo que le transmitía dejaba largas reverberaciones y ecos que podía despertar a voluntad.

Era durante sus caminatas nocturnas de regreso a la granja cuando sentía con más intensidad la dulzura de esa comunión. Siempre había sido más sensible que la gente de su entorno al atractivo de la belleza natural. Sus estudios inconclusos habían dado forma a esa sensibilidad, e incluso en sus momentos más desdichados el campo y el cielo le hablaban con una persuasión honda y poderosa. Pero hasta entonces la emoción había permanecido en él como un dolor silencioso, velando con tristeza la belleza que la evocaba. Ni siquiera sabía si alguien más en el mundo sentía como él, o si era la única víctima de ese melancólico privilegio. Luego supo que otro espíritu había temblado ante el mismo toque de asombro: que a su lado, viviendo bajo su techo y comiendo su pan, había una criatura a quien podía decirle: «Eso de allá abajo es Orión; el más grande a la derecha es Aldebarán, y ese grupo de pequeñitos — como abejas en enjambre — son las Pléyades...» o ante quien podía mantenerla en vilo ante un afloramiento de granito que emergía entre los helechos mientras le desplegaba el enorme panorama de la era glacial y las largas y tenues extensiones del tiempo sucesivo. El hecho de que la admiración por su saber se mezclara en Mattie con el asombro ante lo que le enseñaba no era la parte menor de su placer. Y

había otras sensaciones, menos definibles pero más exquisitas, que los unía con un choque de gozo silencioso: el rojo frío del ocaso tras las colinas de invierno, el vuelo de nubes en bandada sobre laderas de rastrojo dorado, o las sombras intensamente azules de las cicutas sobre la nieve al sol. Cuando ella le dijo una vez: «¡Parece como si estuviera pintado!», le pareció a Ethan que el arte de la definición no podía ir más lejos, y que por fin se habían encontrado palabras para expresar su alma secreta...

Mientras permanecía en la oscuridad fuera de la iglesia, esos recuerdos volvieron con la agudeza de las cosas perdidas. Mirando a Mattie girar por el salón de mano en mano, se preguntó cómo había podido pensar alguna vez que su sosa conversación le interesaba. Para él, que solo estaba alegre en su presencia, la alegría de ella le parecía prueba evidente de indiferencia. El rostro que levantaba hacia sus parejas de baile era el mismo que, al verlo a él, parecía siempre una ventana que ha capturado la puesta de sol. Hasta notó dos o tres gestos que, en su engreimiento, había creído que ella reservaba para él: una manera de echar la cabeza hacia atrás cuando se divertía, como para saborear la risa antes de dejarla salir, y la costumbre de cerrar los párpados despacio cuando algo la encantaba o le llegaba al alma.

La visión le hizo daño, y su malestar despertó sus temores latentes. Su mujer no había dado nunca señales de celos hacia Mattie, pero últimamente se había quejado cada vez más del trabajo de la casa y había encontrado maneras oblicuas de llamar la atención sobre la ineficiencia de la chica. Zeena siempre había sido lo que en Starkfield llamaban «delicada», y Frome tenía que admitir que, si estaba tan enferma como ella creía, necesitaba la ayuda de un brazo más fuerte que el que le rozaba tan levemente el suyo durante los paseos nocturnos a la granja. Mattie no tenía ningún talento natural para las labores domésticas, y su crianza no había hecho nada por remediarlo. Aprendía deprisa, pero era olvidadiza y soñadora, y no estaba dispuesta a tomarse el asunto en serio. Ethan tenía la sensación de que si llegara a casarse con un hombre del que estuviera enamorada, el instinto dormido despertaría y sus tartas y bizcochos serían el orgullo del condado; pero la vida doméstica en abstracto no le interesaba. Al principio era tan torpe que él no podía evitar reírse; pero ella se reía con él y eso los hizo mejores amigos. Hizo todo lo posible por suplir sus esfuerzos inexpertos, levantándose más temprano de lo habitual para encender el fuego de la cocina, metiendo la leña la noche antes y descuidando el molino por la

granja para poder ayudarla en la casa durante el día. Hasta bajaba las noches del sábado a fregar el suelo de la cocina después de que las mujeres se hubieran acostado; y Zeena, un día, lo había sorprendido en la mantequera y se había alejado en silencio, con una de sus miradas raras.

Últimamente había habido otras señales del desagrado de su mujer, intangibles pero más inquietantes. Una fría mañana de invierno, mientras se vestía en la oscuridad, con la vela parpadeando en la corriente de la ventana mal ajustada, la oyó hablar desde la cama a sus espaldas.

—El médico no quiere que me quede sin nadie que me atienda —dijo con su voz quejumbrosa y monótona.

Él había dado por sentado que estaba dormida, y el sonido de su voz lo sobresaltó, aunque era dada a explosiones abruptas de palabras tras largos intervalos de silencio reservado.

Se volvió y la miró donde yacía, perfilada vagamente bajo el edredón oscuro de percal, con su rostro de pómulos pronunciados adquiriendo un tono grisáceo a la blancura de la almohada.

—¿Sin nadie que te atienda? —repitió.

—Si dices que no puedes permitirte una criada cuando se vaya Mattie.

Frome volvió a darse la vuelta y, cogiendo la navaja de afeitar, se inclinó para atrapar el reflejo de su mejilla estirada en el espejo manchado sobre el lavabo.

—¿Por qué demonios iba a irse Mattie?

—Bueno, cuando se case, quiero decir —llegó de detrás el ceceo de su mujer.

—Oh, ella nunca nos dejaría mientras tú la necesitaras —repuso, raspándose con fuerza la barbilla.

—Nunca querría que dijera nadie que me interpuso en el camino de una chica pobre como Mattie casándose con un buen partido como Denis Eady —respondió Zeena en tono de condescendiente abnegación.

Ethan, mirando fijamente su cara en el espejo, echó la cabeza hacia atrás para pasar la navaja de oreja a barbilla. Tenía la mano firme, pero la actitud era una excusa para no dar respuesta inmediata.

—Y el médico no quiere que me quede sin nadie —continuó Zeena—. Quería que te hablara de una chica de la que ha oído, que podría venir...

Ethan dejó la navaja y se irguió con una carcajada.

—¡Denis Eady! Si no hay más que eso, creo que no hay tanta prisa en buscar una chica.

—Pues a mí me gustaría hablar contigo de eso —dijo Zeena con obstinación.

Se estaba vistiendo con torpeza y prisa. —Bien. Pero ahora no tengo tiempo; ya llego tarde —repuso, acercando su viejo reloj de plata en forma de cebolla a la vela.

Zeena, aceptando al parecer aquello como definitivo, se quedó mirándole en silencio mientras él se ponía los tirantes sobre los hombros y metía los brazos en el abrigo; pero cuando se dirigía a la puerta dijo de repente, con claridad y frialdad: —Creo que siempre llegas tarde, ahora que te afeitas todos los días.

Aquel golpe le asustó más que todas las vagas insinuaciones sobre Denis Eady. Era cierto que desde la llegada de Mattie Silver había cogido la costumbre de afeitarse a diario; pero su mujer siempre parecía dormida cuando él la dejaba en la oscuridad invernal, y había supuesto estúpidamente que no notaría ningún cambio en su aspecto. Una o dos veces, en el pasado, le había inquietado levemente la manera que tenía Zenobia de dejar pasar las cosas sin aparentemente reparar en ellas, para luego revelar, semanas después, en una frase casual, que todo el tiempo había tomado nota y sacado sus conclusiones. Últimamente, sin embargo, no había habido lugar en sus pensamientos para tales vagos presentimientos. Zeena misma, de una realidad opresiva, se había disuelto en una sombra incorpórea. Toda su vida transcurría a la vista y al sonido de Mattie Silver, y ya no podía concebir que fuera de otro modo. Pero ahora, mientras estaba fuera de la iglesia y veía a Mattie dando vueltas por el salón de mano en mano, una muchedumbre de indicios y amenazas desatendidos tejía su nube alrededor de su cabeza...

II

Mientras los bailarines salían del salón a torrentes, Frome, replegándose detrás de la puerta de tormenta saliente, observaba la separación de los grupos grotescamente abrigados, en la que el rayo de una linterna en movimiento iluminaba de vez en cuando un rostro encendido por la comida y el baile. Los vecinos del pueblo, como iban a pie, fueron los primeros en subir la cuesta hacia la calle principal, mientras los vecinos del campo iban acomodándose más despacio en los trineos bajo el cobertizo.

—¿No te llevan, Mattie? —llamó desde el grupo junto al cobertizo la voz de una mujer, y el corazón de Ethan dio un vuelco. Desde donde estaba no podía ver a las personas que salían del salón hasta que habían avanzado unos pasos más allá de los lados de madera de la puerta de tormenta; pero a través de sus rendijas oyó una voz clara responder: —¡Qué va! Con una noche así.

Estaba allí, entonces, cerca de él, solo una delgada tabla de por medio. En otro momento ella saldría a la noche, y sus ojos, acostumbrados a la oscuridad, la distinguirían con tanta claridad como si estuviera a plena luz. Una ola de timidez le echó de nuevo hacia el ángulo oscuro de la pared, y permaneció allí en silencio en vez de darse a conocer. Había sido una de las maravillas de su trato que desde el principio ella, la más ágil, más fina, más expresiva, en vez de aplastarlo con el contraste, le había comunicado algo de su propio soltura y libertad; pero ahora se sentía tan torpe y patoso como en sus tiempos de estudiante, cuando había intentado «animar» a las chicas de Worcester en un picnic.

Permaneció retraído, y ella salió sola y se detuvo a pocos metros de él. Era casi la última en abandonar el salón, y se quedó mirando a su alrededor con incertidumbre, como preguntándose por qué él no se dejaba ver. Luego se acercó la figura de un hombre, tan cerca de ella que bajo sus informes envolturas parecían fundirse en un solo contorno borroso.

—¿Tu amigo te ha fallado? Vaya, Mattie, ¡qué faena! No, yo no sería tan rastrero como para contárselo a las otras. No soy tan bajo. —¿Cómo odiaba Frome la barata cháchara de Denis! — Pero oye, ¿no es una suerte que tenga el calesín de mi padre ahí abajo esperándonos?

Frome oyó la voz de la chica, alegremente incrédula: —¿Pero qué hace el calesín de tu padre ahí abajo?

—Pues esperarme para dar un paseo. Traje también el potro roano. Como que sabía que esta noche me apetecería dar un paseo — intentó poner Eady, en su triunfo, una nota sentimental en su voz fanfarrona.

La chica pareció vacilar, y Frome la vio dar vueltas al extremo del pañuelo entre los dedos con indecisión. Por nada del mundo le hubiera hecho una señal, aunque le parecía que su vida dependía del siguiente gesto de ella.

—Espera un momento mientras desato el potro — llamó Denis, corriendo hacia el cobertizo.

Ella se quedó completamente inmóvil, mirándolo, en una actitud de tranquila expectativa que era una tortura para el vigilante oculto. Frome observó que ya no volvía la cabeza de un lado a otro, como si escudriñara la noche buscando otra figura. Dejó que Denis Eady sacara el caballo, subiera al calesín y apartara la piel de oso para hacerle sitio a su lado; luego, con un rápido movimiento de vuelo, se dio la vuelta y echó a correr ladera arriba hacia la fachada de la iglesia.

—¡Adiós! ¡Espero que te des un paseo estupendo! — le gritó por encima del hombro.

Denis se rió y dio al caballo un golpe que lo puso rápidamente al nivel de su figura que se alejaba.

—¡Vamos! ¡Sube rápido! ¡Está resbaladísimo en esta curva! — gritó, inclinándose para tenderle la mano.

Ella le rió de vuelta: —¡Buenas noches! No me subo.

Para entonces habían pasado ya fuera del alcance del oído de Frome y él solo podía seguir la silenciosa pantomima de sus siluetas mientras continuaban moviéndose a lo largo de la cresta de la pendiente sobre él. Vio a Eady, al cabo de un momento, saltar del calesín y acercarse a la chica con las riendas bajo el brazo. Con el otro intentó pasárselo por el de ella; pero ella se le

escabulló con agilidad, y el corazón de Frome, que había oscilado sobre un abismo negro, volvió tembloroso a la seguridad. Un momento después oyó el tintineo de unos cascabeles que se alejaban y divisó una figura que avanzaba sola hacia la explanada de nieve vacía ante la iglesia.

A la sombra negra de los abetos de los Varnum la alcanzó, y ella se volvió con un rápido «¡Oh!»

—¿Creías que me había olvidado de ti, Mattie? —preguntó con alegría avergonzada.

Ella respondió seria: —Pensé que tal vez no podías volver a buscarme.

—¿Que no podía? ¿Qué podría impedírmelo?

—Sabía que Zeena no se encontraba muy bien hoy.

—Oh, lleva horas en la cama. —Hizo una pausa, con una pregunta luchando en él—. ¿Entonces ibas a volver andando a casa tú sola?

—¡Si yo no tengo miedo! —se rió.

Se quedaron juntos en la penumbra de los abetos, un mundo vacío brillando en torno a ellos, ancho y gris bajo las estrellas. Él sacó su pregunta.

—Si pensabas que no había venido, ¿por qué no volviste con Denis Eady?

—Pero ¿dónde estabas tú? ¿Cómo lo sabías? ¡Yo no te vi!

Su asombro y su risa corrieron juntos como dos riachuelos primaverales en el deshielo. Ethan tuvo la sensación de haber hecho algo ingenioso y travieso. Para prolongar el efecto buscó una frase deslumbrante, y solo sacó, en un gruñido arrobado: —Vamos.

Le pasó el brazo por el suyo, como había hecho Eady, y le pareció que lo notaba apretado levemente contra su costado; pero ninguno de los dos se movió. Estaba tan oscuro bajo los abetos que apenas podía distinguir el contorno de su cabeza junto a su hombro. Deseó inclinar la mejilla y frotarla contra el pañuelo de ella. Le habría gustado quedarse allí con ella toda la noche en la oscuridad. Ella dio un paso o dos hacia adelante y luego se detuvo de nuevo sobre el desnivel del camino de Corbury. La pendiente helada, marcada por innumerables patines, parecía un espejo rayado por viajeros en una posada.

— Antes de que saliera la luna había un montón bajando en trineo — dijo.

— ¿Te gustaría venir una noche a bajar con ellos? — le preguntó.

— ¡Ay, ¿vendrías tú, Ethan? ¡Sería precioso!

— Mañana venimos si hay luna.

Se demoró, apretándose más contra su costado. — Ned Hale y Ruth Varnum estuvieron a punto de chocar contra el gran olmo del fondo. Todos estábamos seguros de que estaban muertos. — Su escalofrío le bajó por el brazo—. ¿No habría sido horroroso? ¡Con lo felices que son!

— Oh, Ned no conduce muy bien. ¡Creo que yo te llevo abajo sin problemas! — dijo con arrogancia.

Era consciente de que estaba «echándose faroles», como Denis Eady; pero su reacción de alegría lo había desestabilizado, y la entonación con que ella había dicho de la pareja prometida «¡Con lo felices que son!» hacía que las palabras sonaran como si hubiera estado pensando en ella misma y en él.

— Pero el olmo es peligroso. Habría que talarlo — insistió ella.

— ¿Le tendrías miedo con yo?

— Ya te he dicho que no soy de las que tienen miedo — replicó, casi con indiferencia; y de repente echó a andar con paso rápido.

Esas variaciones de humor eran la desesperación y la alegría de Ethan Frome. Los movimientos de su mente eran tan imprevisibles como el aleteo de un pájaro entre las ramas. El hecho de que no tuviera derecho a mostrar sus sentimientos, y provocar así la expresión de los de ella, le hacía dar una importancia fantástica a cada cambio en su mirada y su tono. Ahora pensaba que ella le entendía, y temía; ahora estaba seguro de que no era así, y se desesperaba. Aquella noche el peso de las inquietudes acumuladas hacía caer la balanza hacia la desesperación, y la indiferencia de ella era tanto más gélida después del arrebató de alegría en que lo había sumido al despedir a Denis Eady. Subió la colina de la Casa de la Escuela a su lado y continuó en silencio hasta llegar al carril que llevaba al aserradero; entonces la necesidad de alguna seguridad concreta se hizo demasiado fuerte.

— Me habrías encontrado enseguida si no hubieras vuelto a bailar esa última Virginia reel con Denis — soltó torpemente. No podía pronunciar el

nombre sin un endurecimiento de los músculos de la garganta.

—Pero, Ethan, ¿cómo iba a saber que estabas ahí?

—Supongo que es verdad lo que dice la gente —le espetó, en vez de responder.

Ella se detuvo en seco, y él notó, en la oscuridad, que levantaba el rostro hacia el suyo. —¿Y qué dice la gente?

—Es natural que nos dejes —siguió él a trompicones, siguiendo su pensamiento.

—¿Eso dicen? —se burló ella; luego, con una caída repentina de su dulce tiple—: ¿Quieres decir que Zeena... ya no está contenta conmigo? —titubeó.

Se les habían soltado los brazos y se quedaron inmóviles, tratando cada uno de distinguir el rostro del otro.

—Sé que no valgo ni la mitad de lo que debería —continuó ella, mientras él forcejeaba en vano por expresarse—. Hay muchas cosas que una criada haría bien y que a mí todavía me salen mal... y no tengo mucha fuerza en los brazos. Pero si ella me lo dijera, lo intentaría. Ya sabes que casi nunca dice nada, y a veces veo que no está contenta, y sin embargo no sé por qué. —Se volvió hacia él con un repentino destello de indignación—. Tendrías que decírmelo, Ethan Frome, ¡tendrías que decírmelo! A menos que tú también quieras que me vaya...

¡A menos que también él quisiera que se fuera! El grito fue bálsamo para su herida en carne viva. Los cielos de hierro parecieron fundirse y llover dulzura. De nuevo forcejeó por encontrar la palabra que lo expresara todo, y de nuevo, con el brazo de ella en el suyo, solo encontró un profundo «Vamos».

Caminaron en silencio a través de la oscuridad del carril sombreado de cicutas, donde el aserradero de Ethan se adivinaba en la noche, y salieron de nuevo a la relativa claridad de los campos. Al otro lado del cinturón de cicutas el campo abierto se extendía ante ellos gris y solitario bajo las estrellas. A veces el camino los llevaba bajo la sombra de un talud volado o por la penumbra tenue de un grupo de árboles sin hojas. Aquí y allá una granja se veía a lo lejos entre los campos, muda y fría como una lápida. La noche es-

taba tan quieta que oían crujir la nieve helada bajo los pies. El estrépito de una rama cargada al caer lejos en el bosque retumbó como un disparo de mosquete, y en un momento dado un zorro ladró, y Mattie se arrimó más a Ethan y aceleró el paso.

Por fin divisaron el grupo de alerces junto a la verja de Ethan, y al acercarse, la sensación de que el paseo tocaba a su fin le devolvió sus palabras.

—¿Entonces no quieres dejarnos, Mattie?

Tuvo que inclinar la cabeza para captar su susurro ahogado: —¿Y adónde iría, si lo hiciera?

La respuesta le dio una punzada, pero el tono lo bañó de alegría. Olvidó lo demás que había querido decirle y la atrajo tan estrechamente hacia sí que le pareció sentir su calor en las venas.

—No estás llorando, ¿verdad, Mattie?

—No, claro que no —dijo con voz temblorosa.

Giraron por la verja y pasaron bajo el altozano umbrío donde, encerradas en una tapia baja, las lápidas de los Frome se ladeaban en ángulos desquiciados sobre la nieve. Ethan las miró con curiosidad. Durante años aquella quieta compañía se había burlado de su inquietud, de su deseo de cambio y libertad. «Nosotros nunca nos fuimos: ¿por qué habrías de irte tú?» parecía escrito en cada lápida; y siempre que entraba o salía por su verja pensaba con un estremecimiento: «Seguiré viviendo aquí hasta que me una a ellos.» Pero ahora todo deseo de cambio había desaparecido, y la visión del pequeño recinto le daba una cálida sensación de continuidad y estabilidad.

—Creo que nunca te dejaremos marchar, Mattie —susurró, como si hasta los muertos, que también habían sido amantes, debieran conspirar con él para retenerla; y pasando junto a las tumbas, pensó: «Siempre viviremos aquí juntos, y algún día ella estará ahí a mi lado.»

Dejó que la visión se apoderara de él mientras subían la colina hacia la casa. Nunca era tan feliz con ella como cuando se abandonaba a esos sueños. A mitad de la cuesta Mattie tropezó con algún obstáculo invisible y se aferró a su manga para no caer. La oleada de calor que lo atravesó fue como la prolongación de su visión. Por primera vez le rodeó el talle con el

brazo, y ella no opuso resistencia. Caminaron como si flotaran sobre una corriente de verano.

Zeena siempre se acostaba en cuanto había cenado, y las ventanas sin postigos de la casa estaban oscuras. Una enredadera de pepino muerta colgaba del porche como el crespón negro que se ata a la puerta en señal de luto, y el pensamiento cruzó como un relámpago la mente de Ethan: «Si fuera por Zeena...» Luego tuvo una imagen clara de su mujer tumbada en su dormitorio dormida, con la boca entreabierta, la dentadura postiza en un vaso junto a la cama...

Rodearon la casa por la parte de atrás, entre los tiesos arbustos de grosella. Era costumbre de Zeena, cuando volvían tarde del pueblo, dejar la llave de la puerta de la cocina bajo el felpudo. Ethan se quedó delante de la puerta, la cabeza cargada de sueños, el brazo todavía alrededor de Mattie. «Mattie...» —comenzó, sin saber lo que quería decir.

Ella se escurrió de su brazo sin hablar, y él se agachó a buscar la llave.

—¡No está! —dijo, irguiéndose con un sobresalto.

Se miraron fijamente a través de la oscuridad helada. Algo así no había ocurrido nunca.

—A lo mejor se le ha olvidado —dijo Mattie en un susurro tembloroso; pero los dos sabían que no era propio de Zeena olvidar.

—Puede haberse caído en la nieve —continuó Mattie, tras una pausa durante la cual habían permanecido escuchando con atención.

—Entonces la habrán empujado —repuso él en el mismo tono. Otro pensamiento salvaje lo atravesó. ¿Y si habían entrado vagabundos...? ¿Y si...?

Volvió a escuchar, creyendo oír un sonido lejano en la casa; luego buscó en el bolsillo una cerilla y, arrodillándose, pasó su luz despacio sobre los bordes irregulares de nieve en torno al escalón de la puerta.

Todavía estaba arrodillado cuando sus ojos, a nivel del panel inferior de la puerta, captaron un tenue rayo de luz por debajo. ¿Quién podría estar despierto en aquella casa silenciosa? Oyó un paso en la escalera, y de nuevo por un instante el pensamiento de los vagabundos lo atravesó. Luego la puerta se abrió y vio a su mujer.

Ante el fondo oscuro de la cocina, alta y angulosa, con una mano recogiendo un cubrecama acolchado sobre su pecho plano, mientras la otra sostenía una lámpara. La luz, a la altura de su barbilla, sacaba de la oscuridad su cuello arrugado y el saliente del hueso de la muñeca de la mano que sujetaba el edredón, y profundizaba de manera fantástica las oquedades y prominencias de su rostro de pómulos marcados bajo su corona de rizadores. Para Ethan, todavía en la niebla rosada de su hora con Mattie, la visión llegó con la precisión intensa del último sueño antes de despertar. Tuvo la sensación de no haber sabido nunca antes cómo era su mujer.

Ella se hizo a un lado sin hablar, y Mattie y Ethan entraron en la cocina, que tenía el frío mortal de una cripta tras el seco frío de la noche.

—Supongo que se te olvidó que estábamos fuera, Zeena —bromeó Ethan, sacudiendo la nieve de las botas.

—No. Es que me encontraba tan mal que no podía dormir.

Mattie se adelantó, deshaciéndose las envolturas, con el color del pañuelo de cereza en los labios y las mejillas frescas. —¡Lo siento mucho, Zeena! ¿No puedo hacer nada?

—No; no hay nada. —Zeena se apartó de ella—. Podías haber sacudido la nieve afuera —le dijo a su marido.

Salió de la cocina por delante de ellos y, al detenerse en el vestíbulo, levantó la lámpara a la altura del brazo extendido, como para alumbrarles la subida de la escalera.

Ethan se detuvo también, fingiendo buscar a tientas el clavo donde colgaba el abrigo y el gorro. Las puertas de los dos dormitorios se enfrentaban al otro lado del pequeño descansillo superior, y aquella noche le resultaba especialmente repugnante que Mattie le viera seguir a Zeena.

—Creo que no subo todavía —dijo, dándose la vuelta como para volver a la cocina.

Zeena se paró en seco y lo miró. —¡Por Dios, qué vas a hacer ahí abajo?

—Tengo que revisar las cuentas del molino.

Ella siguió mirándole, la llama de la lámpara sin pantalla iluminando con microscópica crueldad las líneas quejumbrosas de su rostro.

—¿A estas horas de la noche? Te vas a resfriar. El fuego se apagó hace rato.

Sin responder se alejó hacia la cocina. Al hacerlo su mirada se cruzó con la de Mattie y le pareció que una advertencia fugaz brillaba entre sus pestañas. Al siguiente momento las bajó sobre sus mejillas encendidas y empezó a subir la escalera por delante de Zeena.

—Tiene razón. Hace un frío terrible aquí abajo —asintió Ethan; y con la cabeza gacha subió tras su mujer y la siguió al otro lado del umbral de su cuarto.

III

Había que hacer unos portes en el extremo inferior del corte de leña, y Ethan salió temprano al día siguiente.

La mañana de invierno era clara como el cristal. El sol naciente ardía rojo en un cielo puro, las sombras al borde del corte eran de un azul profundo, y más allá de los campos blancos y centelleantes retazos de bosque lejano flotaban como humo.

Era en la quietud de las primeras horas de la mañana, cuando los músculos se balanceaban en su tarea habitual y los pulmones se expandían con largas bocanadas de aire de montaña, cuando Ethan pensaba con mayor claridad. Él y Zeena no habían intercambiado una palabra después de que la puerta de su cuarto se cerrara sobre ellos. Ella había medido unas gotas de un frasco de medicina en una silla junto a la cama y, tras tomarlas y envolverse la cabeza en un trozo de franela amarilla, se había tumbado con el rostro vuelto hacia la pared. Ethan se desvistió aprisa y apagó la luz para no

verla cuando se colocara a su lado. Tumbado allí oía a Mattie moverse en su cuarto, y la vela de ella, enviando su pequeño rayo a través del descansillo, dibujaba una línea de luz apenas perceptible bajo su puerta. Mantuvo los ojos fijos en esa luz hasta que se apagó. Luego el cuarto quedó completamente a oscuras y no se oía ningún sonido salvo la respiración asmática de Zeena. Ethan sentía confusamente que había muchas cosas en las que debería pensar, pero por sus venas electrizadas y su cerebro cansado solo latía una sensación: el calor del hombro de Mattie contra el suyo. ¿Por qué no la había besado cuando la tuvo sujeta así? Pocas horas antes no se habría hecho esa pregunta. Incluso pocos minutos antes, cuando habían estado solos fuera de la casa, no se habría atrevido a pensar en besarla. Pero desde que le había visto los labios a la luz de la lámpara sentía que eran suyos.

Ahora, en el aire luminoso de la mañana, su rostro seguía ante él. Era parte del rojo del sol y del puro resplandor de la nieve. ¡Cómo había cambiado la chica desde que llegó a Starkfield! Recordaba qué escuálida y deslucida le había parecido el día que la recogió en la estación. Y todo aquel primer invierno, cómo había tiritado de frío cuando los galernos del norte sacudían las delgadas tabillas y la nieve golpeaba como granizo contra las ventanas mal ajustadas.

Había temido que odiara la vida dura, el frío y la soledad; pero no escapó de ella ninguna señal de descontento. Zeena sostenía que Mattie estaba obligada a sacar el mejor partido de Starkfield ya que no tenía ningún otro lugar adonde ir; pero eso no le parecía a Ethan concluyente. Zeena, en todo caso, no aplicaba el principio en su propio caso.

Sentía más lástima por la chica porque la desgracia la había ligado, en cierto modo, a ellos. Mattie Silver era hija de un primo de Zenobia Frome, que había encendido a su clan con sentimientos mezclados de envidia y admiración al bajar de las colinas hasta Connecticut, donde se había casado con una chica de Stamford y heredado el próspero negocio de «droguería» del padre de esta. Por desgracia, Orin Silver, un hombre de ambiciones de largo alcance, había muerto demasiado pronto para demostrar que el fin justifica los medios. Sus cuentas revelaron únicamente cuáles habían sido los medios; y éstos fueron tales que fue una suerte para su mujer e hija que sus libros solo se examinaran después de su impresionante funeral. Su mujer murió a causa de lo que salió a la luz, y Mattie, a los veinte años, se quedó sola para abrirse camino con los cincuenta dólares obtenidos de la venta de

su piano. Para ese fin, su bagaje, aunque variado, era inadecuado. Sabía arreglar un sombrero, hacer caramelos de melaza, recitar «El toque de queda no sonará esta noche» y tocar «La cuerda perdida» y una fantasía de Carmen. Cuando intentó ampliar el campo de sus actividades en la dirección de la taquigrafía y la contabilidad, su salud se vino abajo, y seis meses de pie detrás del mostrador de unos grandes almacenes no contribuyeron a restablecerla. Sus parientes más cercanos habían sido persuadidos de poner sus ahorros en manos de su padre, y aunque después de su muerte cumplieron sin reparos con el deber cristiano de devolver bien por mal dándole a su hija todos los consejos a su disposición, difícilmente podía esperarse que lo completaran con ayuda material. Pero cuando el médico de Zenobia le recomendó buscar a alguien que la ayudara con las tareas de la casa, el clan vio enseguida la oportunidad de exigir una compensación a Mattie. Zenobia, aunque dudaba de la eficiencia de la chica, se sentía tentada por la libertad de encontrar faltas sin mucho riesgo de perderla; y así fue como Mattie llegó a Starkfield.

Las críticas de Zenobia eran del tipo silencioso, pero no por eso menos penetrantes. Durante los primeros meses Ethan ardía alternadamente con el deseo de ver a Mattie desafiarla y temblaba de miedo por las consecuencias. Luego la situación se fue volviendo menos tensa. El aire puro y las largas horas de verano al aire libre le devolvieron vida y elasticidad a Mattie, y Zeena, con más tiempo para dedicar a sus complejos achaques, se fue fijando menos en las omisiones de la chica; de modo que Ethan, luchando bajo el peso de su estéril granja y de su aserradero en decadencia, podía al menos imaginar que en su casa reinaba la paz.

En realidad, incluso ahora, no había ninguna prueba tangible de lo contrario; pero desde la noche anterior un vago presentimiento pendía en su horizonte. Lo formaban el obstinado silencio de Zeena, la repentina mirada de advertencia de Mattie, el recuerdo de esas señales fugaces e imperceptibles que le decían, en ciertas mañanas sin mancha, que antes de que cayera la noche habría lluvia.

Su inquietud era tan grande que, como suele hacerle el hombre, procuró aplazar la certeza. El acarreo no terminó hasta el mediodía, y como la madera debía entregarse a Andrew Hale, el constructor de Starkfield, le resultaba realmente más cómodo a Ethan mandar a Jotham Powell, el jornalero, de vuelta a la granja a pie y llevar él mismo la carga al pueblo. Ya se

había encaramado a los troncos y los estaba montando, pegado sobre los grises de largas crines, cuando, interponiéndose entre él y sus cuellos humeantes, se le apareció la imagen de la mirada de advertencia que Mattie le había dirigido la noche anterior.

«Si va a haber problemas, quiero estar allí», fue su vaga reflexión, al tiempo que le lanzaba a Jotham la inesperada orden de desuncir el tiro y llevarlo de vuelta al establo.

Fue una pesada caminata de vuelta a través de los campos cargados, y cuando los dos hombres entraron en la cocina, Mattie estaba retirando el café del fogón y Zeena ya estaba a la mesa. Su marido se detuvo en seco al verla. En vez de su habitual bata de percal y chal de lana llevaba su mejor vestido de merino marrón, y sobre sus finos mechones de pelo, que aún conservaban las apretadas ondulaciones de los rizadoros, se erguía un bonete duro y perpendicular, del que la noción más clara de Ethan era que le había costado cinco dólares en el Emporio de Bettsbridge. En el suelo junto a ella estaba su vieja maleta y una sombrerera envuelta en periódicos.

—Pero, Zeena, ¿adónde vas? —exclamó.

—Los dolores de bala se me han puesto tan malos que voy a Bettsbridge a pasar la noche en casa de la tía Martha Pierce y a ver a ese médico nuevo —respondió ella en tono de lo más natural, como si dijera que iba a la despensa a echar un vistazo a las conservas, o al desván a revisar las mantas.

A pesar de sus hábitos sedentarios, tales decisiones repentinas no eran sin precedente en la historia de Zeena. Dos o tres veces antes había hecho de repente la maleta de Ethan y se había marchado a Bettsbridge, o incluso a Springfield, a consultar a algún médico nuevo, y su marido había llegado a temer esas expediciones por lo que costaban. Zeena siempre volvía cargada de costosos remedios, y su última visita a Springfield había quedado conmemorada por haber pagado veinte dólares por una batería eléctrica cuyo manejo nunca había llegado a aprender. Pero por el momento su sensación de alivio era tan grande que excluía todo lo demás. No le cabía duda de que Zeena había dicho la verdad al afirmar, la noche anterior, que había estado despierta porque se encontraba «demasiado mal» para dormir: su brusca resolución de buscar consejo médico demostraba que, como de costumbre, estaba completamente absorta en su salud.

Como esperando una protesta, continuó en tono quejumbroso: —Si estás demasiado ocupado con el acarreo, supongo que puedes dejar que Jotham Powell me lleve con el zaino a tiempo de tomar el tren en los Flats.

Su marido apenas oyó lo que decía. Durante los meses de invierno no había diligencia entre Starkfield y Bettsbridge, y los trenes que paraban en Corbury Flats eran lentos y poco frecuentes. Un cálculo rápido le mostró a Ethan que Zeena no podría estar de vuelta en la granja antes del día siguiente por la tarde...

—Si hubiera supuesto que ibas a poner alguna objeción a que Jotham Powell me llevara... —volvió a empezar, como si su silencio hubiera implicado una negativa. En vísperas de una partida siempre la acometía un torrente de palabras. —Lo que sé —continuó— es que no puedo seguir como estoy mucho tiempo más. Los dolores me bajan ya hasta los tobillos, si no me habrían arrastrado caminando hasta Starkfield con mis propios pies antes que molestaros, y le habría pedido a Michael Eady que me llevara en su carro a los Flats cuando mande a buscar el tren que trae sus comestibles. Habría tenido dos horas de espera en la estación, pero lo habría preferido, incluso con este frío, antes que hacerte decir...

—Claro que Jotham te lleva —se activó Ethan para responder. De pronto se dio cuenta de que estaba mirando a Mattie mientras Zeena le hablaba, y con un esfuerzo volvió los ojos hacia su mujer. Ella estaba sentada frente a la ventana, y la pálida luz reflejada en los bancos de nieve hacía que su rostro pareciera más demacrado y exangüe de lo habitual, afilaba las tres arrugas paralelas entre la oreja y el pómulo, y trazaba líneas quejumbrosas desde su nariz fina hasta las comisuras de la boca. Aunque era solo siete años mayor que su marido, y él no tenía más de veintiocho, ya era una mujer vieja.

Ethan intentó decir algo adecuado a la ocasión, pero solo había un pensamiento en su mente: el hecho de que, por primera vez desde que Mattie había llegado a vivir con ellos, Zeena iba a estar fuera una noche. Se preguntó si la chica también estaría pensando en ello...

Sabía que Zeena debía de preguntarse por qué no se ofrecía a llevarla a los Flats y dejar que Jotham Powell llevara la madera a Starkfield, y al principio no se le ocurría ningún pretexto para no hacerlo; luego dijo: —Te llevaría yo mismo, pero tengo que cobrar el dinero de la madera.

En cuanto pronunció las palabras se arrepintió, no solo porque fueran mentira —no habiendo ninguna perspectiva de recibir un pago en efectivo de Hale— sino también porque sabía por experiencia lo imprudente que era dejar que Zeena pensara que tenía fondos en vísperas de una de sus excursiones terapéuticas. En ese momento, sin embargo, su único deseo era evitar el largo trayecto con ella detrás del viejo zaino que nunca salía del paso.

Zeena no respondió: no parecía haber oído lo que había dicho. Ya había apartado su plato y estaba midiendo una dosis de un frasco grande a su codo.

—No me ha hecho ningún bien, pero supongo que puedo acabarlo —comentó; y añadió, empujando el frasco vacío hacia Mattie—: Si le puedes quitar el sabor, servirá para los encurtidos.

IV

En cuanto su mujer se marchó, Ethan descolgó el abrigo y el gorro del clavo. Mattie estaba fregando los platos, tarareando una de las melodías de baile de la noche anterior. Él dijo «Hasta luego, Mattie» y ella respondió alegremente «Hasta luego, Ethan»; y eso fue todo.

La cocina era cálida y luminosa. El sol entraba oblicuo por la ventana del sur sobre la figura en movimiento de la chica, sobre el gato dormitando en una silla y sobre los geranios traídos del umbral de la puerta, donde Ethan los había plantado en verano para «hacerle un jardín» a Mattie. Le habría gustado quedarse un rato mirándola ordenar la cocina para luego sentarse a coser; pero quería aún más terminar el acarreo y estar de vuelta en la granja antes del anochecer.

Durante todo el camino al pueblo no dejó de pensar en su regreso junto a Mattie. La cocina era un lugar pobre, sin el «aliño» y el brillo que su madre le había dado en la infancia de él; pero era sorprendente el aspecto hogareño que le daba el simple hecho de la ausencia de Zeena. Y se imaginó cómo sería aquella velada, cuando él y Mattie estuvieran allí después de cenar. Por primera vez estarían solos juntos en casa, y se sentarían uno a cada lado de la estufa, como un matrimonio, él en calcetines fumando en pipa, ella riendo y hablando con ese gracioso estilo que siempre le resultaba tan nuevo como si nunca la hubiera oído antes.

La dulzura de esa imagen, y el alivio de saber que sus temores a «problemas» con Zeena eran infundados, le levantaron el ánimo de golpe, y él, tan callado por lo general, se puso a silbar y cantar en voz alta mientras conducía por los campos nevados. Había en él una chispa adormecida de sociabilidad que los largos inviernos de Starkfield no habían logrado apagar del todo. De carácter serio e inarticulado por naturaleza, admiraba la despreocupación y la alegría en los demás y se le calentaba el cuerpo entero con el trato amistoso. En Worcester, aunque tenía fama de ir a lo suyo y no ser muy dado a las juergas, se había regodeado en secreto cuando le daban una palmada en la espalda y lo saludaban de «¡Ethe, viejo!» o «¡Tieso, pedazo de animal!»; y el cese de esas familiaridades había acentuado el frío de su regreso a Starkfield.

Allí el silencio se había ido ahondando a su alrededor año tras año. Solo, después del accidente de su padre, con la carga de la granja y el molino a sus espaldas, no había tenido tiempo de entretenerse en el pueblo con los demás; y cuando su madre cayó enferma, la soledad de la casa se volvió más agobiante que la de los campos. Su madre había sido muy habladora en su día, pero después de su «mal» pocas veces se oía su voz, aunque no hubiera perdido el habla. A veces, en las largas veladas de invierno, cuando su hijo le preguntaba desesperado por qué no «decía algo», ella levantaba un dedo y respondía: «Porque estoy escuchando»; y las noches de tormenta, cuando el viento rugía alrededor de la casa, se quejaba si él le hablaba: «Hacen tanto ruido ahí fuera que no te puedo oír.»

Solo cuando ella se acercó a su última enfermedad, y su prima Zenobia Pierce vino del valle de al lado a ayudarle a cuidarla, volvió a escucharse la voz humana en la casa. Tras el silencio mortal de su larga reclusión, la locuacidad de Zeena era música para sus oídos. Sintió que podía haberse

«vuelto como su madre» si el sonido de una voz nueva no hubiera venido a estabilizarle. Zeena parecía entender su situación de un vistazo. Se rió de él por no saber las tareas más elementales del cuidado de un enfermo y le dijo que «se fuera de una vez» y la dejara encargarse de todo. El simple hecho de obedecer sus órdenes, de sentirse libre de atender sus cosas y hablar con otros hombres, le restableció el equilibrio perdido y acrecentó su sentido de lo que le debía. La eficiencia de ella le asombraba y desconcertaba. Parecía poseer por instinto toda la sabiduría doméstica que su larga experiencia no le había infundido a él. Cuando llegó el final, fue ella quien tuvo que decirle que enganchara el caballo y fuera a buscar al enterrador, y le pareció «raro» que no hubiera resuelto de antemano a quién iban a ir la ropa de su madre y la máquina de coser. Después del entierro, al verla prepararse para marcharse, lo asaltó un miedo irracional a quedarse solo en la granja; y antes de darse cuenta de lo que hacía le había pedido que se quedara con él. Desde entonces había pensado muchas veces que no habría ocurrido si su madre hubiera muerto en primavera en vez de en invierno...

Cuando se casaron se acordó que, en cuanto pudiera resolver las dificultades derivadas de la larga enfermedad de Mrs. Frome, venderían la granja y el aserradero y probarían suerte en una ciudad grande. El amor de Ethan por la naturaleza no tomaba la forma de afición a la agricultura. Siempre había querido ser ingeniero y vivir en ciudades donde hubiera conferencias, grandes bibliotecas y «hombres que hacían cosas». Un pequeño trabajo de ingeniería en Florida que le consiguieron durante su período de estudios en Worcester aumentó su confianza en su propia capacidad y sus ganas de ver mundo; y estaba seguro de que, con una mujer «avispada» como Zeena, no tardaría en hacerse un hueco en él.

El pueblo natal de Zeena era algo mayor y estaba más cerca del ferrocarril que Starkfield, y ella había dejado ver a su marido desde el principio que la vida en una granja aislada no era lo que esperaba cuando se casó. Pero los compradores tardaban en llegar, y mientras los esperaba Ethan fue comprendiendo la imposibilidad de trasplantarla. Ella optaba por mirar Starkfield por encima del hombro, pero no habría podido vivir en un lugar que la mirara a ella por encima del hombro. Ni siquiera Bettsbridge o Shadd's Falls habrían sido suficientemente conscientes de su existencia, y en las ciudades más grandes que atraían a Ethan ella habría sufrido una pérdida completa de identidad. Y al año de casarse desarrolló la «delicadez»

que desde entonces la había hecho notable incluso en una comunidad rica en ejemplos patológicos. Cuando vino a cuidar a su madre a él le había parecido el mismísimo genio de la salud, pero pronto vio que su habilidad como enfermera la había adquirido por la observación absorbente de sus propios síntomas.

Luego también ella enmudeció. Quizá era el efecto inevitable de la vida en la granja, o quizá, como ella decía a veces, porque Ethan «nunca escuchaba». El reproche no carecía del todo de fundamento. Cuando hablaba era solo para quejarse, y de cosas que no estaba en su mano remediar; y para frenar su tendencia a responderle con impaciencia había adquirido primero el hábito de no contestarle, y luego el de pensar en otras cosas mientras ella hablaba. Últimamente, sin embargo, desde que tenía razones para observarla con más atención, su silencio había empezado a inquietarle. Recordaba la taciturnidad creciente de su madre y se preguntaba si Zeena también estaría volviéndose «rara». Las mujeres lo hacían, eso lo sabía. Zeena, que tenía al alcance de la mano el historial patológico de toda la comarca, había citado muchos casos del estilo mientras cuidaba a su madre; y él mismo conocía ciertas granjas solitarias del vecindario donde criaturas afligidas se marchitaban, y otras donde su presencia había traído una tragedia repentina. A veces, mirando el rostro hermético de Zeena, sentía el escalofrío de tales presagios. Otras veces su silencio le parecía deliberadamente asumido para ocultar intenciones de largo alcance, conclusiones misteriosas extraídas de sospechas y rencores imposibles de adivinar. Esa suposición era aún más perturbadora que la otra; y era la que le había asaltado la noche anterior, cuando la había visto plantada en la puerta de la cocina.

Ahora su partida hacia Bettsbridge le había tranquilizado una vez más, y todos sus pensamientos estaban en la perspectiva de la velada con Mattie. Solo una cosa le pesaba: haber dicho a Zeena que iba a cobrar la madera en efectivo. Previó con tanta claridad las consecuencias de esa imprudencia que, con bastante reluctancia, decidió pedirle a Andrew Hale un pequeño adelanto sobre su carga.

Cuando Ethan entró en el patio de Hale, el constructor acababa de bajar de su trineo.

—¡Hola, Ethe! —dijo—. Llegas en buen momento.

Andrew Hale era un hombre rubicundo con un gran bigote gris y una papada sin afeitar no constreñida por cuello alguno; pero su camisa escrupulosamente limpia se abrochaba siempre con un pequeño botón de diamante. Ese despliegue de opulencia era engañoso, pues aunque tenía un negocio bastante bueno era sabido que sus hábitos despreocupados y las exigencias de su numerosa familia lo tenían con frecuencia en lo que Starkfield llamaba «en apuros». Era un viejo amigo de la familia de Ethan, y su casa era una de las pocas a las que Zeena iba de vez en cuando, atraída por el hecho de que Mrs. Hale, en su juventud, había practicado más «medicina casera» que ninguna otra mujer de Starkfield y seguía siendo una autoridad reconocida en síntomas y tratamientos.

Hale se acercó a los grises y les palmeó los flancos sudorosos.

— Vaya, señor — dijo —, los cuida como si fueran mascotas.

Ethan se puso a descargar los troncos, y cuando terminó empujó la puerta acristalada del cobertizo que el constructor usaba de despacho. Hale estaba sentado con los pies sobre la estufa y la espalda apoyada en un escritorio abollado cubierto de papeles: el lugar, como el hombre, era cálido, cordial y desordenado.

— Siéntese y entre en calor — lo saludó Hale.

Ethan no sabía cómo empezar, pero al fin logró plantear su petición de un adelanto de cincuenta dólares. La sangre se le subió a la piel fina ante la sorpresa de Hale. La costumbre del constructor era pagar a final de los tres meses, y no había precedente entre los dos de un pago al contado.

Ethan sentía que si hubiera alegado una necesidad urgente, Hale se las habría arreglado para pagarle; pero el orgullo y una prudencia instintiva le impedían recurrir a ese argumento. Después de la muerte de su padre le había costado sacar la cabeza a flote, y no quería que Andrew Hale, ni nadie en Starkfield, pensara que volvía a hundirse. Además, odiaba mentir; si quería el dinero lo quería, y nadie tenía por qué preguntarle para qué. Así que planteó su exigencia con la torpeza de un hombre orgulloso que no quiere reconocer ante sí mismo que está rebajándose; y la negativa de Hale no le sorprendió demasiado.

El constructor se negó con la cordialidad que ponía en todo: trató el asunto como una especie de broma práctica y quiso saber si Ethan pensaba com-

prarse un piano de cola o añadir una «cúpula» a su casa; ofreciéndose en ese último caso a prestar sus servicios gratuitamente.

Los recursos de Ethan se agotaron pronto, y después de una pausa embarazosa le deseó a Hale buenos días y abrió la puerta del despacho. Al salir, el constructor lo llamó de repente: —Oiga, ¿no está metido en algún apuro, verdad?

—Qué va —respondió el orgullo de Ethan antes de que la razón tuviera tiempo de intervenir.

—¡Pues menos mal! Porque yo sí, un poco. La verdad es que iba a pedirle que me diera un poco más de tiempo para ese pago. El negocio está bastante flojo, para empezar, y además estoy arreglando una casita para Ned y Ruth para cuando se casen. Me alegra hacerlo por ellos, pero cuesta. —Su mirada apeló a la simpatía de Ethan—. Los jóvenes quieren las cosas bonitas. Ya sabe cómo es: no hace tanto que usted arregló su propia casa para Zeena.

Ethan dejó los grises en la cuadra de Hale y fue a resolver otros asuntos en el pueblo. Mientras se alejaba, la última frase del constructor le seguía resonando en los oídos, y reflexionó con amargura que sus siete años con Zeena le parecían a Starkfield «no hace tanto».

La tarde iba cerrándose, y aquí y allá un cristal iluminado salpicaba de destellos el frío crepúsculo gris y hacía que la nieve pareciera más blanca. El frío intenso había hecho que todo el mundo se refugiara en casa, y Ethan tenía para sí solo la larga calle rural. De repente oyó el vivo tintineo de cascabeles y un calesín lo adelantó, tirado por un caballo de paso vivo. Ethan reconoció el potro roano de Michael Eady, y el joven Denis Eady, con un elegante gorro de piel nuevo, se inclinó hacia adelante y saludó con la mano. —¡Hola, Ethe! —gritó, y siguió a toda velocidad.

El calesín iba en dirección a la granja de los Frome, y el corazón de Ethan se encogió mientras escuchaba el tintineo que se alejaba. ¿Qué más natural que Denis Eady se hubiera enterado de la marcha de Zeena a Bettsbridge y estuviera aprovechando la oportunidad para pasar una hora con Mattie? Ethan se avergonzó de la tormenta de celos que le sacudía el pecho. Le parecía indigno de la chica que sus pensamientos sobre ella fueran tan violentos.

Caminó hasta la esquina de la iglesia y entró en la sombra de los abetos de los Varnum, donde había estado con ella la noche anterior. Al adentrarse en su penumbra vio un contorno indistinto justo delante de él. A su acercamiento se deshizo por un instante en dos figuras separadas y luego volvieron a unirse, y oyó un beso y un «¡Oh!» a medias risueño provocado por el descubrimiento de su presencia. De nuevo el contorno se separó apresuradamente y la verja de los Varnum se cerró de golpe sobre una mitad mientras la otra se alejaba deprisa por delante de él. Ethan sonrió ante el apuro que había causado. ¿Qué les importaba a Ned Hale y Ruth Varnum que los pillaran besándose? Todo Starkfield sabía que estaban prometidos. A Ethan le complacía haber sorprendido a una pareja de enamorados en el mismo lugar donde él y Mattie habían estado con tanta sed el uno del otro en el corazón; pero sintió una punzada al pensar que esos dos no necesitaban ocultar su felicidad.

Recogió los grises de la cuadra de Hale y emprendió el largo ascenso de vuelta a la granja. El frío era menos cortante que antes, y un cielo espeso y lanoso amenazaba nieve para el día siguiente. Aquí y allá una estrella asomaba, mostrando detrás un hondo pozo de azul. En una hora o dos la luna asomaría por la cresta detrás de la granja, abriría una brecha de bordes dorados en las nubes y luego sería engullida por ellas. Una paz lúgubre se cernía sobre los campos, como si sintieran aflojar el puño del frío y se estiraran en su largo sueño invernal.

Ethan aguzaba el oído para captar el tintineo de los cascabeles, pero ningún sonido rompía el silencio del solitario camino. Al acercarse a la granja vio, a través de la fina pantalla de alerces junto a la verja, una luz parpadeando en la casa sobre él. «Está arriba en su cuarto», se dijo, «arreglándose para cenar»; y recordó la mirada sarcástica de Zeena cuando Mattie, la tarde de su llegada, había bajado a cenar con el pelo peinado y un lazo al cuello.

Pasó junto a las tumbas del altozano y volvió la cabeza para echar un vistazo a una de las lápidas más antiguas, que le había interesado vivamente de niño porque llevaba su nombre.

Sagrada a la memoria de Ethan Frome y Endurance, su mujer, que convivieron en paz durante cincuenta años.

Solía pensar que cincuenta años sonaban como mucho tiempo para vivir juntos; pero ahora le parecía que podían pasar en un abrir y cerrar de ojos. Luego, con un súbito dardo de ironía, se preguntó si, cuando les llegara el turno, el mismo epitafio sería escrito sobre él y Zeena.

Abrió la puerta del establo y asomó la cabeza a la oscuridad, medio temiendo descubrir el potro roano de Denis Eady en el pesebre junto al zaino. Pero el viejo caballo estaba allí solo, masticando el pesebre con encías desdentadas, y Ethan silbó alegremente mientras disponía camas para los grises y les echaba una ración extra de avena en los comederos. No tenía una garganta melodiosa, pero de ella brotaban ásperas melodías mientras cerraba el establo y subía corriendo la colina hacia la casa. Llegó al porche de la cocina y giró el pomo; pero la puerta no cedió a su empuje.

Sorprendido de encontrarla cerrada con llave, agitó el pomo con fuerza; luego reflexionó que Mattie estaba sola y que era natural que se atrancara al caer la noche. Se quedó en la oscuridad esperando oír sus pasos. No llegaron, y después de aguzar inútilmente el oído llamó con una voz que temblaba de alegría: — ¡Hola, Mattie!

El silencio le respondió; pero al cabo de un minuto o dos oyó pasos en la escalera y vio una franja de luz alrededor del marco de la puerta, igual que la noche anterior. Era tan extraña la precisión con que se repetían los incidentes de la velada anterior que casi esperó, al oír girar la llave, encontrar a su mujer ante él en el umbral; pero la puerta se abrió y fue Mattie quien apareció.

Estaba de pie exactamente como había estado Zeena, con una lámpara levantada en la mano, recortada sobre el fondo oscuro de la cocina. Sostenía la luz a la misma altura, y esta hacía resaltar con la misma nitidez su cuello juvenil y esbelto y la muñeca morena, no más grande que la de una niña. Luego, al iluminarla desde abajo hacia arriba, dejó un destello de nácar sobre sus labios, ribeteó sus ojos con sombra aterciopelada y tendió una blancura lechosa sobre la curva negra de sus cejas.

Llevaba su vestido habitual de tela oscura y no tenía ningún lazo al cuello; pero por el pelo se había deslizado una cinta de un rojo vivo. Ese tributo a la ocasión especial la transformaba y la glorificaba. A Ethan le pareció más alta, más llena, de formas y movimientos más femeninos. Se hizo a un lado sonriendo en silencio mientras él entraba, y luego se alejó de él con

algo suave y fluido en el andar. Dejó la lámpara sobre la mesa, y él vio que estaba cuidadosamente puesta para cenar, con buñuelos recién hechos, arándanos en compota y sus encurtidos favoritos en una fuente de alegre cristal rojo. Un fuego vivo ardía en la estufa y el gato estaba tumbado delante, mirando la mesa con un ojo somnoliento.

Ethan se asfixiaba con la sensación de bienestar. Salió al pasillo a colgar el abrigo y quitarse las botas mojadas. Cuando volvió, Mattie había puesto la tetera en la mesa y el gato se frotaba con insistencia contra sus tobillos.

— ¡Vaya, gatito! Por poco te piso — exclamó ella, con la risa chispeando entre las pestañas.

Ethan sintió de nuevo un súbito retortijón de celos. ¿Era su llegada lo que le encendía así la cara?

— ¿Y bien, Mattie, alguna visita? — dijo con indiferencia estudiada, agachándose descuidadamente a examinar el cierre de la estufa.

Ella asintió y rió: — Sí, una — y él notó que una oscuridad se le posaba en el ceño.

— ¿Quién fue? — preguntó, irguiéndose para lanzarle una mirada de soslayo por debajo del entrecejo fruncido.

Los ojos de ella brillaron con malicia. — Pues Jotham Powell. Entró después de volver, y pidió un poco de café antes de irse a casa.

La oscuridad se levantó y la luz inundó el cerebro de Ethan. — ¿Solo eso? Espero que hayas podido dárselo. — Y tras una pausa añadió, creyendo oportuno preguntar —: Supongo que llevó bien a Zeena a los Flats, ¿verdad?

— Oh, sí; con tiempo de sobra.

El nombre tendió un velo frío entre ellos, y se miraron un momento de reojo antes de que Mattie dijera con una risa tímida: — Creo que ya va siendo hora de cenar.

Arrimaron las sillas a la mesa, y el gato, sin que nadie lo invitara, saltó entre los dos a la silla vacía de Zeena. — ¡Ay, gatito! — dijo Mattie, y volvieron a reírse.

Ethan, un momento antes, se había sentido a punto de la elocuencia; pero la mención de Zeena lo había paralizado. Mattie pareció contagiarse de su

embarazo y se quedó con los ojos bajos sorbiendo el té, mientras él fingía un apetito insaciable por los buñuelos y los encurtidos. Al fin, tras rondar en busca de un comienzo eficaz, apuró un largo sorbo de té, se aclaró la garganta y dijo: —Parece que va a nevar más.

Ella fingió gran interés. —¿Ah, sí? ¿Crees que impedirá que Zeena vuelva? —Se puso colorada como la pregunta se le escapó de los labios, y dejó precipitadamente la taza que estaba levantando.

Ethan alargó el brazo para servirse más encurtidos.

—Nunca se sabe, en esta época del año, con lo que ventisqueea en los Flats. —El nombre lo había entumecido de nuevo, y otra vez tuvo la sensación de que Zeena estaba en la habitación entre ellos.

—¡Ay, gatito, eres un glotón! —exclamó Mattie.

El gato, inadvertido, había trepado con sus patas silenciosas desde la silla de Zeena a la mesa y alargaba furtivamente el cuerpo en dirección a la jarra de leche, que estaba entre Ethan y Mattie. Los dos se inclinaron al mismo tiempo y sus manos se encontraron en el asa de la jarra. La mano de Mattie estaba debajo, y Ethan mantuvo la suya sobre ella un momento más de lo necesario. El gato, aprovechando esa demostración insólita, intentó retirarse sin ser visto, y al hacerlo dio con el rabo a la fuente de encurtidos, que cayó al suelo con un estrépito.

Mattie, en un instante, había saltado de la silla y estaba de rodillas junto a los fragmentos.

—Ay, Ethan, Ethan... ¡está hecha pedazos! ¿Qué va a decir Zeena?

Pero esta vez él tenía el ánimo por las nubes. —¡Pues tendrá que decirse-lo al gato! —repuso riendo, arrodillándose al lado de Mattie para recoger los encurtidos que nadaban en el suelo.

Ella le levantó los ojos angustiados. —Sí, pero es que, verás, ella nunca quiso que se usara, ni siquiera cuando había visitas; y tuve que subir a la escalera de mano para bajarlo del estante de arriba del armario de la vajilla, donde lo guarda con todas sus cosas buenas, y claro que querrá saber por qué lo hice...

El asunto era tan serio que hizo aflorar toda la resolución latente de Ethan.

—No tiene por qué saber nada si te callas. Mañana compro otro igual. ¿De dónde era? ¡Voy a Shadd's Falls si hace falta!

—¡Ay, allí tampoco encontrarás otro igual! Era un regalo de boda, ¿no te acuerdas? Vino desde Filadelfia, de la tía de Zeena que se casó con el pastor. Por eso no quería usarlo nunca. Ay, Ethan, Ethan, ¿qué hago yo ahora?

Empezó a llorar, y él tuvo la sensación de que cada lágrima se le derramaba encima como plomo fundido. —No, Mattie, no... ay, no llores —le suplicó.

Ella se puso en pie como pudo, y él se levantó y la siguió sin saber qué hacer mientras ella extendía los fragmentos de cristal sobre el aparador de la cocina. Le pareció que los pedazos rotos de su velada yacían allí.

—Dámelos —dijo con tono de repentina autoridad.

Ella se hizo a un lado, obedeciendo instintivamente su tono. —Ay, Ethan, ¿qué vas a hacer?

Sin responder recogió los pedazos de cristal en la amplia palma de la mano y salió de la cocina al pasillo. Allí encendió un cabo de vela, abrió el armario de la vajilla y, alargando el largo brazo hasta el estante más alto, fue colocando los fragmentos con tal precisión de tacto que un examen minucioso le convenció de la imposibilidad de detectar desde abajo que la fuente estaba rota. Si la pegaba a la mañana siguiente, podían pasar meses antes de que su mujer notara lo que había ocurrido, y entre tanto quizá pudiera, a fin de cuentas, encontrar una fuente igual en Shadd's Falls o Bettsbridge. Satisfecho de que no había riesgo de que se descubriera de inmediato, volvió a la cocina con paso más ligero y encontró a Mattie quitando abatida los últimos restos de encurtidos del suelo.

—Está todo arreglado, Mattie. Vuelve y acaba de cenar —le ordenó.

Completamente tranquilizada, ella le sonrió a través de las pestañas cargadas de lágrimas, y el alma de él se hinchó de orgullo al ver cómo su tono la apaciguaba. Ni siquiera le preguntó qué había hecho. Salvo cuando guiaba un gran tronco montaña abajo hasta su molino, nunca había conocido una sensación de dominio tan emocionante.

V

Terminaron de cenar, y mientras Mattie recogía la mesa Ethan fue a ver a las vacas y luego dio una última vuelta por la casa. La tierra yacía oscura bajo un cielo encapotado y el aire estaba tan quieto que de vez en cuando se oía un grumo de nieve caer con un golpe sordo desde algún árbol lejano al borde del corte.

Cuando volvió a la cocina, Mattie le había acercado la silla a la estufa y se había sentado junto a la lámpara con un retazo de costura. La escena era exactamente como la había soñado aquella mañana. Se sentó, sacó la pipa del bolsillo y estiró los pies hacia el calor. El duro trabajo del día al aire vivo le hacía sentirse a la vez perezoso y de buen humor, y tenía la vaga sensación de estar en otro mundo, donde todo era calor y armonía y el tiempo no podía traer ningún cambio. El único inconveniente para su bienestar completo era que no podía ver a Mattie desde donde estaba sentado; pero le daba demasiada pereza moverse, y al cabo de un momento dijo: — Ven aquí y siéntate junto a la estufa.

La mecedora vacía de Zeena estaba frente a él. Mattie se levantó obediente y se sentó en ella. Cuando su joven cabeza morena se recortó contra el cojín de retales que enmarcaba habitualmente el rostro enjuto de su mujer, Ethan tuvo un instante de sobresalto. Era casi como si la otra cara, la cara de la mujer desplazada, hubiera borrado la de la intrusa. Al cabo de un momento Mattie pareció percibir la misma sensación de incomodidad. Cambió de postura, inclinándose hacia adelante para agachar la cabeza sobre la costura, de modo que él solo veía la punta escorzada de su nariz y la franja roja en el pelo; luego se puso en pie de un salto, diciendo «No veo bien para coser», y volvió a su silla junto a la lámpara.

Ethan pretextó levantarse a reponer la estufa, y al volver a sentarse corrió la silla de lado para tener una vista del perfil de ella y de la luz de la lámpara cayendo sobre sus manos. El gato, que había sido un desconcertado es-

pectador de esos movimientos inusuales, saltó a la silla de Zeena, se hizo un ovillo y se quedó mirándolos con los ojos entornados.

Un profundo silencio se posó sobre la habitación. El reloj tictaqueaba encima del aparador, un pedazo de madera carbonizada caía de vez en cuando en la estufa, y el tenue aroma picante de los geranios se mezclaba con el olor del tabaco de Ethan, que empezaba a tender una neblina azul alrededor de la lámpara y a colgar sus telarañas grises en los rincones sombríos de la habitación.

Toda la incomodidad había desaparecido entre los dos, y empezaron a hablar con naturalidad y sencillez. Hablaron de cosas cotidianas, de las perspectivas de nieve, de la próxima reunión de la iglesia, de los amores y rencillas de Starkfield. La naturaleza corriente de lo que decían produjo en Ethan una ilusión de intimidad de larga data que ningún estallido de emoción podría haber dado, y dejó volar su imaginación sobre la ficción de que siempre habían pasado así sus veladas y siempre seguirían haciéndolo...

—Esta era la noche en que íbamos a bajar en trineo, Mattie —dijo al cabo, con la rica sensación, al hablar, de que podían ir cualquier otra noche que quisieran, ya que tenían todo el tiempo por delante.

Ella le devolvió la sonrisa. —¡Diría que se te había olvidado!

—No se me había olvidado; pero afuera está oscuro como boca de lobo. Podríamos ir mañana si hay luna.

Ella rió con placer, con la cabeza echada hacia atrás, la luz de la lámpara chispeando en sus labios y sus dientes. —¡Qué bonito sería, Ethan!

Él la miraba fijamente, admirado de cómo su cara cambiaba con cada vuelta de la conversación, como un campo de trigo bajo la brisa del verano. Era embriagador descubrir tanta magia en sus torpes palabras, y le entraban ganas de probar nuevas formas de usarla.

—¿Te asustaría bajar por el camino de Corbury conmigo en una noche como esta? —le preguntó.

A ella le ardieron las mejillas. —¡No tengo más miedo que tú!

—Pues entonces yo lo tendría; no lo haría. Hay una mala curva allá abajo junto al gran olmo. Si uno no abre los ojos, se mete de lleno en él. —Se recreó en la sensación de protección y autoridad que transmitían sus pal-

abras. Para prolongar e intensificar el sentimiento añadió—: Creo que estamos mejor aquí.

Ella dejó caer los párpados despacio, a la manera que él amaba. —Sí, estamos mejor aquí —suspiró.

El tono era tan dulce que retiró la pipa de la boca y arrió la silla a la mesa. Inclínándose hacia adelante, tocó el extremo del retazo de tela marrón que ella estaba dobladillando. —Oye, Mattie —empezó con una sonrisa—, ¿sabes lo que vi bajo los abetos de los Varnum al volver hace un momento? Vi a una amiga tuya que le daban un beso.

Las palabras habían estado en su lengua toda la velada, pero ahora que las había pronunciado le parecieron de una vulgaridad e inportunidad inexplicables.

Mattie se puso colorada hasta la raíz del pelo y pasó la aguja dos o tres veces aprisa por la costura, retirando instintivamente el extremo hacia sí. —Supongo que serían Ruth y Ned —dijo en voz baja, como si él hubiera tocado de repente algo grave.

Ethan había imaginado que su alusión podría abrir el camino a las bromas consabidas, y estas quizá a su vez a una caricia inocente, aunque no fuera más que un simple roce en la mano. Pero ahora le parecía que el rubor de ella había levantado una guardia de llamas a su alrededor. Supuso que era su torpeza natural lo que le hacía sentirse así. Sabía que la mayoría de los jóvenes no hacían ningún drama por darle un beso a una chica bonita, y recordaba que la noche anterior, cuando le había pasado el brazo por la cintura, ella no había opuesto resistencia. Pero eso había sido al aire libre, bajo la noche abierta e irresponsable. Ahora, en la habitación cálida iluminada por la lámpara, con todas sus antiguas implicaciones de conformidad y orden, ella le parecía infinitamente más lejana e inaccesible.

Para aliviar su incomodidad dijo: —Supongo que pronto fijarán la fecha.

—Sí. No me sorprendería que se casaran hacia el verano. —Pronunció la palabra casarse como si su voz la acariciara. Sonaba a espesura susurrante que llevaba a claros encantados. Una punzada atravesó a Ethan, y dijo, torciéndose en la silla para apartarse de ella: —Te tocará a ti la siguiente, no te quepa duda.

Ella rió con leve incertidumbre. —¿Por qué sigues diciéndome eso?

Él se rió también. — Supongo que para irme acostumbrando a la idea.

Se arrimó de nuevo a la mesa y ella cosió en silencio, con los ojos bajos, mientras él contemplaba fascinado la manera en que sus manos subían y bajaban sobre el retazo de tela, igual que había visto a un par de pájaros hacer cortos vuelos perpendiculares sobre el nido que estaban construyendo. Al cabo de un rato, sin volver la cabeza ni levantar los párpados, dijo en voz baja: — No es porque creas que Zeena tiene algo contra mí, ¿verdad?

Su antiguo temor se irguió en toda su armadura ante la sugerencia. — ¿Qué quieres decir? — balbució.

Ella levantó los ojos angustiados hacia los de él, con la costura cayéndole sobre la mesa entre los dos. — No sé. Pensé que anoche parecía tenerlo.

— Me gustaría saber qué — rezongó él.

— Con Zeena nunca se sabe. — Era la primera vez que hablaban tan abiertamente de la actitud de ella hacia Mattie, y la repetición del nombre parecía llevarlo a los rincones más lejanos de la habitación y devolvérselo en largas repercusiones. Mattie esperó, como para darle tiempo al eco de apagarse, y luego continuó — : ¿A ti no te ha dicho nada?

Él negó con la cabeza. — No, ni una palabra.

Ella se echó el pelo de la frente con una sacudida y una risa. — Entonces es que estoy nerviosa sin más. No voy a pensar más en ello.

— Oh, no... no pensemos más en ello, Mattie.

El calor súbito de su tono le hizo subir de nuevo el color, no de golpe sino poco a poco, con delicadeza, como el reflejo de un pensamiento que se deslizara lentamente por su corazón. Se quedó callada, con las manos entrelazadas sobre la costura, y a él le pareció que una corriente cálida fluía hacia él a lo largo del retazo de tela que seguía sin enrollar entre los dos. Con cautela fue deslizando la mano boca abajo sobre la mesa hasta que las yemas de los dedos tocaron el extremo de la tela. Un leve temblor de sus pestañas pareció indicarle que ella era consciente del gesto y que había enviado de vuelta una contracorriente; y ella dejó las manos inmóviles en el otro extremo del retazo.

Mientras estaban así, oyó un sonido detrás de él y volvió la cabeza. El gato había saltado de la silla de Zeena para lanzarse a un ratón en el ro-

dapié, y a resultas del movimiento brusco la silla vacía se había puesto a mecerse como un espectro.

«Mañana a estas horas estará meciéndose ella en ella», pensó Ethan. «He estado soñando, y esta es la única velada que tendremos juntos.» El regreso a la realidad fue tan doloroso como la vuelta a la conciencia después de una anestesia. El cuerpo y el cerebro le dolían con un cansancio indescriptible, y no se le ocurría nada que decir ni que hacer que detuviera la loca fuga de los momentos.

Su cambio de humor pareció comunicarse a Mattie. Ella le miró con languidez, como si los párpados le pesaran de sueño y le costara un esfuerzo levantarlos. Su mirada cayó en la mano de él, que ahora cubría completamente el extremo de la costura y lo apretaba como si fuera parte de ella misma. Vio un temblor apenas perceptible cruzar el rostro de ella, y sin saber lo que hacía inclinó la cabeza y besó el pedazo de tela que tenía asido. Al posarse sus labios sobre ella, la sintió deslizarse despacio de debajo, y vio que Mattie se había levantado y estaba enrollando en silencio su costura. La sujetó con un alfiler, y luego, recogiendo el dedal y las tijeras, los metió junto al rollo de tela en la caja cubierta de papel de fantasía que él le había traído una vez de Bettsbridge.

Él también se levantó, mirando vagamente a su alrededor. El reloj sobre el aparador dio las once.

—¿Está bien el fuego? —preguntó ella en voz baja.

Él abrió la puerta de la estufa y atizó las brasas sin ton ni son. Al erguirse de nuevo vio que ella arrastraba hacia la estufa la vieja caja de madera forrada de alfombra donde el gato dormía. Luego volvió a cruzar el cuarto y cogió en brazos dos de las macetas de geranios, apartándolas de la ventana fría. Él la siguió y trajo los otros geranios, los bulbos de jacinto en una escudilla de natillas desportillada y la hiedra alemana enramada sobre un aro viejo de croquet.

Cumplidas esas faenas nocturnas no quedaba nada más por hacer que traer del pasillo el candelero de hojalata, encender la vela y apagar la lámpara. Ethan puso el candelero en la mano de Mattie y ella salió de la cocina delante de él, con la luz que llevaba ante sí haciendo que su pelo oscuro pareciera una deriva de niebla en la luna.

— Buenas noches, Mattie — dijo él cuando ella puso el pie en el primer peldaño de la escalera.

Ella se volvió y lo miró un momento. — Buenas noches, Ethan — respondió, y subió.

Cuando la puerta de su cuarto se cerró tras ella, recordó que ni siquiera le había rozado la mano.

VI

A la mañana siguiente, en el desayuno, Jotham Powell estaba entre ellos, y Ethan intentó disimular su alegría bajo un aire de indiferencia exagerada, recostándose en la silla para tirarle migajas al gato, rezongando sobre el tiempo y sin ofrecerse siquiera a ayudar a Mattie cuando se levantó a recoger los platos.

No sabía por qué estaba tan irracionalmente contento, pues nada había cambiado en su vida ni en la de ella. Ni siquiera le había rozado las yemas de los dedos ni la había mirado a los ojos de frente. Pero su velada juntos le había dado una visión de lo que podría ser la vida a su lado, y se alegraba ahora de no haber hecho nada que turbara la dulzura de esa imagen. Le parecía que ella sabía lo que le había contenido...

Quedaba una última carga de madera que llevar al pueblo, y Jotham Powell — que en invierno no trabajaba regularmente para Ethan — había «pasado a echar una mano» con el trabajo. Pero una nieve húmeda que se había convertido en aguanieve había caído durante la noche y había puesto los caminos como una pista de hielo. Había más humedad en el aire y a ambos hombres les pareció probable que el tiempo «ablandara» hacia la tarde

y hiciera el camino más seguro. Ethan propuso, por tanto, a su ayudante que cargaran el trineo en el corte, como habían hecho la mañana anterior, y dejaran el «acarreo» hasta Starkfield para más tarde. Ese plan tenía la ventaja de permitirle mandar a Jotham a los Flats después de comer a buscar a Zenobia, mientras él llevaba la madera al pueblo.

Le dijo a Jotham que fuera a enganchar los grises, y por un momento él y Mattie tuvieron la cocina para ellos solos. Ella había sumergido los platos del desayuno en un barreño de hojalata y estaba inclinada sobre él con sus brazos esbeltos desnudos hasta el codo, el vapor del agua caliente perlándole la frente y rizándole el pelo liso en pequeños anillos marrones como los zarcillos de la vid virgen.

Ethan se quedó mirándola, con el corazón en la garganta. Quería decir: «Nunca volveremos a estar solos así.» En cambio, bajó la petaca de tabaco de un estante del aparador, se la metió en el bolsillo y dijo: —Creo que puedo arreglármelas para estar en casa a la hora de comer.

Ella respondió «Muy bien, Ethan», y la oyó cantar sobre los platos mientras él se iba.

En cuanto estuviera cargado el trineo pensaba mandar a Jotham de vuelta a la granja y apresurarse a pie hasta el pueblo para comprar el pegamento para la fuente. En circunstancias normales habría tenido tiempo de sobra para ejecutar ese plan; pero todo salió mal desde el principio. De camino al corte uno de los grises resbaló en una placa de hielo y se cortó la rodilla; y cuando lograron levantarlo, Jotham tuvo que volver al establo a buscar una tira de trapo para vendarle el corte. Luego, cuando por fin comenzó la carga, volvía a caer lluvia helada, y los troncos estaban tan resbaladizos que tardaron el doble de lo normal en levantarlos y colocarlos en el trineo. Era lo que Jotham llamaba una mañana ingrata para trabajar, y los caballos, temblando y pataleando bajo sus mantas mojadas, parecían disfrutarlo tan poco como los hombres. Cuando el trabajo estuvo hecho era mucho más tarde de la hora de comer, y Ethan tuvo que renunciar a ir al pueblo porque quería llevar a casa al caballo lesionado y limpiarle la herida él mismo.

Pensó que si salía de nuevo con la madera en cuanto terminara de comer podría regresar a la granja con el pegamento antes de que Jotham y el viejo zaino tuvieran tiempo de buscar a Zenobia en los Flats; pero sabía que las posibilidades eran escasas. Todo dependía del estado de los caminos y del

posible retraso del tren de Bettsbridge. Recordó después, con un amargo destello de autoburla, la importancia que había dado a sopesar esas probabilidades...

En cuanto terminó de comer volvió a salir hacia el corte, sin atreverse a entretenerse hasta que Jotham Powell se marchara. El jornalero seguía secándose los pies mojados junto a la estufa, y Ethan solo pudo lanzarle una rápida mirada a Mattie al decirle en voz baja: —Vuelvo temprano.

Le pareció que ella asentía con la cabeza para indicar que entendía; y con ese escaso consuelo tuvo que calarse el sombrero y alejarse bajo la lluvia.

Llevaba la carga a mitad de camino del pueblo cuando Jotham Powell lo alcanzó, espoleando al remiso zaino hacia los Flats. «Tendré que darme prisa», reflexionó Ethan mientras el trineo desaparecía delante de él por el desnivel de la colina de la escuela. Trabajó como diez en la descarga, y cuando terminó se dirigió a toda prisa a la tienda de Michael Eady para el pegamento. Eady y su dependiente estaban los dos «por el pueblo», y el joven Denis, que rara vez se dignaba ocupar su puesto, estaba junto a la estufa con un grupo de la dorada juventud de Starkfield. Saludaron a Ethan con irónico cumplido y ofrecimientos de conviviality; pero nadie sabía dónde encontrar el pegamento. Ethan, consumido por el ansia de un último momento a solas con Mattie, esperó impaciente mientras Denis hacía una búsqueda infructuosa en los rincones más oscuros de la tienda.

—Parece que se nos ha acabado. Pero si espera a que venga el viejo a lo mejor puede echarle mano.

—Se lo agradezco, pero voy a ver si lo encuentro en casa de Mrs. Homan —respondió Ethan, ardiendo en deseos de marcharse.

El instinto comercial de Denis lo obligó a jurar por lo más sagrado que lo que no hubiera en la tienda de Eady no se encontraría nunca en casa de la viuda Homan; pero Ethan, sin hacer caso de esa fanfarronada, ya se había subido al trineo y se encaminaba al establecimiento rival. Allí, después de una búsqueda considerable y de preguntas comprensivas sobre para qué lo quería y si no le valdría una simple pasta de harina si ella no lo encontraba, la viuda Homan acabó por dar caza a su solitaria botella de pegamento en su escondite entre un revoltijo de pastillas para la tos y cordones de corsé.

—Espero que Zeena no haya roto nada de lo que aprecia —le gritó cuando él volvió los grises hacia casa.

Las ráfagas intermitentes de aguanieve habían cedido paso a una lluvia continua y los caballos tenían un trabajo pesado incluso sin carga. Una o dos veces, al oír unos cascabeles, Ethan volvió la cabeza pensando que Zeena y Jotham podían adelantarle; pero el viejo zaino no aparecía, y encaró la lluvia y espoleó a su pesada yunta.

El establo estaba vacío cuando los caballos giraron hacia él, y después de darles las atenciones más sumarias que habían recibido de él en toda su vida, subió a la casa con grandes zancadas y empujó la puerta de la cocina.

Mattie estaba allí sola, como él la había imaginado. Estaba inclinada sobre un cazo en la estufa; pero al oír sus pasos se volvió con un sobresalto y corrió hacia él.

—Mira, Mattie, ¡traigo algo para pegar la fuente! Déjame ponerme a ello enseguida —exclamó, blandiendo la botella en una mano mientras la apartaba con delicadeza; pero ella no parecía oírle.

—Ay, Ethan... ha llegado Zeena —dijo en un susurro, cogiéndole del brazo.

Se quedaron mirándose el uno al otro, pálidos como culpables.

—¡Pero si el zaino no está en el establo! —balbució Ethan.

—Jotham Powell trajo unos encargos de los Flats para su mujer y se fue directo a casa con ellos —explicó ella.

Él miró con expresión atónita la cocina, que tenía un aspecto frío y miserable en el crepúsculo lluvioso y gris del invierno.

—¿Cómo está? —preguntó, bajando la voz al susurro de Mattie.

Ella apartó la vista, insegura. —No sé. Se fue directa a su cuarto.

—¿No dijo nada?

—No.

Ethan dejó escapar sus dudas en un silbido largo y se guardó la botella en el bolsillo. —No te preocupes; bajaré de noche a pegarlo —dijo. Volvió a ponerse el abrigo mojado y regresó al establo a darle de comer a los grises.

Mientras estaba allí llegó Jotham Powell con el trineo, y cuando hubieron atendido a los caballos Ethan le dijo: — Bien podrías subir a comer algo. — No le disgustaba asegurarse de la presencia neutralizadora de Jotham a la mesa, pues Zeena siempre estaba «nerviosa» después de un viaje. Pero el jornalero, aunque pocas veces rehusaba una comida no incluida en su sueldo, entreabrió sus rígidas mandíbulas para responder despacio: — Se lo agradezco, pero creo que me voy a casa.

Ethan lo miró sorprendido. — Mejor que suba a secarse. Tiene pinta de que habrá algo caliente para cenar.

Los músculos faciales de Jotham no se inmutaron ante ese argumento y, limitado como era su vocabulario, se contentó con repetir: — Creo que me voy a casa.

Para Ethan había algo vagamente amenazador en ese rechazo pertinaz de comida y calor gratuitos, y se preguntó qué habría ocurrido durante el trayecto para endurecerle así a Jotham. Quizá Zeena no había llegado a ver al nuevo médico o no le había gustado su diagnóstico: Ethan sabía que en esos casos la primera persona que encontraba solía cargar con sus agravios.

Al volver a entrar en la cocina, la lámpara iluminaba la misma escena de resplandeciente confort que la tarde anterior. La mesa estaba puesta con el mismo cuidado, un fuego vivo ardía en la estufa, el gato dormitaba en su calor, y Mattie se adelantó llevando un plato de buñuelos.

Los dos se miraron en silencio; luego ella dijo, como había dicho la noche anterior: — Creo que ya va siendo hora de cenar.

VII

Ethan salió al pasillo a colgar sus prendas mojadas. Escuchó los pasos de Zeena y, al no oírlos, la llamó desde el pie de la escalera. Ella no respondió, y después de un momento de vacilación subió y abrió su puerta. El cuarto estaba casi a oscuras, pero en la penumbra la vio sentada junto a la ventana, muy erguida, y por la rigidez del contorno recortado contra el cristal supo que no se había quitado el vestido de viaje.

— Bueno, Zeena — se arriesgó desde el umbral.

Ella no se movió, y él continuó: — La cena está casi lista. ¿No bajas?

Ella respondió: — No me parece que pudiera probar bocado.

Era la fórmula consagrada, y él esperaba que la siguiera, como de costumbre, levantándose y bajando a cenar. Pero ella continuó sentada, y él no se le ocurrió nada más acertado que: — Supongo que estás cansada después del largo viaje.

Volviendo la cabeza ante eso, respondió con solemnidad: — Estoy mucho más enferma de lo que tú crees.

Sus palabras le llegaron con un extraño golpe de estupor. Las había oído pronunciar muchas veces — ¿y si esta vez eran verdad?

Avanzó uno o dos pasos hacia el cuarto en penumbra. — Espero que no sea así, Zeena — dijo.

Ella siguió mirándole fijamente a través del crepúsculo con un semblante de lánguida autoridad, como el de alguien que se sabe elegido para un gran destino. — Tengo complicaciones — dijo.

Ethan sabía que esa palabra era de importancia excepcional. Casi todo el mundo en la comarca tenía «achagues», localizados y especificados con franqueza; pero solo los elegidos tenían «complicaciones». Tenerlas era en sí mismo una distinción, aunque también, en la mayoría de los casos, una

sentencia de muerte. La gente luchaba durante años con los «achagues», pero casi siempre sucumbía a las «complicaciones».

El corazón de Ethan oscilaba entre dos extremos de sentimiento, pero por el momento predominó la compasión. Su mujer tenía un aspecto tan duro y solitario, sentada allí en la oscuridad con semejantes pensamientos.

—¿Es eso lo que te ha dicho el médico nuevo? —preguntó, bajando instintivamente la voz.

—Sí. Dice que cualquier médico normal me recomendaría una operación.

Ethan sabía que, en lo que respectaba a la importante cuestión de la intervención quirúrgica, la opinión femenina de la comarca estaba dividida: unas se enorgullecían del prestigio que conferían las operaciones, mientras que otras las rehuían por considerarlas poco delicadas. Ethan, por motivos económicos, siempre había agradecido que Zeena fuera del segundo bando.

En la agitación causada por la gravedad del anuncio buscó un atajo consolador. —¿Qué sabes de ese médico, al fin y al cabo? Nadie te había dicho eso antes.

Vio su error antes de que ella pudiera aprovecharlo: lo que quería era simpatía, no consuelo.

—No necesitaba que me dijeran que perdía terreno cada día. Todo el mundo menos tú podía verlo. Y en Bettsbridge todo el mundo conoce al doctor Buck. Tiene su consulta en Worcester y viene cada dos semanas a Shadd's Falls y Bettsbridge para consultas. Eliza Spears se consumía con problemas de riñón antes de ir a verle, y ahora está en pie y cantando en el coro.

—Pues me alegro mucho. Debes hacer exactamente lo que te diga —respondió Ethan con simpatía.

Ella seguía mirándole. —Eso pienso hacer —dijo. Le llamó la atención una nota nueva en su voz. No era ni quejumbrosa ni acusadora, sino secamente resuelta.

—¿Qué quiere que hagas? —preguntó él, con una visión creciente de nuevos gastos.

—Quiere que tenga una criada. Dice que no debería tener que hacer ni una sola cosa en la casa.

—¿Una criada? —Ethan se quedó paralizado.

—Sí. Y la tía Martha me encontró una enseguida. Todo el mundo me dijo que tenía suerte de conseguir que una chica viniera hasta aquí, y acordé darle un dólar más para asegurarme. Llegará mañana por la tarde.

La cólera y la consternación se disputaban a Ethan. Había previsto una demanda inmediata de dinero, pero no un desangrado permanente de sus escasos recursos. Ya no creía lo que Zeena le había contado sobre la supuesta gravedad de su estado: en la expedición a Bettsbridge veía solo un complot tramado entre ella y sus parientes Pierce para cargarle el coste de una sirvienta; y por el momento predominaba la cólera.

—Si pensabas contratar a una chica tendrías que habérmelo dicho antes de irte —dijo.

—¿Cómo iba a decírtelo antes de irme? ¿Cómo iba a saber lo que diría el doctor Buck?

—Oh, el doctor Buck... —La incredulidad de Ethan se escapó en una breve carcajada—. ¿Te dijo el doctor Buck de dónde iba a sacar yo el dinero para pagarle?

La voz de ella se alzó furiosa a la par que la de él. —No, no me lo dijo. Porque me habría dado vergüenza decirle que te resistías a darme el dinero para recuperar la salud, cuando la perdí cuidando a tu propia madre.

—¿Perdiste la salud cuidando a mi madre?

—Sí; y mi familia me dijo entonces que no podías hacer menos que casarte conmigo después de...

—¡Zeena!

A través de la oscuridad que ocultaba sus rostros, los pensamientos parecían lanzarse mutuamente como serpientes escupiendo veneno. Ethan fue presa del horror de la escena y de la vergüenza por su propia parte en ella. Era tan insensata y brutal como una pelea física entre dos enemigos en la oscuridad.

Se volvió al estante sobre la chimenea, buscó cerillas a tientas y encendió la única vela del cuarto. Al principio su débil llama no hizo mella en las sombras; luego el rostro de Zeena resaltó sombríamente contra el cristal sin cortina, que había pasado del gris al negro.

Era la primera escena de ira abierta entre la pareja en sus tristes siete años juntos, y Ethan se sintió como si hubiera perdido una ventaja irreparable al rebajarse al nivel de las recriminaciones. Pero el problema práctico estaba ahí y había que afrontarlo.

—Sabes que no tengo dinero para pagar a una chica, Zeena. Tendrás que mandarla de vuelta: no puedo hacerlo.

—El médico dice que me voy a morir si sigo esclavizándome como he tenido que hacer. No entiende cómo he aguantado tanto tiempo.

—¡Esclavizándote!... —Se contuvo de nuevo—. No moverás un dedo, si él lo dice. Me encargaré yo de todo en la casa...

Ella le interrumpió: —Ya estás descuidando bastante la granja —y como eso era cierto, él no encontró respuesta, y le dejó tiempo para añadir con ironía—: Mejor mandarme al asilo y acabar de una vez... Creo que ya ha habido Fromes allí antes de ahora.

La pulla le quemó, pero la dejó pasar. —No tengo el dinero. Eso lo zanja todo.

Hubo un momento de pausa en la lucha, como si los contendientes estuvieran tanteando sus armas. Luego Zeena dijo en tono uniforme: —Creí que ibas a recibir cincuenta dólares de Andrew Hale por esa madera.

—Andrew Hale nunca paga antes de los tres meses. —Apenas lo había dicho cuando recordó la excusa que había dado para no acompañar a su mujer a la estación el día anterior; y la sangre se le subió a las cejas fruncidas.

—Pero si ayer me dijiste que lo habías arreglado con él para que pagara al contado. Dijiste que por eso no podías llevarme a los Flats.

Ethan no tenía habilidad para el engaño. Nunca antes lo habían pillado en una mentira, y todos los recursos de la evasión le fallaron. —Creo que hubo un malentendido —balbució.

—¿Que no tienes el dinero?

—No.

—¿Y no lo vas a tener?

—No.

—Pues yo no podía saberlo cuando contraté a la chica, ¿verdad?

—No. —Hizo una pausa para controlar la voz—. Pero ahora ya lo sabes. Lo siento, pero no tiene remedio. Eres la mujer de un hombre pobre, Zeena; pero haré todo lo que pueda por ti.

Durante un momento se quedó inmóvil, como reflexionando, con los brazos extendidos sobre los brazos de la silla, los ojos fijos en el vacío. —Oh, supongo que saldremos adelante —dijo suavemente.

El cambio en su tono lo tranquilizó. —¡Claro que sí! Hay mucho más que puedo hacer por ti, y Mattie...

Zeena, mientras él hablaba, parecía estar siguiendo algún elaborado cálculo mental. Emergió de él para decir: —De todos modos habrá menos a gastar en la manutención de Mattie...

Ethan, dando por terminada la discusión, se había vuelto para bajar a cenar. Se detuvo en seco, sin entender lo que oía. —¿La manutención de Mattie menos...? —empezó.

Zeena rió. Era un sonido extraño y desconocido —no recordaba haberla oído reír antes—. —¿Acaso suponías que iba a mantener a dos chicas? ¡Con razón te asustaba el gasto!

Seguía sin entender bien lo que ella decía. Desde el principio de la discusión había evitado instintivamente mencionar el nombre de Mattie, temiendo no sabía bien qué: críticas, quejas o vagas alusiones a la inminente probabilidad de que se casara. Pero la idea de una ruptura definitiva nunca se le había ocurrido, e incluso ahora no podía instalarse en su mente.

—No sé qué quieres decir —dijo—. Mattie Silver no es una criada. Es tu pariente.

—Es una pobre de solemnidad que lleva agarrada a nosotros todo el tiempo desde que su padre hizo todo lo posible por arruinarnos. La he tenido aquí un año entero: ya le toca a otra.

Cuando esas palabras estridentes salieron disparadas, Ethan oyó un golpecito en la puerta, que había cerrado al retroceder desde el umbral.

—¡Ethan! ¡Zeena! —sonó la voz de Mattie alegremente desde el descansillo—. ¿Sabéis qué hora es? La cena lleva media hora lista.

Dentro del cuarto hubo un momento de silencio; luego Zeena llamó desde su asiento: —No voy a bajar a cenar.

—¡Oh, lo siento! ¿No se encuentra bien? ¿Quiere que le suba algo?

Ethan se sacudió con un esfuerzo y abrió la puerta. —Baja ya, Mattie. Zeena está solo un poco cansada. Ya voy.

Oyó su «¡Bien!» y sus pasos rápidos en la escalera; luego cerró la puerta y se volvió al interior del cuarto. La actitud de su mujer no había cambiado, su cara era inexorable, y lo asaltó la desesperada sensación de su propia impotencia.

—¿No lo vas a hacer, Zeena?

—¿El qué? —emitió entre labios apretados.

—Echar a Mattie... así.

—¡Nunca me comprometí a tenerla de por vida!

Él continuó con vehemencia creciente: —No puedes echarla de la casa como a una ladrona, una chica pobre sin amigos ni dinero. Ha dado lo mejor de sí por ti y no tiene adónde ir. Puede que tú te olvides de que es tu pariente, pero todo el mundo lo recordará. Si haces algo así, ¿qué crees que va a decir la gente de ti?

Zeena esperó un momento, como dándole tiempo a sentir toda la fuerza del contraste entre su propia agitación y la calma de ella. Luego respondió con la misma voz serena: —Sé de sobra lo que dicen por haberla tenido aquí tanto tiempo como la he tenido.

La mano de Ethan cayó del pomo, que había tenido apretado desde que cerró la puerta tras Mattie. La réplica de su mujer fue como un corte de cuchillo en los tendones y de repente se sintió débil e impotente. Había querido humillarse, argumentar que la manutención de Mattie no costaba tanto, al fin y al cabo, que él podría arreglárselas para comprar una estufa y

habilitar un sitio en el desván para la criada —pero las palabras de Zeena revelaban el peligro de semejantes súplicas.

—¿Quieres decir que le vas a decir que tiene que irse... de inmediato? —dijo con voz entrecortada, aterrado de dejar que su mujer completara la frase.

Como intentando hacerle entrar en razón, ella replicó con imparcialidad: —La chica llegará de Bettsbridge mañana, y supongo que tendrá que dormir en algún sitio.

Ethan la miró con asco. Ya no era la criatura aletargada que había vivido a su lado en un estado de huraña absorción en sí misma, sino una presencia ajena y misteriosa, una energía maligna destilada de los largos años de silencioso cavilar. Era el sentido de su propia impotencia lo que agudizaba su antipatía. Nunca había habido en ella nada a lo que pudiera apelarse; pero mientras había podido ignorarla y dirigirla había permanecido indiferente. Ahora ella lo había dominado y él la aborrecía. Mattie era pariente de ella, no suya: no había ningún medio por el que pudiera obligarla a mantener a la chica bajo su techo. Todo el largo sufrimiento de su pasado frustrado, de su juventud de fracasos, penurias y esfuerzos inútiles, se levantó en su alma en oleada de amargura y pareció tomar forma ante él en la mujer que a cada paso le había cerrado el camino. Le había quitado todo lo demás; y ahora pretendía quitarle lo único que compensaba todo lo demás. Por un momento una llama de odio tan viva se alzó en él que le bajó por el brazo y le cerró el puño contra ella. Dio un paso impetuoso hacia adelante y se detuvo.

—¿No... no bajas? —dijo con voz aturdida.

—No. Creo que me voy a tumbar un rato en la cama —respondió ella suavemente; y él se dio la vuelta y salió del cuarto.

En la cocina Mattie estaba sentada junto a la estufa, con el gato acurrucado en las rodillas. Se puso en pie de un salto cuando Ethan entró y llevó la fuente tapada de pastel de carne a la mesa.

—Espero que Zeena no esté enferma —dijo.

—No.

Ella le sonrió a través de la mesa. —Pues siéntate. Debes de estar muerto de hambre. —Destapó el pastel y lo empujó hacia él. ¡Así que iban a tener

una velada más juntos, parecían decir sus ojos felices!

Él se sirvió maquinalmente y empezó a comer; luego el asco le cerró la garganta y dejó el tenedor.

La mirada tierna de Mattie estaba sobre él y notó el gesto.

— Vaya, Ethan, ¿qué te pasa? ¿No está bueno?

— Sí, está riquísimo. Solo que... — Apartó el plato, se levantó de la silla y rodeó la mesa hacia donde estaba ella. Ella se puso en pie de un salto con ojos asustados.

— ¡Ethan, pasa algo! ¡Sabía que pasaba algo!

Pareció fundirse contra él en su terror, y él la cogió en sus brazos, la estrechó con fuerza, sintió sus pestañas latir contra su mejilla como mariposas atrapadas en una red.

— ¿Qué es? ¿Qué es? — balbuceó ella; pero él había encontrado por fin sus labios y bebía en ellos la inconsciencia de todo excepto de la alegría que le daban.

Ella se demoró un momento, arrastrada por la misma fuerte corriente; luego se soltó de él y retrocedió un paso o dos, pálida y turbada. Su mirada le golpeó con remordimiento, y él exclamó, como si la viera ahogarse en un sueño: — ¡No puedes irte, Mattie! ¡No te dejaré nunca!

— ¿Irme...? — balbució ella—. ¿Tengo que irme?

Las palabras siguieron resonando entre ellos como si una antorcha de advertencia pasara de mano en mano a través de un paisaje negro.

Ethan se llenó de vergüenza por su falta de dominio al arrojarle la noticia con tanta brutalidad. La cabeza le daba vueltas y tuvo que apoyarse en la mesa. Todo el tiempo sentía como si todavía la estuviera besando, y a la vez muriendo de sed de sus labios.

— Ethan, ¿qué ha pasado? ¿Está Zeena furiosa conmigo?

Su grito lo estabilizó, aunque le agudizó la rabia y la compasión. — No, no — la tranquilizó —, no es eso. Pero este médico nuevo la ha asustado con lo de su salud. Ya sabes que les cree todo lo que le dicen la primera vez que

los ve. Y este le ha dicho que no se va a curar si no guarda cama y no hace nada en la casa, durante meses...

Se detuvo, con los ojos vagando por ella con desdicha. Ella se quedó callada un momento, doblegándose ante él como una rama rota. Era tan pequeña y de aspecto tan frágil que se le encogió el corazón; pero de repente levantó la cabeza y lo miró de frente. —¿Y quiere a alguien más hábil en mi lugar? ¿Es eso?

—Eso es lo que dice esta noche.

—Si lo dice esta noche, lo dirá mañana.

Los dos se inclinaron ante la verdad inexorable: sabían que Zeena nunca cambiaba de opinión, y que en su caso una resolución tomada equivalía a un hecho consumado.

Hubo un largo silencio entre ellos; luego Mattie dijo en voz baja: —No te apures demasiado, Ethan.

—Oh, Dios mío... Dios mío —gimió él. El ardor de la pasión que había sentido por ella se había fundido en una ternura dolorosa. Vio sus párpados rápidos conteniendo las lágrimas y deseó cogerla en sus brazos y consolarla.

—Se te está enfriando la cena —le advirtió ella con un pálido destello de humor.

—Ay, Mattie... Mattie... ¿adónde irás?

Sus párpados se cerraron y un temblor le cruzó el rostro. Él vio que por primera vez el pensamiento del futuro se le presentaba con claridad. —Igual encuentro algo en Stamford —dijo con voz entrecortada, como sabiendo que él sabía que no tenía ninguna esperanza.

Él volvió a dejarse caer en su silla y se tapó la cara con las manos. La desesperación se apoderó de él ante la idea de verla partir sola a reanudar la agotadora búsqueda de trabajo. En el único lugar donde era conocida estaba rodeada de indiferencia o animadversión; ¿y qué oportunidades tenía ella, inexperta y sin oficio, entre el millón de buscadores de pan de las ciudades? Le volvieron a la memoria las historias miserables que había oído en Worcester, y los rostros de chicas cuya vida había comenzado con tanta es-

peranza como la de Mattie... No era posible pensar en esas cosas sin una revuelta de todo su ser. Se puso en pie de un salto.

— ¡No puedes irte, Mattie! ¡No lo consentiré! Ella siempre se ha salido con la suya, pero ahora me pienso salir yo con la mía...

Mattie levantó la mano con un gesto rápido, y él oyó los pasos de su mujer detrás de él.

Zeena entró en el cuarto con su paso arrastrado y de tacones gastados, y tomó en silencio su asiento habitual entre ellos.

— Me he encontrado un poco mejor, y el doctor Buck dice que debo comer todo lo que pueda para mantener las fuerzas, aunque no tenga apetito — dijo con su voz monótona y quejumbrosa, alargando el brazo por delante de Mattie para coger la tetera. El vestido «bueno» había sido reemplazado por el calicó negro y el chal marrón de punto que constituían su indumentaria diaria, y con ellos había recuperado su cara y sus maneras de siempre. Se sirvió el té, le añadió mucha leche, se puso una buena ración de pastel y encurtidos, e hizo el gesto familiar de ajustarse la dentadura postiza antes de empezar a comer. El gato se frotó insinuante contra ella y ella dijo «Buen gatito», se inclinó a acariciarlo y le dio un trozo de carne del plato.

Ethan estaba sentado sin hablar, sin pretender comer, pero Mattie picoteó valientemente su comida y le hizo a Zeena una o dos preguntas sobre su visita a Bettsbridge. Zeena respondió en su tono de siempre y, animándose con el tema, los obsequió con varias vívidas descripciones de trastornos intestinales entre sus amigos y parientes. Miraba directamente a Mattie mientras hablaba, y una sonrisa tenue profundizaba las líneas verticales entre la nariz y la barbilla.

Cuando terminó la cena se levantó y se llevó la mano a la superficie plana sobre la región del corazón. — Tu pastel siempre me asienta un poco pesado, Mattie — dijo, sin malicia. Pocas veces abreviaba el nombre de la chica, y cuando lo hacía era siempre señal de afabilidad.

— Tengo muchas ganas de ir a buscar esos polvos para el estómago que conseguí el año pasado en Springfield — continuó—. Hace bastante que no los pruebo, y igual me alivian la acidez.

Mattie levantó los ojos. — ¿Quiere que vaya a buscarlos yo, Zeena? — se ofreció.

—No. Están en un sitio que tú no conoces —respondió Zeena oscuramente, con una de sus miradas enigmáticas.

Salió de la cocina y Mattie, levantándose, empezó a recoger los platos de la mesa. Al pasar junto a la silla de Ethan sus ojos se encontraron y se quedaron unidos con desolación. La cocina cálida y quieta tenía el mismo aspecto tranquilo que la noche anterior. El gato había saltado a la mecedora de Zeena, y el calor del fuego empezaba a extraer el tenue aroma picante de los geranios. Ethan se puso en pie pesadamente.

—Voy a salir a echar un vistazo —dijo, dirigiéndose al pasillo a buscar la linterna.

Al llegar a la puerta se encontró con Zeena que volvía a entrar al cuarto, con los labios crispados de cólera y un rubor de excitación en su cara cetrina. El chal le había resbalado de los hombros y arrastraba a sus pies gastados, y en las manos llevaba los fragmentos de la fuente de encurtidos de cristal rojo.

—Me gustaría saber quién ha hecho esto —dijo, mirando con severidad de Ethan a Mattie.

No hubo respuesta, y ella continuó con voz temblorosa: —Fui a buscar esos polvos que había guardado en el estuche de las gafas de mi padre, en lo alto del armario de la vajilla, donde guardo las cosas que aprecio para que nadie las toque... —Se le quebró la voz, y dos pequeñas lágrimas se quedaron suspendidas en sus párpados sin pestañas y rodaron despacio por sus mejillas—. Hace falta la escalera de mano para llegar al estante de arriba, y puse allí la fuente de encurtidos de la tía Philura Maple aposta cuando nos casamos, y no ha bajado desde entonces, salvo para la limpieza de primavera, y entonces siempre la cogía yo con mis propias manos para que no se rompiera. —Depositó los fragmentos con reverencia sobre la mesa—. Quiero saber quién ha hecho esto —dijo con voz trémula.

Ante ese reto Ethan se volvió al interior del cuarto y la encaró. —Pues te lo digo yo. Lo ha hecho el gato.

—¿El gato?

—Eso es lo que he dicho.

Ella lo miró fijamente, y luego volvió los ojos hacia Mattie, que estaba llevando el barreño a la mesa.

—Me gustaría saber cómo entró el gato en mi armario de la vajilla — dijo.

—Cazando ratones, supongo —repuso Ethan—. Anocheció un ratón por la cocina toda la noche.

Zeena siguió mirando de uno a otro; luego emitió su risita extraña. —Sabía que el gato era listo —dijo en voz aguda—, pero no sabía que fuera tan listo como para recoger los pedazos de mi fuente de encurtidos y colocarlos uno al lado del otro en el mismo estante del que los había tirado.

Mattie sacó de repente los brazos del agua humeante. —No fue culpa de Ethan, Zeena. El gato sí rompió la fuente; pero fui yo quien la bajó del armario de la vajilla, y yo soy la culpable de que se haya roto.

Zeena se quedó junto a las ruinas de su tesoro, endureciéndose hasta convertirse en una imagen pétrea de resentimiento. —Bajaste mi fuente de encurtidos... ¿para qué?

Un vivo rubor le voló a Mattie a las mejillas. —Quería poner bonita la mesa de la cena —dijo.

—Querías poner bonita la mesa de la cena; y esperaste a que les diera la vuelta, y cogiste la cosa que más aprecio de todo lo que tengo, y que nunca habría usado, ni siquiera cuando vino el pastor a comer, ni cuando la tía Martha Pierce vino desde Bettsbridge... —Zeena hizo una pausa con un jadeo, como aterrorizada por su propia evocación del sacrilegio—. Eres una chica mala, Mattie Silver, y siempre lo he sabido. Así empezó tu padre, y me lo advirtieron cuando te acogí, e intenté guardar mis cosas donde no pudieras tocarlas... y ahora me has quitado la que más quería de todas... —Se interrumpió con un breve espasmo de sollozos que pasó y la dejó más que nunca como una figura de piedra.

—Si hubiera escuchado a la gente, te habrías ido antes de ahora, y esto no habría pasado —dijo; y recogiendo los pedazos de cristal roto salió del cuarto como si llevara un cadáver...

VIII

Cuando Ethan fue llamado de vuelta a la granja por la enfermedad de su padre, su madre le cedió para su uso exclusivo un pequeño cuarto detrás del «salón de gala» desocupado. Allí había clavado estantes para sus libros, se había construido un diván de tablas y un colchón, había extendido sus papeles sobre una mesa de cocina, había colgado en la pared de yeso sin enlucir un grabado de Abraham Lincoln y un calendario con «Pensamientos de los Poetas», e intentado, con ese escaso mobiliario, producir algún parecido con el estudio de un «pastor» que había sido amable con él y le había prestado libros cuando estaba en Worcester. Todavía se refugiaba allí en verano, pero cuando Mattie fue a vivir a la granja tuvo que cederle su estufa, y en consecuencia el cuarto era inhabitable durante varios meses del año.

A ese retiro bajó en cuanto la casa quedó en silencio y la respiración sostenida de Zeena desde la cama le aseguró que no habría secuela de la escena en la cocina. Después de que Zeena se marchara, él y Mattie se habían quedado sin hablar, sin intentar ninguno acercarse al otro. Luego la chica había vuelto a su tarea de ordenar la cocina para la noche y él había cogido la linterna y dado su ronda habitual por fuera de la casa. La cocina estaba vacía cuando volvió a ella; pero su petaca de tabaco y la pipa habían sido dejadas sobre la mesa, y debajo había un trozo de papel arrancado de la parte de atrás de un catálogo de semillas, en el que estaban escritas tres palabras: «No te apures, Ethan.»

Al entrar en su frío y oscuro «estudio» puso la linterna sobre la mesa y, inclinándose a su luz, leyó el mensaje una y otra vez. Era la primera vez que Mattie le había escrito, y la posesión del papel le dio una nueva y extraña sensación de su cercanía; y sin embargo ahondaba su angustia al recordarle que en adelante no tendrían otra forma de comunicarse. ¡Por la vida de su sonrisa, por el calor de su voz, solo papel frío y palabras muertas!

Confusos impulsos de rebeldía lo sacudían. Era demasiado joven, demasiado fuerte, demasiado lleno de savia vital para someterse tan fácilmente a la destrucción de sus esperanzas. ¿Tenía que gastar todos sus años al lado de una mujer amargada y quejumbrosa? Habían existido en él otras posibilidades, sacrificadas una a una a la estrechez de miras y a la ignorancia de Zeena. ¿Y qué bien había salido de ello? Ella era cien veces más amargada y descontenta que cuando se casaron: el único placer que le quedaba era infligirle dolor. Todos los instintos sanos de la autodefensa se levantaron en él contra semejante derroche...

Se envolvió en su viejo abrigo de piel de mapache y se tumbó en el diván a pensar. Bajo la mejilla notó un objeto duro con extrañas protuberancias. Era un cojín que Zeena le había hecho cuando estaban prometidos —la única labor de costura que le había visto hacer nunca. Lo lanzó al otro lado del cuarto y apoyó la cabeza contra la pared...

Conocía el caso de un hombre del otro lado de la montaña —un joven de más o menos su edad— que había escapado de una vida de miseria igual yéndose al Oeste con la chica que le importaba. Su mujer se había divorciado de él, él se había casado con la chica y había prosperado. Ethan había visto a la pareja el verano anterior en Shadd's Falls, adonde habían venido a visitar a unos parientes. Tenían una niña con rizos rubios, que llevaba un medallón de oro y estaba vestida como una princesa. La mujer abandonada tampoco le había ido mal del todo. Su marido le había dado la granja y ella había conseguido venderla, y con eso y la pensión había montado una fonda en Bettsbridge y había florecido en actividad e importancia. Ethan se inflamó con el pensamiento. ¿Por qué no podía él marcharse con Mattie al día siguiente, en lugar de dejarla ir sola? Escondería la maleta debajo del asiento del trineo, y Zeena no sospecharía nada hasta que subiera a echar su siesta por la tarde y encontrara una carta en la cama...

Sus impulsos estaban todavía cerca de la superficie, y se levantó de un salto, reencendió la linterna y se sentó a la mesa. Rebuscó en el cajón un folio, encontró uno y empezó a escribir.

«Zeena: he hecho todo lo que podía por ti, y no veo que haya servido de nada. No te culpo a ti, ni me culpo a mí. Quizá los dos nos vaya mejor por separado. Voy a probar suerte en el Oeste, y tú puedes vender la granja y el molino y quedarte el dinero...»

La pluma se detuvo en esa palabra, que le hizo ver con claridad las condiciones implacables de su situación. Si le daba la granja y el molino a Zeena, ¿qué le quedaría a él para empezar una nueva vida? Una vez en el Oeste estaba seguro de encontrar trabajo —no le habría dado miedo intentarlo solo. Pero con Mattie dependiendo de él la cosa era diferente. ¿Y cuál sería el destino de Zeena? La granja y el molino estaban hipotecados hasta el límite de su valor, y aunque encontrara un comprador —de por sí una posibilidad improbable— era dudoso que sacara más de mil dólares de la venta. Mientras tanto, ¿cómo podría seguir con la granja? Solo mediante un trabajo incesante y una supervisión personal sacaba Ethan una vida escasa de su tierra, y su mujer, aunque estuviera más sana de lo que imaginaba, nunca podría cargar sola con semejante peso.

Bien, entonces podría volver con su gente, y ver qué hacían por ella. Era el destino que le estaba imponiendo a Mattie: ¿por qué no intentarlo ella misma? Para cuando diera con su paradero y entablara el proceso de divorcio, él probablemente —donde quiera que estuviera— estaría ganando lo suficiente para pagarle una pensión adecuada. Y la alternativa era dejar que Mattie saliera sola, con muchas menos esperanzas de sustento a largo plazo...

Había esparcido el contenido del cajón en su búsqueda de un folio, y al coger la pluma su vista cayó sobre un ejemplar viejo del *Bettsbridge Eagle*. La página de anuncios estaba doblada hacia arriba, y leyó las palabras seductoras: «Viajes al Oeste: Tarifas Reducidas.»

Acercó la linterna y examinó con avidez las tarifas; luego el periódico se le cayó de la mano y apartó la carta sin terminar. Un momento antes se había preguntado de qué iban a vivir él y Mattie cuando llegaran al Oeste; ahora veía que ni siquiera tenía dinero para llevarla allí. Pedir prestado era imposible: seis meses antes había dado su única garantía para recaudar fondos para las reparaciones necesarias en el molino, y sabía que sin garantía nadie en Starkfield le prestaría diez dólares. Los hechos inexorables se cerraron en torno a él como carceleros esposando a un preso. No había salida: ninguna. Era un prisionero de por vida, y ahora su único rayo de luz iba a extinguirse.

Volvió pesadamente al diván, estirándose con los miembros tan plomizos que le pareció que no volverían a moverse. Las lágrimas le subieron a la

garganta y se abrieron lentamente camino hasta los párpados.

Tumbado allí, el cristal de la ventana que tenía enfrente, haciéndose gradualmente más claro, fue incrustando en la oscuridad un cuadrado de cielo bañado de luna. Una rama retorcida de árbol lo cruzaba, la rama del manzano bajo el que, en las noches de verano, a veces encontraba a Mattie sentada cuando subía del molino. Poco a poco el borde de los vapores lluviosos se encendió y fue quemándose, y una luna pura se meció en el azul. Ethan, incorporándose sobre el codo, contempló el paisaje que se blanqueaba y tomaba forma bajo el esculpido de la luna. Esa era la noche en que debía haber llevado a Mattie a bajar en trineo, ¡y allí colgaba la lámpara para alumbrarlos! Miró las laderas bañadas de brillo, la oscuridad de borde plateado de los bosques, el púrpura espectral de las colinas contra el cielo, y le pareció como si toda la belleza de la noche hubiera sido derramada para burlarse de su desdicha...

Se quedó dormido, y cuando despertó el frío del amanecer invernal llenaba el cuarto. Sentía frío y rigidez y hambre, y se avergonzaba de tener hambre. Se frotó los ojos y fue a la ventana. Un sol rojo se alzaba sobre el gris borde de los campos, detrás de árboles que parecían negros y quebradizos. Se dijo: «Hoy es el último día de Mattie», e intentó imaginar cómo sería aquel lugar sin ella.

Mientras estaba allí oyó un paso detrás de él y ella entró.

—Oh, Ethan... ¿has estado aquí toda la noche?

Tenía un aspecto tan pequeño y demacrado, con su vestido pobre y el pañuelo rojo enrollado alrededor, y la fría luz tornando su palidez cetrina, que Ethan se quedó ante ella sin hablar.

—Debes de estar helado —continuó ella, con los ojos sin brillo fijos en él.

Él se acercó un paso. —¿Cómo sabías que estaba aquí?

—Porque oí que volvías a bajar la escalera después de que me acosté, y estuve escuchando toda la noche, y no subiste.

Toda su ternura le afluía a los labios. La miró y dijo: —Voy ahora mismo a encender el fuego de la cocina.

Volvieron a la cocina, y él fue a buscar el carbón y la yesca y limpió la estufa para ella, mientras ella traía la leche y los restos fríos del pastel de carne. Cuando el calor empezó a irradiar de la estufa y el primer rayo de sol cayó sobre el suelo de la cocina, los pensamientos oscuros de Ethan se fundieron en el aire más suave. La visión de Mattie yendo y viniendo en sus quehaceres, como la había visto tantas mañanas, hacía parecer imposible que alguna vez dejara de ser parte de esa escena. Se dijo que sin duda había exagerado el significado de las amenazas de Zeena, y que ella también, con la vuelta de la luz del día, volvería a un estado de ánimo más cuerdo.

Se acercó a Mattie mientras ella se inclinaba sobre la estufa y le puso la mano en el brazo. —No quiero que tú te apures tampoco —dijo, mirándola con una sonrisa.

Ella se sonrojó con calor y susurró: —No, Ethan, no me voy a apurar.

—Creo que las cosas se van a arreglar —añadió él.

No hubo respuesta, solo un rápido latido de sus párpados, y él continuó: —¿No ha dicho nada esta mañana?

—No. Todavía no la he visto.

—No le hagas caso cuando la veas.

Con esa recomendación la dejó y salió al establo de las vacas. Vio a Jotham Powell subiendo la colina entre la niebla de la mañana, y la visión familiar se sumó a su creciente convicción de que todo se arreglaría.

Mientras los dos hombres limpiaban los establos, Jotham apoyó la horca para decir: —Dan'l Byrne va a los Flats hoy al mediodía y podría llevarse el baúl de Mattie, para que el viaje sea más cómodo cuando yo la lleve en el trineo.

Ethan lo miró sin entender, y él continuó: —Mrs. Frome dijo que la chica nueva estaría en los Flats a las cinco, y que yo tenía que llevar a Mattie entonces para que pudiera coger el tren de las seis para Stamford.

Ethan sintió que la sangre le repicaba en las sienes. Tuvo que esperar un momento antes de poder decir: —Oh, lo de que Mattie se vaya todavía no está tan seguro...

—¿Ah, no? —dijo Jotham con indiferencia; y siguieron con su trabajo.

Cuando volvieron a la cocina las dos mujeres ya estaban desayunando. Zeena tenía un aire de alerta y actividad inusual. Bebió dos tazas de café y le dio al gato los restos del pastel; luego se levantó y, yendo hacia la ventana, cortó dos o tres hojas amarillas de los geranios. —A los de la tía Martha no se les pone una hoja marchita; pero se consumen cuando no los cuidan —dijo pensativamente. Luego se volvió hacia Jotham y preguntó—: ¿A qué hora dijiste que vendría Dan'l Byrne?

El jornalero lanzó una mirada vacilante a Ethan. —Hacia el mediodía —dijo.

Zeena se volvió hacia Mattie. —Tu baúl pesa demasiado para el trineo, y Dan'l Byrne vendrá a llevarlo a los Flats —dijo.

—Te lo agradezco mucho, Zeena —dijo Mattie.

—Me gustaría repasar las cosas contigo primero —continuó Zeena con voz imperturbable—. Sé que falta una toalla de grano; y no consigo entender qué has hecho con el portafebrillas que estaba detrás del búho disecado en el salón.

Salió, seguida de Mattie, y cuando los hombres se quedaron solos Jotham dijo a su patrón: —Creo que será mejor que deje que venga Dan'l.

Ethan terminó sus tareas habituales de la mañana en la casa y el establo; luego le dijo a Jotham: —Voy a bajar a Starkfield. Diles que no me esperen para comer.

La pasión de la rebeldía había vuelto a estallar en él. Lo que en la sobria luz del día había parecido increíble había ocurrido realmente, y estaba a punto de asistir como espectador impotente al destierro de Mattie. Su hombría se sentía humillada por el papel que se veía obligado a representar y por lo que Mattie debía de pensar de él. Impulsos confusos luchaban en él mientras avanzaba a grandes zancadas hacia el pueblo. Había decidido hacer algo, pero no sabía qué.

La niebla matinal se había disipado y los campos yacían como un escudo plateado bajo el sol. Era uno de esos días en que el brillo del invierno resplandece a través de una pálida bruma de primavera. Cada metro del camino estaba vivo con la presencia de Mattie, y apenas había una rama contra el cielo o un enredo de zarzas en el ribazo en el que no estuviera prendido algún resplandeciente fragmento de recuerdo. En un momento, en el silencio,

el canto de un pájaro en un serbal se parecía tanto a su risa que el corazón se le apretó y luego se le ensanchó; y todas esas cosas le hicieron ver que había que hacer algo de inmediato.

De repente se le ocurrió que Andrew Hale, que era un hombre de buen corazón, podría ser persuadido de reconsiderar su negativa y adelantarle una pequeña suma sobre la madera si se le dijera que el mal estado de salud de Zeena hacía necesario contratar a una sirvienta. Hale, al fin y al cabo, conocía suficientemente la situación de Ethan como para hacer posible que este renovara su petición sin demasiada pérdida de orgullo; y además, ¿cuánto contaba el orgullo en la ebullición de pasiones que llevaba en el pecho?

Cuanto más consideraba su plan más esperanzador le parecía. Si podía hablar con Mrs. Hale estaba seguro del éxito, y con cincuenta dólares en el bolsillo nada podría apartarle de Mattie...

Su primer objetivo era llegar a Starkfield antes de que Hale hubiera salido al trabajo; sabía que el carpintero tenía un encargo abajo por el camino de Corbury y que probablemente saldría de casa pronto. Las largas zancadas de Ethan se hicieron más rápidas al acelerarse el latido de sus pensamientos, y al llegar al pie de la colina de la escuela divisó en la distancia el trineo de Hale. Se apresuró a salirle al paso, pero cuando se acercó vio que lo conducía el hijo menor del carpintero y que la figura a su lado, que parecía un gran capullo vertical con gafas, era la de Mrs. Andrew Hale. Ethan les hizo señas de que se detuvieran, y Mrs. Hale se inclinó hacia adelante, con sus arrugas rosadas irradiando bondad.

—¿Mr. Hale? Pues sí, ahora mismo lo encontrará en casa. Esta mañana no va al trabajo. Se despertó con un ataque de lumbago, y le hice poner uno de los emplastos del viejo doctor Kidder y arrimarse bien al fuego.

Sonriéndole con ternura maternal, se inclinó para añadir: —Acabo de enterarme por Mr. Hale de que Zeena fue a Bettsbridge a ver a ese médico nuevo. ¡Cuánto siento que se encuentre tan mal otra vez! ¿Cree él que puede hacer algo por ella? No conozco a nadie por aquí que haya tenido más enfermedades que Zeena. Siempre le digo a Mr. Hale que no sé qué habría hecho si no hubiera tenido a usted para cuidarla; y lo mismo decía de su madre. Lo ha pasado usted muy mal, Ethan Frome.

Le dirigió un último gesto de simpatía mientras su hijo arreaba al caballo; y Ethan, mientras ella se alejaba, se quedó en medio del camino mirando el trineo que se perdía de vista.

Hacía mucho tiempo que nadie le hablaba con tanta amabilidad como Mrs. Hale. La mayoría de la gente era indiferente a sus penas, o propensa a pensar que era natural que un joven de su edad hubiera llevado sin quejarse el peso de tres vidas lisiadas. Pero Mrs. Hale había dicho «Lo ha pasado usted muy mal, Ethan Frome», y se sintió menos solo en su desdicha. Si los Hale sentían lástima por él, sin duda responderían a su petición...

Echó a andar hacia su casa, pero al cabo de unos pocos metros se detuvo en seco, con la sangre en la cara. Por primera vez, a la luz de las palabras que acababa de oír, vio lo que estaba a punto de hacer. Estaba planeando aprovecharse de la compasión de los Hale para obtener dinero de ellos con engaños. Ésa era la exposición llana del propósito nublado que lo había empujado a toda prisa hacia Starkfield.

Con la percepción súbita del punto al que le había llevado su locura, la locura se disipó y vio su vida ante él tal como era. Era un hombre pobre, el marido de una mujer enferma, a quien su abandono dejaría sola y desamparada; e incluso si hubiera tenido el corazón para abandonarla, solo podría haberlo hecho engañando a dos personas bondadosas que se habían apiadado de él.

Se volvió y volvió despacio a la granja.

IX

A la puerta de la cocina, Daniel Byrne estaba sentado en su trineo detrás de un gris de huesos prominentes que pataleaba en la nieve y sacudía la larga cabeza inquietamente de un lado a otro.

Ethan entró en la cocina y encontró a su mujer junto a la estufa. Tenía la cabeza envuelta en el chal y leía un libro titulado Enfermedades del riñón y su cura por el que él había tenido que pagar franqueo suplementario solo unos días antes.

Zeena no se movió ni levantó los ojos cuando él entró, y al cabo de un momento preguntó: —¿Dónde está Mattie?

Sin levantar los ojos de la página respondió: —Supongo que está bajando el baúl.

La sangre le afluyó a la cara. —¿Bajando el baúl... sola?

—Jotham Powell está en el corte, y Dan'l Byrne dice que no se atreve a dejar ese caballo —respondió ella.

Su marido, sin esperar a que terminara la frase, había salido de la cocina y subido corriendo la escalera. La puerta del cuarto de Mattie estaba cerrada, y vaciló un momento en el descansillo. —Mattie —dijo en voz baja; pero no hubo respuesta, y puso la mano en el pomo.

Solo había estado en su cuarto una vez, al principio del verano anterior, cuando había ido a enlucir una gotera en el alero, pero recordaba exactamente cómo tenía el aspecto todo: el edredón rojo y blanco en su cama estrecha, el bonito alfiletero sobre la cómoda, y encima la fotografía ampliada de su madre, en un marco oxidado, con un ramo de hierbas teñidas detrás. Ahora todos esos y los demás signos de su presencia habían desaparecido, y el cuarto tenía el aspecto tan desnudo e inhóspito como cuando Zeena la había introducido en él el día de su llegada. En el centro del suelo estaba su baúl, y sobre el baúl estaba sentada ella con el vestido del domingo, vuelta

de espaldas a la puerta y con la cara entre las manos. No había oído la llamada de Ethan porque estaba sollozando; y no oyó sus pasos hasta que él se puso justo detrás de ella y le puso las manos en los hombros.

—Mattie... ay, no... ay, Mattie.

Ella se sobresaltó, levantando su cara mojada hacia la de él. — ¡Ethan! ¡Pensaba que no iba a volver a verte!

Él la tomó en sus brazos, estrechándola, y con mano temblorosa le apartó el pelo de la frente.

—¿Que no ibas a verme? ¿Qué quieres decir?

Ella sollozó: —Jotham dijo que les habías dicho que no te esperaran para comer, y pensé...

—¿Que pensaba largarme sin decir nada? —terminó él con amargura.

Ella se aferró a él sin responder, y él posó los labios en su pelo, que era suave y a la vez elástico, como ciertos musgos en las laderas cálidas, y tenía la débil fragancia leñosa del serrín fresco al sol.

A través de la puerta oyeron la voz de Zeena llamando desde abajo: — Dan'l Byrne dice que será mejor que te des prisa si quieres que lleve ese baúl.

Se separaron con rostros consternados. Las palabras de resistencia acudieron a los labios de Ethan y murieron allí. Mattie sacó el pañuelo y se secó los ojos; luego, inclinándose, cogió una de las asas del baúl.

Ethan la apartó. —Suelta, Mattie —le ordenó.

Ella respondió: —Hace falta entre dos para maniobrar la esquina; y sometiéndose a ese argumento él agarró la otra asa, y juntos sacaron el pesado baúl hasta el descansillo.

—Ahora suelta —repitió; luego se cargó el baúl al hombro y lo bajó la escalera y por el pasillo hasta la cocina. Zeena, que había vuelto a su asiento junto a la estufa, no levantó la cabeza del libro al pasar él. Mattie lo siguió fuera de la puerta y le ayudó a cargar el baúl en la parte trasera del trineo. Cuando estuvo colocado se quedaron uno al lado del otro en el escalón de la puerta, mirando cómo Daniel Byrne se alejaba con su caballo inquieto.

A Ethan le parecía que el corazón le estaba atado con cuerdas que una mano invisible iba apretando con cada tic del reloj. Dos veces abrió los labios para hablarle a Mattie y no encontró aliento. Al fin, cuando ella se volvió para entrar de nuevo en la casa, le puso una mano que la retuvo.

— Voy a llevarte yo — le susurró.

Ella murmuró: — Creo que Zeena quiere que vaya con Jotham.

— Voy a llevarte yo — repitió; y ella entró en la cocina sin responder.

En la comida Ethan no podía comer. Si levantaba los ojos se posaban en el rostro demacrado de Zeena, y las comisuras de sus labios rectos parecían curvarse en una sonrisa. Ella comió bien, declarando que el tiempo suave le sentaba bien, y ofreció una segunda ración de judías a Jotham Powell, cuyas necesidades solía ignorar.

Mattie, al terminar la comida, se ocupó de su tarea habitual de recoger la mesa y fregar los platos. Zeena, después de darle de comer al gato, había vuelto a su mecedora junto a la estufa, y Jotham Powell, que siempre era el último en marcharse, empujó relucientemente su silla hacia atrás y se dirigió a la puerta.

En el umbral se volvió para decirle a Ethan: — ¿A qué hora vengo a buscar a Mattie?

Ethan estaba junto a la ventana, llenando maquinalmente la pipa mientras miraba a Mattie ir y venir. Respondió: — No hace falta que vengas; la llevo yo.

Vio cómo el color le subía a la mejilla vuelta de Mattie, y cómo Zeena levantaba bruscamente la cabeza.

— Quiero que te quedes aquí esta tarde, Ethan — dijo su mujer —. Jotham puede llevar a Mattie.

Mattie le lanzó una mirada suplicante, pero él repitió secamente: — La llevo yo.

Zeena continuó con el mismo tono uniforme: — Quería que te quedaras a arreglar la estufa del cuarto de Mattie antes de que llegue la chica. Lleva casi un mes sin tirar bien.

La voz de Ethan se alzó con indignación. — Si era buena para Mattie supongo que será buena para una criada.

— Esa chica que viene me dijo que estaba acostumbrada a una casa con calefacción central — insistió Zeena con la misma suavidad monótona.

— Pues tendrá que haberse quedado allí — le espetó él; y volviéndose hacia Mattie añadió en voz dura —: Está lista a las tres, Mattie; tengo un asunto en Corbury.

Jotham Powell se había ido hacia el establo, y Ethan bajó tras él encendido de cólera. Los pulsos le latían en las sienes y tenía una niebla en los ojos. Fue a sus tareas sin saber qué fuerza lo dirigía, ni de quién eran las manos y los pies que los llevaban a cabo. No fue hasta que sacó el zaino y lo puso entre las varas del trineo cuando volvió a ser consciente de lo que hacía. Al pasarle el freno por la cabeza y enrollar las trazas alrededor de las varas, recordó el día en que había hecho los mismos preparativos para ir a buscar a la prima de su mujer a los Flats. Era poco más de un año atrás, en una tarde igual de suave, con un «presagio» de primavera en el aire. El zaino, volviendo hacia él el mismo ojo grande con su anillo, le hozó la palma de la mano de la misma manera; y uno a uno todos los días que habían mediado se levantaron y se pusieron ante él...

Arrojó la piel de oso al trineo, subió al asiento y se acercó a la casa. Al entrar en la cocina estaba vacía, pero la bolsa y el chal de Mattie estaban listos junto a la puerta. Fue al pie de la escalera y escuchó. Ningún sonido le llegaba de arriba, pero al poco le pareció oír a alguien moverse en su estudio abandonado, y al empujar la puerta vio a Mattie, con el sombrero y la chaqueta puestos, de pie de espaldas a él junto a la mesa.

Se sobresaltó a su acercamiento y dándose la vuelta aprisa dijo: — ¿Ya es la hora?

— ¿Qué estás haciendo aquí, Mattie? — le preguntó.

Ella lo miró tímidamente. — Solo estaba echando un último vistazo... nada más — respondió, con una sonrisa vacilante.

Volviéron a la cocina sin hablar, y Ethan recogió su bolsa y su chal.

— ¿Dónde está Zeena? — preguntó.

—Subió arriba nada más comer. Dijo que le habían vuelto esos dolores de bala y que no quería que la molestaran.

—¿No se despidió de ti?

—No. Eso fue todo lo que dijo.

Ethan, mirando despacio a su alrededor por la cocina, se dijo con un estremecimiento que en pocas horas volvería a ella solo. Luego la sensación de irrealidad lo dominó de nuevo, y no podía convencerse de que Mattie estuviera ante él por última vez.

—Vamos —dijo casi alegremente, abriendo la puerta y metiendo la bolsa de ella en el trineo. Saltó a su asiento y se inclinó para arroparla con la manta mientras ella se deslizaba al lugar a su lado. —Arre, vamos —dijo, con una sacudida de las riendas que puso al zaino a trotar plácidamente colina abajo.

—¡Tenemos mucho tiempo para un buen paseo, Mattie! —exclamó, buscando su mano bajo la piel y apretándola. La cara le ardía y se sentía mareado, como si hubiera entrado en la cantina de Starkfield un día de helada a tomar una copa.

A la verja, en lugar de enfilar hacia Starkfield, giró el zaino a la derecha, hacia el camino de Bettsbridge. Mattie estaba sentada en silencio, sin dar señales de sorpresa; pero al cabo de un momento dijo: —¿Vas a ir por la laguna de Shadow?

Él rió y respondió: —¡Sabía que lo adivinarías!

Ella se arrimó más bajo la piel de oso, de modo que, mirando de soslayo alrededor de la manga de su abrigo, él apenas podía captar la punta de su nariz y una ola de pelo moreno mecida por el viento. Subieron despacio por el camino entre campos que relucían bajo el sol pálido, y luego doblaron a la derecha por un carril bordeado de cicutas y alerces. Ante ellos, muy lejos, una cadena de colinas manchada de moteados de bosque negro se extendía en redondas curvas blancas contra el cielo. El carril entró en un pinar con troncos que enrojecían al sol de la tarde y delicadas sombras azules en la nieve. Al adentrarse en él el viento amainó y una cálida quietud pareció caer de las ramas con las agujas que caían. Aquí la nieve era tan pura que las diminutas huellas de los animales del bosque habían dejado en ella intrinca-

dos dibujos de encaje, y los conos azulados prendidos en su superficie resaltaban como ornamentos de bronce.

Ethan siguió conduciendo en silencio hasta llegar a una parte del bosque donde los pinos estaban más espaciados; luego detuvo el trineo y ayudó a Mattie a bajar. Pasaron entre los aromáticos troncos, la nieve crujiendo bajo los pies, hasta llegar a una pequeña lámina de agua de orillas arboladas y escarpadas. Desde la orilla opuesta, sobre su superficie helada, una única colina que se alzaba contra el sol poniente proyectaba la larga sombra cónica que daba nombre al lugar. Era un rincón tímido y secreto, lleno de la misma muda melancolía que Ethan sentía en el corazón.

Recorrió la pequeña playa pedregosa con la vista hasta que sus ojos se posaron en un tronco caído semisumergido en la nieve.

— Ahí fue donde nos sentamos en la merienda campestre — le recordó.

El festejo del que hablaba era uno de los pocos en que habían participado juntos: una «merienda de la iglesia» que, en una larga tarde del verano anterior, había llenado aquel lugar recogido de alegría. Mattie le había rogado que fuera con ella, pero él se había negado. Luego, hacia el ocaso, al bajar de la montaña donde había estado talando madera, lo habían atrapado unos rezagados alborotadores y lo habían arrastrado al grupo junto a la laguna, donde Mattie, rodeada de jóvenes zumbones y brillante como una mora bajo su ancho sombrero, preparaba café sobre un fuego de gitanos. Recordaba la timidez que había sentido al acercarse a ella con sus ropas toscas, y luego el iluminarse de su cara, y la forma en que se había abierto paso entre el grupo para venir hacia él con una taza en la mano. Habían estado sentados unos minutos en el tronco caído junto al estanque, y ella había echado de menos su medallón de oro, y había puesto a los jóvenes a buscarlo; y fue Ethan quien lo había visto en el musgo... Eso fue todo; pero todo su trato se había compuesto de esos destellos inarticulados, cuando parecían toparse de pronto con la felicidad como si hubieran sorprendido a una mariposa en los bosques invernales...

— Fue justo aquí donde encontré tu medallón — dijo, metiendo el pie en un denso grupo de arándanos.

— ¡Nunca vi a nadie con tan buena vista! — respondió ella.

Se sentó en el tronco al sol y él se sentó a su lado.

—Estabas guapísima con ese sombrero rosa —dijo él.

Ella rió con placer. — ¡Oh, creo que era el sombrero! —repuso.

Nunca antes habían confesado su inclinación tan abiertamente, y Ethan, por un momento, tuvo la ilusión de ser un hombre libre que cortejaba a la chica con quien pensaba casarse. La miró el pelo y deseó volver a tocarlo, y decirle que olía a bosque; pero nunca había aprendido a decir esas cosas.

De repente ella se puso en pie y dijo: —No podemos quedarnos aquí más tiempo.

Él siguió mirándola vagamente, solo a medias despierto de su sueño. — Hay tiempo de sobra —respondió.

Se quedaron mirándose como si los ojos de cada uno se esforzaran por absorber y retener la imagen del otro. Había cosas que tenía que decirle antes de separarse, pero no podía decirlas en aquel lugar de recuerdos veraniegos, y se volvió y la siguió en silencio al trineo. Al alejarse el sol se hundió detrás de la colina y los troncos de los pinos pasaron del rojo al gris.

Por un camino tortuoso entre los campos volvieron al camino de Starkfield. Bajo el cielo abierto la luz seguía clara, con un reflejo de rojo frío en las colinas orientales. Los grupos de árboles en la nieve parecían arremetarse en terrones erizados, como pájaros con la cabeza bajo el ala; y el cielo, al palidecer, se alzó más alto, dejando la tierra más sola.

Al girar hacia el camino de Starkfield Ethan dijo: —Mattie, ¿qué piensas hacer?

Ella no respondió de inmediato, pero al fin dijo: —Intentaré conseguir trabajo en una tienda.

—Sabes que no puedes hacerlo. El mal aire y el estar de pie todo el día casi te matan antes.

—Estoy mucho más fuerte que antes de venir a Starkfield.

— ¡Y ahora vas a tirar por la borda todo el bien que te ha hecho!

Esto parecía no tener respuesta, y de nuevo condujeron un trecho sin hablar. Con cada metro del camino algún lugar donde se habían detenido, y reído juntos o estado en silencio, se aferraba a Ethan y lo arrastraba hacia atrás.

—¿No hay nadie de la familia de tu padre que pueda ayudarte?

—No hay ninguno al que se lo pidiera.

Él bajó la voz para decir: —Sabes que no hay nada que no haría por ti si pudiera.

—Ya lo sé.

—Pero no puedo...

Ella estaba en silencio, pero él notó un leve temblor en el hombro junto al suyo.

—Ay, Mattie —exclamó—, si hubiera podido irme contigo ahora lo habría hecho...

Ella se volvió hacia él sacando un trozo de papel del pecho. —Ethan... he encontrado esto —balbució. Incluso con la luz que menguaba vio que era la carta a su mujer que había empezado la noche anterior y olvidado destruir. A través de su asombro corrió un feroz estremecimiento de alegría. —Mattie... —exclamó—; si hubiera podido hacerlo, ¿habrías querido tú?

—Ay, Ethan, Ethan... ¿de qué sirve? —Con un movimiento súbito rompió la carta en pedazos y los dejó volar en la nieve.

—Dímelo, Mattie. ¡Dímelo! —la urgió.

Ella guardó silencio un momento; luego dijo, en un tono tan bajo que él tuvo que inclinar la cabeza para oírla: —A veces lo pensaba, las noches de verano, cuando la luna era tan brillante que no podía dormir.

El corazón se le fue en la dulzura de esas palabras. —¿Desde hace tanto?

Ella respondió, como si la fecha llevara tiempo fijada para ella: —La primera vez fue en la laguna de Shadow.

—¿Por eso me diste el café a mí antes que a los demás?

—No sé. ¿Lo hice? Estaba terriblemente disgustada cuando te negaste a venir a la merienda; y luego, cuando te vi bajar por el camino, pensé que quizá habías venido por allí a propósito; y eso me alegró.

Volvieron a callarse. Habían llegado al punto donde el camino bajaba al hoyo junto al molino de Ethan, y al descender la oscuridad descendió con ellos, cayendo como un velo negro de las pesadas ramas de las cicutas.

—Estoy atado de pies y manos, Mattie. No hay nada que pueda hacer — empezó de nuevo.

—Debes escribirme a veces, Ethan.

—Oh, ¿de qué sirve escribir? Quiero tender la mano y tocarte. Quiero cuidarte y estar pendiente de ti. Quiero estar allí cuando estés enferma y cuando estés sola.

—No debes pensar que no me va a ir bien.

—¿Que no me vas a necesitar, quieres decir? ¡Supongo que te casarás!

—¡Ay, Ethan! —exclamó ella.

—No sé cómo me haces sentir, Mattie. ¡Casi preferiría verte muerta a eso!

—¡Ay, ojalá lo estuviera, ojalá lo estuviera! —sollozó ella.

El sonido de su llanto lo sacó de su oscura cólera y se sintió avergonzado. —No hablemos así —susurró.

—¿Por qué no, si es verdad? Lo he estado deseando a cada momento del día.

—¡Mattie! Cállate. No digas eso.

—Nunca ha habido nadie bueno conmigo más que tú.

—No digas eso tampoco, cuando no puedo mover un dedo por ti.

—Sí; pero es la verdad igualmente.

Habían llegado a la cima de la colina de la escuela y Starkfield yacía debajo de ellos en el crepúsculo. Un calesín que subía por el camino desde el pueblo los adelantó en un alegre aleteo de cascabeles, y los dos se enderezaron y miraron adelante con rostros rígidos. A lo largo de la calle principal las fachadas de las casas habían empezado a brillar, y figuras sueltas giraban aquí y allá por las verjas. Ethan, con un golpe del látigo, animó al zaino a un trote lánguido.

Al acercarse al extremo del pueblo les llegaron los gritos de unos niños, y vieron un grupo de chicos con trineos esparcidos por el espacio abierto ante la iglesia.

—Creo que esta será su última bajada por uno o dos días —dijo Ethan, mirando el cielo suave.

Mattie estaba callada, y él añadió: —Anoche teníamos que haber bajado.

Ella seguía sin hablar, y, empujado por un oscuro deseo de ayudarse a sí mismo y a ella a atravesar esa miserable última hora, él continuó con aire divagatorio: —¿No es curioso que no hayamos bajado juntos más que esa única vez el invierno pasado?

Ella respondió: —No bajaba al pueblo a menudo.

—Es verdad —dijo él.

Habían llegado a la cima del camino de Corbury, y entre el vago resplandor blanco de la iglesia y el telón negro de los abetos de los Varnum la pendiente se extendía abajo sin ni un trineo en toda su longitud. Un impulso errático movió a Ethan a decir: —¿Qué te parecería que te bajara ahora?

Ella lanzó una risa forzada. —¡Si no hay tiempo!

—Tenemos todo el tiempo que queramos. ¡Vamos! Su único deseo ahora era aplazar el momento de girar el zaino hacia los Flats.

—Pero la chica —titubeó ella—. La chica estará esperando en la estación.

—Que espere. Tú habrías tenido que esperar si no hubiera llegado. ¡Vamos!

La nota de autoridad en su voz pareció subyugarla, y cuando él saltó del trineo ella le dejó ayudarla a bajar, diciendo solo, con una vaga simulación de reticencia: —Pero aquí no hay ningún trineo.

—¡Claro que lo hay! Justo allí, bajo los abetos. —Arrojó la piel de oso sobre el zaino, que se quedó pasivamente al borde del camino, con la cabeza colgando pensativa. Luego cogió la mano de Mattie y la arrastró tras él hacia el trineo.

Ella se sentó obedientemente y él tomó su sitio detrás, tan cerca que el pelo de ella le rozaba la cara. —¿Lista, Mattie? —llamó, como si la anchura del camino los hubiera separado.

Ella volvió la cabeza para decir: — Está terriblemente oscuro. ¿Estás seguro de que ves?

Él rió con desdén: — ¡Bajaría por esta cuesta con los ojos vendados! — y ella rió con él, como si le gustara su audacia. Sin embargo se quedó quieto un momento, forzando los ojos cuesta abajo, pues era la hora más confusa del atardecer, la hora en que la última claridad del cielo alto se funde con la noche que sube en una penumbra que disimula los hitos y falsea las distancias.

— ¡Ahora! — exclamó.

El trineo arrancó de un salto y salieron volando a través del crepúsculo, ganando suavidad y velocidad mientras iban, con la noche hueca abriéndose abajo y el aire cantando a su alrededor como un órgano. Mattie estaba completamente inmóvil, pero al llegar a la curva al pie de la colina, donde el gran olmo tendía su codo mortal, le pareció que se arrimaba un poco más.

— ¡No tengas miedo, Mattie! — exclamó triunfante, al pasar sanos y salvos por su lado y salir volando por la segunda bajada; y cuando llegaron al terreno llano de más abajo y la velocidad del trineo empezó a aflojar, la oyó soltar una risita de alegría.

Saltaron y empezaron a subir de vuelta la colina. Ethan arrastraba el trineo con una mano y pasaba la otra por el brazo de Mattie.

— ¿Tuviste miedo de que te llevara contra el olmo? — le preguntó con una risa de chico.

— Ya te dije que nunca tengo miedo contigo — respondió ella.

La extraña exaltación de su humor le había desatado uno de sus raros ataques de fanfarronería. — Es una curva con trampa, eso sí. El menor desvío, y no habríamos vuelto a subir nunca. Pero yo mido las distancias con un cabello de precisión... siempre pude hacerlo.

Ella murmuró: — Siempre digo que tienes el ojo más certero...

Un profundo silencio había caído con el crepúsculo sin estrellas, y se apoyaban el uno en el otro sin hablar; pero a cada paso del ascenso Ethan se decía: «Es la última vez que caminaremos juntos.»

Subieron despacio hasta la cima de la colina. Cuando estaban a la altura de la iglesia él inclinó la cabeza hacia ella para preguntar: —¿Estás cansada? —y ella respondió, con la respiración agitada—: ¡Ha sido magnífico!

Con una presión del brazo la guió hacia los abetos de Noruega. —Creo que este trineo debe de ser de Ned Hale. En todo caso lo dejo donde lo encontré. —Arrimó el trineo a la verja de los Varnum y lo apoyó contra la valla. Al erguirse sintió de repente a Mattie cerca de él entre las sombras.

—¿Es aquí donde se besaron Ned y Ruth? —susurró con la respiración entrecortada, y le echó los brazos al cuello. Sus labios, buscando los de él, le barrieron la cara, y él la estrechó con fuerza en un arrebato de sorpresa.

—Adiós... adiós —balbuceó ella, y lo volvió a besar.

—¡Ay, Mattie, no puedo dejarte ir! —le brotó con el mismo grito de siempre.

Ella se soltó de su abrazo y él la oyó llorar. —¡Ay, yo tampoco puedo irme! —sollozó.

—¡Mattie! ¿Qué vamos a hacer? ¿Qué vamos a hacer?

Se aferraron a las manos del otro como niños, y el cuerpo de ella se sacudía con sollozos desesperados.

A través del silencio oyeron el reloj de la iglesia dar las cinco.

—¡Ay, Ethan, ya es la hora! —exclamó.

Él la atrajo de nuevo hacia sí. —¿La hora de qué? ¿Crees que voy a dejarte ahora?

—Si pierdo el tren, ¿adónde voy?

—¿Y adónde vas si lo coges?

Ella se quedó inmóvil, con las manos frías y relajadas en las de él.

—¿De qué sirve que ninguno de los dos vaya a ningún sitio sin el otro ahora? —dijo él.

Ella permaneció sin moverse, como si no le hubiera oído. Luego le arrancó las manos, le echó los brazos al cuello y apretó una mejilla de repente empapada contra su cara. —¡Ethan! ¡Ethan! ¡Quiero que me bajes de nuevo!

—¿Abajo adónde?

—La cuesta. Ahora mismo —jadeó—. Para que no tengamos que subir nunca más.

—¡Mattie! ¿Qué estás diciendo?

Ella le acercó los labios al oído para decir: —Directo al gran olmo. Dijiste que podías. Para que nunca tuviéramos que separarnos más.

—¿Pero qué estás diciendo? ¡Estás loca!

—No estoy loca; pero lo estaré si me voy de tu lado.

—Ay, Mattie, Mattie... —gimió.

Ella le apretó el abrazo feroz alrededor del cuello. Su cara estaba pegada a la de él.

—Ethan, ¿adónde voy si me voy? No sé arreglármelas sola. Tú mismo lo dijiste hace un momento. Nunca ha sido bueno conmigo nadie más que tú. Y estará esa chica extraña en la casa... y dormirá en mi cama, donde yo me tumbaba por las noches a escuchar cómo subías la escalera...

Las palabras eran como fragmentos arrancados de su corazón. Con ellas llegó la imagen aborrecida de la casa a la que estaba volviendo, de la escalera que tendría que subir cada noche, de la mujer que lo esperaría allí arriba. Y la dulzura de la confesión de Mattie, la salvaje maravilla de saber por fin que todo lo que le había pasado a él le había pasado también a ella, hacía la otra imagen más aborrecible, la otra vida más intolerable a la que regresar...

Sus súplicas seguían llegándole entre breves sollozos, pero ya no oía lo que decía. El sombrero de ella se había deslizado hacia atrás y él le estaba acariciando el pelo. Quería sentirlo en la mano, para que durmiera allí como una semilla en invierno. Una vez encontró de nuevo su boca, y les pareció estar junto al estanque bajo el ardiente sol de agosto. Pero su mejilla rozó la de ella, y estaba fría y llena de lágrimas, y vio el camino a los Flats bajo la noche y oyó el silbato del tren en la línea.

Los abetos los envolvieron en oscuridad y silencio. Podían haber estado en sus ataúdes bajo tierra. Se dijo: «Quizá se sienta así...» y luego de nuevo: «Después de esto ya no sentiré nada...»

De repente oyó al viejo zaino relinchar al otro lado del camino, y pensó: «Se está preguntando por qué no le dan la cena...»

—Vamos —susurró Mattie, tirándole de la mano.

Su sombría violencia lo arrastró: ella parecía el instrumento encarnado del destino. Sacó el trineo parpadeando como un pájaro nocturno al pasar de la sombra de los abetos a la penumbra transparente del espacio abierto. La pendiente abajo estaba desierta. Todo Starkfield estaba cenando, y ninguna figura cruzaba el espacio abierto ante la iglesia. El cielo, hinchado de las nubes que anuncian el deshielo, colgaba tan bajo como antes de una tormenta de verano. Forzó los ojos a través de la penumbra, y los notó menos agudos, menos capaces que de costumbre.

Tomó asiento en el trineo y Mattie se colocó al instante delante de él. El sombrero de ella había caído en la nieve y sus labios de él estaban en el pelo de ella. Estiró las piernas, clavó los talones en el camino para impedir que el trineo resbalara hacia adelante, y le echó la cabeza hacia atrás entre las manos. Luego, de repente, se levantó de nuevo.

—Levántate —le ordenó.

Era el tono al que ella siempre obedecía, pero ella se encogió en su asiento, repitiendo con vehemencia: —¡No, no, no!

—¡Levántate!

—¿Por qué?

—Quiero sentarme delante.

—¡No, no! ¿Cómo vas a dirigir desde delante?

—No tengo que dirigir. Seguiremos el carril.

Hablaban en susurros ahogados, como si la noche estuviera escuchando.

—¡Levántate, levántate! —la urgió; pero ella seguía repitiendo—: ¿Por qué quieres sentarte delante?

—Porque quiero... porque quiero sentirte abrazándome —balbuceó, y la arrastró hasta ponerla en pie.

La respuesta pareció satisfacerla, o bien cedió al poder de su voz. Él se inclinó, buscando a tientas en la oscuridad el resbaladizo canal pulido por

los trineos anteriores, y colocó los patines con cuidado entre sus bordes. Ella esperó mientras él se sentaba con las piernas cruzadas en la parte delantera del trineo; luego ella se acuclilló rápidamente detrás de él y le echó los brazos alrededor. Su aliento en el cuello le hizo estremecerse de nuevo, y casi saltó de su asiento. Pero en un instante recordó la alternativa. Ella tenía razón: esto era mejor que la separación. Se recostó y atrajo su boca a la suya...

Justo cuando arrancaban oyó de nuevo el relincho del zaino, y la familiar llamada añorante, y todas las confusas imágenes que traía con ella, fueron con él cuesta abajo por el primer tramo del camino. A mitad de la bajada había un desnivel súbito, luego una subida, y después de eso otro largo descenso delirante. Al tomar vuelo en él le pareció que volaban de verdad, volando muy arriba hacia la noche nublada, con Starkfield inconmensurablemente abajo, alejándose como un punto en el espacio... Luego el gran olmo surgió adelante, aguardándolos en la curva del camino, y dijo entre dientes: «Podemos alcanzarlo; sé que podemos alcanzarlo...»

Mientras volaban hacia el árbol Mattie le apretó más los brazos, y su sangre parecía estar en las venas de él. Una o dos veces el trineo se desvió un poco bajo ellos. Echó el cuerpo a un lado para mantenerlo enfilado hacia el olmo, repitiéndose a sí mismo una y otra vez: «Sé que podemos alcanzarlo»; y pequeñas frases que ella había pronunciado le corrían por la cabeza y danzaban ante él en el aire. El gran árbol se alzaba más grande y más cerca, y al abalanzarse sobre él pensó: «Nos está esperando: parece saberlo.» Pero de repente el rostro de su mujer, con facciones retorcidas y monstruosas, se interpuso entre él y su objetivo, y hizo un movimiento instintivo para apartarlo. El trineo se desvió ante ello, pero él lo enderezó de nuevo, lo mantuvo recto, y se lanzó sobre la masa negra que sobresalía. Hubo un último instante en que el aire pasó junto a él como millones de alambres de fuego; y luego el olmo...

El cielo seguía encapotado, pero mirando directamente hacia arriba vio una sola estrella, e intentó vagamente calcular si era Sirio, o... o... El esfuerzo lo cansó demasiado, y cerró los pesados párpados y pensó que dormiría... El silencio era tan profundo que oyó un pequeño animal piando en algún lugar cercano bajo la nieve. Hacía un pequeño y asustado chirrido como el de un ratón de campo, y se preguntó vagamente si estaría herido. Luego comprendió que debía de estar sufriendo: un dolor tan atroz que él parecía, mis-

teriosamente, sentirlo disparándose por su propio cuerpo. Intentó en vano darse la vuelta en la dirección del sonido, y extendió el brazo izquierdo sobre la nieve. Y ahora era como si sintiera el piar más que lo oyera; parecía estar bajo su palma, que descansaba sobre algo suave y elástico. El pensamiento del sufrimiento del animal era intolerable para él y luchó por incorporarse, y no pudo porque una roca, o alguna enorme masa, parecía estar tumbada sobre él. Pero siguió tanteando con cautela con la mano izquierda, pensando que podría agarrar a la pequeña criatura y ayudarla; y de repente supo que la cosa suave que había tocado era el pelo de Mattie y que su mano estaba sobre la cara de ella.

Se arrastró hasta ponerse de rodillas, con la carga monstruosa moviéndose con él al moverse él, y su mano fue una y otra vez sobre la cara de ella, y notó que el piar venía de sus labios...

Bajó la cara hasta acercarla a la de ella, con el oído en la boca de ella, y en la oscuridad vio que sus ojos se abrían y la oyó pronunciar su nombre.

—Ay, Mattie, creí que lo habíamos alcanzado —gimió; y lejos, cuesta arriba, oyó al zaino relinchar, y pensó: «Tengo que darle la cena...»

El zumbido quejumbroso cesó cuando entré en la cocina de Frome, y de las dos mujeres que había allí sentadas no pude determinar cuál había sido la que hablaba.

Una de ellas, al aparecer yo, alzó su alta figura ósea del asiento, no como para recibirme —pues no me lanzó más que una breve mirada de sorpresa— sino simplemente para ponerse a preparar la comida que la ausencia de Frome había retrasado. Un blusón de percal desaseado le colgaba de los hombros y los mechones de su escaso pelo gris estaban estirados hacia atrás desde una frente alta y sujetos detrás con un peine roto. Tenía los ojos pálidos y opacos que no revelaban ni reflejaban nada, y sus labios estrechos eran del mismo color cetrina que su cara.

La otra mujer era mucho más pequeña y menuda. Estaba encogida en un sillón junto a la estufa, y cuando entré volvió la cabeza rápidamente hacia mí, sin el menor movimiento correspondiente del cuerpo. Su pelo era tan gris como el de su compañera, su cara tan exangüe y arrugada, pero de

tonalidad ámbar, con sombras morenas que agudizaban la nariz y hundían las sienas. Bajo su vestido informe, su cuerpo conservaba su lánguida inmovilidad, y sus ojos oscuros tenían la mirada brillante y de bruja que la enfermedad de la columna vertebral da a veces.

Incluso para esa región la cocina era un lugar de pobre aspecto. Con excepción de la silla de la mujer de ojos oscuros, que parecía una reliquia manchada de lujo comprada en una subasta rural, el mobiliario era de la clase más tosca. Tres platos de loza basta y una jarra de leche con el pico roto habían sido puestos en una mesa grasienta marcada con cortes de cuchillo, y un par de sillas de asiento de paja y un aparador de pino sin pintar se alzaban pobrementemente contra las paredes de yeso.

— Vaya, hace frío aquí. El fuego debe de estar casi apagado — dijo Frome, mirando a su alrededor con aire apologético mientras me seguía.

La mujer alta, que se había alejado de nosotros hacia el aparador, no prestó ninguna atención; pero la otra, desde su nicho con cojín, respondió con tono quejumbroso, en una voz alta y fina: — Solo se ha encendido hace un momento. Zeena se quedó dormida y durmió un buen rato, y pensé que me iba a quedar tiesa de frío antes de poder despertarla y conseguir que se ocupara de ello.

Supe entonces que era ella quien había estado hablando cuando entramos.

Su compañera, que acababa de volver a la mesa con los restos de un pastel de picadillo frío en una fuente abollada, dejó su poco apetecible carga sin parecer oír la acusación que se hacía contra ella.

Frome se quedó vacilante ante ella al avanzar; luego me miró y dijo: — Esta es mi mujer, Mis' Frome. — Después de otro intervalo añadió, volviéndose hacia la figura en el sillón—: Y esta es la señorita Mattie Silver...

Mrs. Ned Hale, alma tierna, me había imaginado perdido en los Flats y enterrado bajo un ventisquero; y tan viva era su satisfacción al verme volver sano y salvo a su casa a la mañana siguiente que me pareció que mi peligro me había hecho avanzar varios grados en su estima.

Grande fue su asombro, y el de la vieja Mrs. Varnum, al saber que el viejo caballo de Ethan Frome me había llevado a Corbury Junction y de vuelta a través de la peor ventisca del invierno; mayor aún su sorpresa cuando supieron que su amo me había acogido a pasar la noche.

Bajo sus exclamaciones de asombro percibí una curiosidad secreta por saber qué impresiones había recibido de mi noche en el hogar de los Frome, y adiviné que la mejor manera de vencer su reserva era dejarles intentar penetrar la mía. Por tanto me limité a decir, en tono neutro, que me habían recibido con mucha amabilidad, y que Frome me había preparado una cama en un cuarto de la planta baja que en tiempos más felices parecía haber sido habilitado como una especie de sala de escritura o estudio.

— Vaya — reflexionó Mrs. Hale —, con una tormenta así supongo que no se veía con corazón de no recibirle... pero creo que a Ethan le costó. No creo que usted sea el único forastero que ha puesto los pies en esa casa en más de veinte años. Es tan orgulloso que ni siquiera le gusta que vayan sus amigos más antiguos; y no creo que vaya ya nadie, salvo yo misma y el médico...

— ¿Sigue usted yendo allí, Mrs. Hale? — me aventuré.

— Iba mucho después del accidente, cuando me acababa de casar; pero al cabo de un tiempo me pareció que hacíamos que se sintieran peor al vernos. Y luego pasaron una cosa y otra, y mis propios problemas... Pero generalmente me las arreglo para ir en coche hacia el año nuevo, y una vez en verano. Solo que siempre procuro escoger un día en que Ethan esté fuera en algún sitio. Ver a las dos mujeres allí sentadas ya es bastante... pero su cara, cuando mira alrededor de aquel lugar desnudo, me parte el corazón... Verá, yo puedo mirar atrás y recordarlo en tiempos de su madre, antes de sus desgracias.

La vieja Mrs. Varnum, para entonces, había subido a acostarse, y su hija y yo estábamos sentados solos, después de cenar, en la austera reclusión del salón de crin. Mrs. Hale me lanzó una mirada tentativa, como intentando ver hasta qué punto mis conjeturas le daban terreno firme; y adiviné que si había guardado silencio hasta entonces era porque había estado esperando, a lo largo de todos esos años, a alguien que viera lo que solo ella había visto.

Esperé a que su confianza en mí se afirmara antes de decir: — Sí, es bastante terrible, verlos a los tres juntos.

Ella frunció sus suaves cejas en una mueca de dolor. — Fue terrible desde el principio. Yo estaba aquí en la casa cuando los trajeron: a Mattie Silver la pusieron en el cuarto donde está usted. Éramos muy amigas, y iba a ser mi

dama de honor en primavera... Cuando volvió en sí subí a su lado y me quedé toda la noche. Le dieron cosas para calmarla, y no estaba muy consciente hasta hacia la madrugada, y luego de repente se despertó siendo ella misma, y me miró directamente con sus ojos grandes, y dijo... Ay, no sé por qué les estoy contando todo esto —se interrumpió Mrs. Hale, llorando.

Se quitó las gafas, limpió la humedad y se las volvió a poner con mano temblorosa. —Al día siguiente se supo —continuó— que Zeena Frome había mandado a Mattie a toda prisa porque tenía una criada que venía, y la gente de aquí nunca pudo entender bien qué hacían ella y Ethan esa noche bajando en trineo, cuando debían de estar de camino a los Flats para tomar el tren... Yo nunca supe lo que pensó Zeena: no lo sé ni hoy en día. Nadie sabe los pensamientos de Zeena. El caso es que cuando se enteró del accidente se presentó enseguida y se quedó con Ethan en casa del pastor, adonde lo habían llevado. Y en cuanto los médicos dijeron que Mattie podía ser trasladada, Zeena mandó por ella y se la llevó de vuelta a la granja.

—¿Y allí ha estado desde entonces?

Mrs. Hale respondió con sencillez: —No había ningún otro sitio adonde ir; y el corazón se me encogió ante el pensamiento de las duras imposiciones de la pobreza.

—Sí, allí ha estado —continuó Mrs. Hale—, y Zeena ha cuidado de ella, y de Ethan, lo mejor que ha podido. Fue un milagro, teniendo en cuenta lo enferma que estaba... pero parecía que se levantó de repente cuando llegó el momento de necesitarla. No es que haya dejado de ir al médico, y ha tenido recaídas a lo largo de todo este tiempo; pero le han dado fuerzas para cuidar de esos dos durante más de veinte años, y antes del accidente creía que no podía ni cuidar de sí misma.

Mrs. Hale hizo una pausa, y yo permanecí en silencio, sumergido en la visión que evocaban sus palabras. —Es horrible para todos —murmuré.

—Sí: es bastante terrible. Y ninguno de ellos es fácil tampoco. Mattie lo era, antes del accidente; nunca conocí un carácter más dulce. Pero ha sufrido demasiado, eso es lo que siempre digo cuando la gente me cuenta lo agriada que se ha puesto. Y Zeena, siempre fue difícil. Aunque eso no quita que soporte a Mattie de un modo admirable, eso lo he visto yo misma. Pero a veces las dos se encaran, y entonces la cara de Ethan te partiría el

corazón... Cuando veo eso, creo que es él quien más sufre... de todos modos no es Zeena, porque ella no tiene tiempo... Aunque es una lástima —terminó Mrs. Hale suspirando—, que los tres estén encerrados en esa misma cocina. En verano, los días buenos, sacan a Mattie al salón, o al porche, y eso lo hace más llevadero... pero en invierno hay que pensar en los fuegos; y en casa de los Frome no hay un céntimo de sobra.

Mrs. Hale lanzó un suspiro profundo, como si su memoria se hubiera aliviado de su largo peso, y pareció no tener más que decir; pero de repente la asaltó un impulso de confesión completa.

Se quitó las gafas de nuevo, se inclinó hacia mí por encima del tapete de abalorios y continuó en voz baja: —Hubo un día, como una semana después del accidente, cuando todos pensaban que Mattie no iba a vivir. Pues bien, digo que fue una lástima que viviera. Se lo dije sin rodeos a nuestro pastor una vez, y se escandalizó. Solo que él no estaba conmigo aquella mañana cuando ella volvió en sí por primera vez... Y digo que si hubiera muerto, Ethan habría podido vivir; y tal como están ahora, no veo que haya mucha diferencia entre los Frome de arriba en la granja y los Frome de allá abajo en el cementerio; salvo que allá abajo están todos tranquilos, y las mujeres ya no tienen que aguantarse la lengua.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB